

LA AUTORA DE BESTSELLERS DE *USA TODAY*

Christina McKnight



Predestinada  
PARA EL  
Duque

# **Predestinada para el duque**

## **Christina McKnight**

Traducido por Gabriela Garcia Calderon

“Predestinada para el duque”

Escrito por Christina McKnight

Copyright © 2018 Christina McKnight

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

[www.babelcube.com](http://www.babelcube.com)

Traducido por Gabriela Garcia Calderon

Diseño de portada © 2018 Sweet n' Spicy Designs

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

# Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Predestinada para el duque](#)

[DEDICATORIA](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Notas de la autora](#)

Derechos reservados © 2018 por Christina McKnight  
Todos los derechos reservados.

ISBN-13: 978-1-945089-47-3  
La Loma Elite Publishing

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida ni transmitida de ningún modo ni por ningún medio, incluidos fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos sin consentimiento escrito previo de la autora, salvo en casos de citas breves insertadas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la legislación de derechos de autor. Para solicitudes de permisos, escribir a la autora con el asunto “Atención: Coordinador de permisos” a [Christina@christinamcknight.com](mailto:Christina@christinamcknight.com).

# **DEDICATORIA**

Para Marc

# Prólogo

*Sunderland, Inglaterra*

*Diciembre de 1802*

Emilia, sus tres hermanos y su abuela entraron a la despensa, bajaron por la larga escalera peldaño a peldaño. La abuela iba al final. El fuerte aroma punzante de las verduras maduras y los barriles de vino que su padre atesoraba dieron a Emilia un abrazo cálido y familiar.

Todos los años, a lo largo de su vida, había sido igual.

*Seanmhair* Ailis había llevado a sus nietos Emilia, Moire, Iain y Catriona a esa despensa mohosa año tras año desde que nacieron. A medida que aprendían a caminar sin ayuda, la primera escalera por la que habían bajado llevaba a esa habitación oscura, fría y húmeda sin ventanas a través de una trampilla en la alacena del mayordomo. Y *seanmhair* exigía que bajaran sin ayuda ni velas que los guiaran.

Había sido una experiencia aterradora cuando Emilia era más chica, pero cuando nacieron sus hermanos y le encargaron cuidarlos, la práctica se volvió rutinaria y cómoda cuando dejaron de ver la importancia de la travesía. Sus padres ya no participaban, y ellos sabían que reprendían a *seanmhair* por sus antiguas tradiciones.

“Vamos, miedositos”, dijo *seanmhair*, mientras reunía a Emilia y sus hermanos y se arrodillaba para mirarlos a los ojos. Sus rodillas crujieron por el esfuerzo. “¿Sabes por qué hemos bajado?”.

Emilia se quedó en silencio, el grueso aire de la habitación había humedecido sus cortos rizos como si estuviera en medio de una ligera neblina primaveral y no en una despensa.

No le correspondía responder a *seanmhair* Ailis. Había bajado a la despensa durante diez años ya. No, ese día era Moire, la hermana menor de Emilia —con apenas cinco inviernos— la que debía hablar.

La mirada azul celeste de *seanmhair* brillaba en el espacio oscuro y estrecho al mirar a cada niño. Aunque su mirada era intensa, Emilia vio el borroso brillo verde que se cernía sobre la mujer. Incluso a través de la apariencia envejecida y curtida de *seanmhair* Ailis, con sus mejillas colgadas y los pliegues cerca de sus ojos, Emilia pudo verlo.

Amor.

*Seanmhair* Ailis los quería mucho.

Eso hizo que el momento fuera más imperioso. Ailis no intentaba asustarlos ni provocarles terrores nocturnos. No, les estaba advirtiendo... *preparándolos* para un futuro de que tal vez no escaparían, como ella.

Catriona suspiró, dio un codazo a Moire para que respondiera la pregunta.

Moire, llamada así por sus antepasados escoceses, enderezó los hombros y levantó el mentón un grado cuando reflejó la mirada seria de *seanmhair* y recitó lo que debía memorizar. “No debemos jamás olvidar que somos especiales. Nuestros dones, bendecidos en nosotros por nuestros antepasados Dalais, son de gran privilegio y no se deben usar para el mal. Descendemos de un trío de poderosos hermanos —Niall, Sorcha, y Caitriona— que dieron la vida para traernos a este mundo”. Moire tomó el deshilachado borde de su delantal, y Emilia casi tuvo la sofocante necesidad de ayudarla, de hablar y decirle a su abuela lo que esperaba escuchar.

Cuando Emilia lo intentó, los penetrantes ojos azules de *seanmhair* se dirigieron a ella —una advertencia de que se quedara callada.

Tan rápido como la mirada de advertencia fue hacia Emilia, la anciana se volvió a Moire con un movimiento de aliento. “Vamos, *m’eudail*”.

Los labios de Moire dibujaron una ancha sonrisa que encantaba a su familia desde que la niña nació. A la hermana de Emilia le encantaba cuando su abuela les hablaba en su lengua escocesa y les decía cosas como *mi amor*. “Debemos confiar en nuestros dones. Debemos confiar en nosotros. Y, sobre todo lo demás, debemos desconfiar de toda persona que no tenga sangre Dalais”.

“Muy bien, corazoncito”. *Seanmhair* se empinó, aunque no era mucho más alta que Emilia y Iain. Si no fuera por sus achaques, su cuerpo encorvado y sus canas, fácilmente podría pasar por una niña a la distancia. De cerca, su vestido, su hablar y su calma eran de otro tiempo. “Ahora díganme, pequeños, ¿qué saben de este momento?”.

Iain gruñó y cruzó los brazos. “Detesto esta parte”.

“¿Qué te he dicho, muchacho?”, lanzó *seanmhair*, y puso su mano torcida y llena de nudos en el hombro de Iain.

El hermano de Emilia miró sus gastadas botas mientras pasaba su peso de un lado al otro. “Que los dones nos eligieron y que no hay nada que podamos decir al respecto. Pero no es justo, no es nada que Em, Moire y Cat hayamos elegido, y yo soy nada... con las justas un Noble”.



“Mi adorado muchacho”. El tono de la abuela se suavizó, y avanzó hasta estar frente a Iain, le levantó el mentón con los dedos hasta que la miró directamente. “Fueron bendecidos con belleza, riqueza y título. La suerte nacida de un heredero varón. No pueden esperar tenerlo todo”.

Iain se alejó de su *seanmhair*. “Prefiero tener la marca y un don como el de mi tataratatarabuelo Lochlan”.

“Sabes que los hombres de la línea de los Dalais no han sido bendecidos con la marca desde hace décadas”, intervino Cat. “Ni padre tuvo el don, y es fuerte y valiente”.

“Y un pesado”, masculló Iain.

Moire rio ante la proclamación de su hermano.

Aunque Emilia no pudo suprimir una sonrisa, pero no se atrevió a reír en un momento tan solemne.

“Moire”, pinchó la mujer, dando a un suave tirón a la larga trenza roja de la niña. “¿Qué ves?”.

La niña tragó, sus hombros temblaban ligeramente. “Prefiero que Cat o Em hablen primero”.

“Muy bien”. *Seanmhair* se volvió a Emilia, la primera nieta que nació con la marca de su legado en su cadera izquierda. Un triángulo simple, pero un don que su familia temía que no se volviera a conceder a la familia. “¿Qué ves, pequeña?”.

Fue recién cuando Emilia empezó a hablar que su familia descubrió su don especial. Podía ver la energía de quienes la rodeaban con la capacidad aumentada de reconocer cuando el otro mentía. Con la ayuda de su abuela, Emilia se había esforzado para entender el significado de cada color e impreciso brillo.

“Ya veo...”. Sus palabras salieron mientras una bruma oscura, marrón amarillenta rodeaba a la mujer. Su *seanmhair* estaba fatigada, pero otros colores salieron cuando Emilia miró a su abuela. “Violeta y dorado muestran que estás impartiendo gran sabiduría. Y el verde, como siempre, te rodea”.

Amor. Bondad. Preocupación.

*Seanmhair* Ailis asintió bruscamente y se volvió a Cat. “¿Y tú, mi gatita?”.

Cat cerró los ojos, tenía la ceja baja por el esfuerzo. Catriona había sido la más impactada por su don: podía conectar con el estado emocional de los demás. Con gran esfuerzo, su abuela le había enseñado a Cat cómo aprovechar su don y no permitir que la abrumara. Por un tiempo, Cat había estado

agobiada por las cargas de quienes la rodeaban, ya fuera alguien de su familia o hasta los aldeanos que pasaban por el pueblo.

Emilia veía mientras Cat mordisqueaba su labio inferior hasta que una gotita de sangre estropeó su perfecta piel.

Si Emilia hubiera tenido la oportunidad, hubiera tomado los tres dones para ella, aunque fuera para salvar a sus hermanas de la naturaleza opresiva de sus capacidades.

El don de la visión. El don de la empatía. Y el don de leer la fuerza de la energía de otros.

*Seanmhair* Ailis había sido la única elegida de sus hermanos, aunque le habían triplicado los dones, y la marca del legado completo: tres triángulos superpuestos. Si se combinaban las marcas de Emilia, Cat y Moire se reflejaría la marca de nacimiento en el pecho de su abuela, debajo de su clavícula.

“Veo que estás agitada, *seanmhair*. Hay una urgencia a tu alrededor que no entiendo”. Cat miró a Moire, rogándole ayuda, pero su hermana menor desvió la mirada.

“¿Moire?” preguntó Emilia.

“*Seanmhair* ya no está para este mundo”, susurró Moire antes de que un grito se le escapara. “*Seanmhair* Ailis, quiero subir. Ya no quiero hacer esto. Mi visión... es cruel y no permitiré que se haga realidad”.

“Hey, hey”. La abuela sacudió la cabeza, pero no de pena. “Mi adorada Moire. Tal vez veas el futuro, pero no puedes hacer nada para cambiarlo. Así no funcionan las cosas. Para nada”.

Iain regresó al círculo que Emilia, Moire, Cat y su abuela habían creado sin darse cuenta.

“Dinos que Moire está equivocada”, exigió Iain. “Es una bebé y no puede saber lo que dice”. Miró a su hermana mayor en busca de algo —tal vez orientación— y Emilia quiso asegurarle a Iain su futuro. Lamentablemente, no podía.

A pesar de compartir color de ojos y apariencia, Emilia tenía el pelo más claro, casi blanco a la luz del sol, que la distinguía de sus hermanos y hasta de su *seanmhair*.

A sus ocho años, el hermano menor de Emilia, Iain, era un niño rodeado de mujeres fuertes, su legado escocés, piel pálida y encendido cabello solamente hacían más evidente su espíritu. Aunque también compartía los colores de la

familia y sus ojos azules, se parecía más a su padre —un niño que deseaba permitir que mandaran las mujeres en su familia.

Tal vez el niño tenía más espíritu que el que le reconocían.

Iain miró a Emilia, buscaba una aliada. “Em, díles que esto es absurdo. *Seanmhair* está bien y no iremos a ninguna parte. No por mucho tiempo. La necesitamos. Tú todavía debes dominar tu don, y Moire... ¿podemos confiar en sus visiones?”.

Emilia sabía que Moire solamente decía la verdad. A veces, su don era también una maldición, como con Catriona y Moire.

“Moire tiene razón, pequeños”. *Seanmhair* juntó a los cuatro niños y Emilia aceptó ese abrazo, y se apretó contra ella como si unirse así sin soltarse pudiera detener el acechante destino de su abuela. “Yo partiré pronto y ustedes deberán salir de Dalais Forge —Edimburgo, Bath y Londres. El mundo está ahí para que lo exploren. Pero deben estar unidos. Dependar uno del otro. Escucharse uno al otro”.

“Sí, *seanmhair* Ailis”, dijeron todos al unísono, inclinando la cabeza.

A Emilia le dolía el pecho de pensar en vivir siquiera un momento sin tener a su abuela cerca. Quería llorar, gemir por tanta injusticia, patear y exigir que no ocurriera.

Lamentablemente, su acceso de rabia y tristeza no haría nada para cambiar su futuro.

“Ahora, mis pequeños, recuerden... un día un amigo, adversario al siguiente. Deben depender entre ustedes, confiar solamente entre ustedes. No estaré mucho tiempo más para protegerlos”.

“¿Qué hay de mí?”, preguntó Iain, el pánico aumentó en su tono.

“Tú, muchacho, escucharás a tus hermanas”. Esas severas palabras hicieron que Iain contuviera cualquier réplica que pudo haber dicho. “Ellas se preocupan por ti, Iain. Aunque creas que tú lo sabes bien, no es así”.

Emilia pensó que su *seanmhair* era demasiado dura y severa con Iain.

Pero otra vez, se quedó callada.

“Se hace tarde y los huesos me duelen”. *Seanmhair* Ailis se pasó el largo cabello gris sobre el hombro y le dedicó una última mirada a cada uno. “Ustedes deben ir a la cama. Vayan ya, todos”.

Iain fue el primero en darse la vuelta y avanzar por la escalera apresuradamente a la alacena del mayordomo. Sus pasos que huían se dejaron escuchar. Cat dudó bastante en su partida, sus pasos esperaron lentos y esperó que sus hermanas la siguieran. Finalmente, Emilia puso el pie en el escalón

más bajo mientras su *seanmhair* le dijo a Moire en un susurro. Sus palabras de alerta llegaron hasta Emilia...

“Moire, querida, no puedes hablarle así a tu hermana. El futuro es lo que es, intervengas o no...”.

Emilia trepó hasta llegar a lo más alto, los suaves sollozos de Catriona se dejaban escuchar, aunque las palabras de su *seanmhair* hicieron que Emilia se viera tentada a volver a la despensa. A pesar de las lágrimas, Cat extendió la mano para ayudar a Emilia a salir.

Por detrás, escucharon el raspar de las botas Moire cuando subió las escaleras. El día parecía el final: el fin de una tradición larga y sagrada.

Emilia no quería irse de Dalais Forge, no sin su *seanmhair*.

# Capítulo Uno

*Epsom, Inglaterra*

*Septiembre de 1811*

Felix Hunter, duque de Kintore, se inclinó contra la baranda que lo separaba a él y a la multitud de los pura sangre, caballos árabes y cuartos de milla que corrían en el hipódromo de Epsom Downs. Mientras los espectadores estaban inundados de un estupor de expectativa y emoción, Felix podía hacer una lista de al menos quince tareas importantes de las que *debería* estar encargándose en vez de pasar el día a dos horas de distancia de Londres. Las carreras no eran más prioridad en su lista que escoger pescado en el mercado de Spitalfields, caminar por Hyde Park o... se encogió de hombros con la idea, ir a un recital musical lleno de mamás en busca de un esposo acaudalado y con título para sus hijas insulsas y poco originales.

Haciendo el máximo esfuerzo para parecer cómodo y sin más preocupaciones genuinas en el mundo que el resultado de la carrera que estaba a punto de empezar, Felix miró a los hombres y a varias mujeres que presionaban la baranda detrás de él hasta que divisó a su tío, el conde de Abernathy. El anciano caballero puso el brazo alrededor de un muchacho de no más de 17 años mientras avanzaban por el pasamanos para tener una mejor visión de la carrera.

Felix no reconoció al muchacho. Su cabello rojo estaba cortado y peinado a la perfección, y su piel era tan pálida que sin duda terminaría muy quemado, incluso bajo el encapotado clima de septiembre. Alto y desgarrado, el muchacho no era de los compinches habituales de su tío, todo lo contrario en realidad, aunque su chaqueta y sus pantalones eran de excelente calidad.

Ese solo hecho había provocado que Felix los estudiara con más detalle.

Cuando el mayordomo de su tío le envió un recado a Kintore Manor esa mañana, Felix estuvo tentado de ignorar la misiva. Desde hacía años que cuidar a anciano era cada vez más agotador; pero si las cosas salían mal, era a Felix a quien llamaban para que reparara el perjuicio.

Y Felix se engañaría si no aceptara al menos parte de la culpa por las actuales circunstancias de su tío.

El gentío dejó escapar un grito cuando los jinetes recibieron la indicación de iniciar la carrera.

Felix estuvo atento a su tío. Lord Abernathy había sido el tutor de Felix hasta que alcanzó la mayoría de edad y heredó el ducado de su padre. Felix miró por detrás de su tío y el muchacho y logró ver a su conductor, Jameson, apoyado distraídamente en el barandal un poco más abajo.

Felix y su conductor habían pasado por esto muchas veces a lo largo de los años, aunque por lo general estaban en una taberna o cerca de los muelles.

Felix era soltero y no tenía hijos, pero pensaba que tener cerca a su tío debía ser muy parecido a tener al menos una docena de vástagos.

Con un movimiento de cabeza a Jameson, Felix se volvió a mirar la última vuelta de la carrera mientras varios caballos se disputaban una posición. El polvo que levantaban sus poderosos cascos envolvía a los espectadores con una gruesa capa de mugre. Toda la concurrencia estaba en estado de trance. Es más, avanzaron lentamente mientras los caballos corrían por la pista.

Felix nunca había entendido el atractivo de apostar ni el entusiasmo que rodeaba a las carreras de caballos.

Tal vez porque lo había criado su tío, Abner Key, que pasaba tanto tiempo entre copas como colocando apuestas de insensatos y equivocados apostadores en juegos infernales en muelles y carreras.

Recién cuando empezó a asistir a Eton, Felix se dio cuenta de que no todos los hombres bebían todas las noches hasta llegar al estupor antes de irse a dormir. No todos los caballeros pasaban la mejor parte de sus vidas escabulléndose de un cuchitril a otro, noche tras noche en una interminable misión de gastar hasta el último chelín en licor, mujeres y juego.

Felix sacudió la cabeza, regresó su atención a Abner, que se movía de lado a lado. El muchacho se acercó mientras vitoreaban y abucheaban desde su lugar cerca de la baranda.

“¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!”, gritaba la multitud mientras tres caballos se acercaban a la meta, al mismo ritmo.

El ambiente expectante no fue contagioso para Felix.

Cuando los caballos cruzaban la línea, parte de la multitud vitoreaba, la otra parte gritaba furiosa.

Su tío, como era típico, estaba en el segundo grupo.

Otra apuesta perdida.

Felix solamente podía esperar que la suma no fuera muy alta. El condado de Abernathy estaba casi en la miseria, impulsado a la ruina por la necesidad de Abner de apostar, beber e irse de farra en un ciclo sin fin.

Felix se dirigió hacia su tío mientras Abner daba un empujón al muchacho, que tropezó y chocó con una mujer corpulenta y causó que su abanico y su sombrilla salieran volando. Jameson recogió rápidamente los artículos y se los devolvió a la mujer, que fue apresurada a los refrigerios acompañada de otras dos señoras.

Felix se movió rápidamente a través de la multitud para avanzar hacia su tío, ya sin balancearse sobre pies inestables.

Felix supuso que una pérdida significativa para su tío era una experiencia aleccionadora.

Jameson casi había alcanzado al muchacho pelirrojo y Felix se acercó más a su tío justo cuando Abner llevaba el puño hacia atrás y golpeaba en la cara al hombre con el que había llegado. La nariz del pelirrojo explotó con un chorro rojo que hacía juego con sus mechones mientras que le bajó por la cara y manchó su camisa de lino blanco.

Conmocionado, el hombre se tambaleó y chocó con Jameson mientras el conductor intentaba dar estabilidad al muchacho.

Felix saltó entre los dos hombres, su tío volvió a avanzar.

“¿Qué diablos pasa acá, tío?”. Felix miró entre Abner y su compañero, y encontró que era casi un niño, a pesar de su altura y se presencia en Epsom Downs.

Detestaba tener que regañar a su tío como si fuera un chiquillo. Le desagradaba el hecho de que Abner supiera que su sobrino siempre vendría en su rescate y a corregir sus errores. Aborrecía el hecho de que sus padres hubieran fallecido y lo hubieran dejado al cuidado de ese sinvergüenza durante tantos años.

Felix respiró hondo para calmarse cuando la boquiabierta multitud empezaba a disiparse, en una acción que terminó tan rápidamente como empezó. Los mirones se alejaron de la pista de carreras para cobrar sus ganancias y empezar sus dos horas de recorrido de vuelta a la ciudad.

Eso dejó a Felix, Jameson, Abner y el muchacho, el golpe en la nariz ya se tornaba morado cuando la sangre paró.

Qué desastre.

“¿Qué significa esto?”, refunfuñó Felix, intentando mantener al margen del altercado a quienes los rodeaban.

Abner desvió su furiosa mirada del muchacho lo suficiente para lanzar duros ojos a su sobrino. “¿Me puedes decir por qué estás acá? No necesito que interfieras en mis asuntos”.

“Acabo de ver exactamente lo contrario”, replicó Felix antes de cerrar la boca. Lo último que necesitaba era que su tío lo hiciera entrar en una discusión delante de tanta gente.

“Debo... debo irme”, balbuceó el muchacho e intentó soltarse de Jameson, que solamente lo sostuvo con más fuerza.

Felix pasó la mirada de Abner al chico, esperando en silencio que cualquiera de los dos le explicara.

“Resulta que tengo todo el día, caballeros”. Felix cruzó los brazos, los hombros se le relajaron ahora que el muchacho ya no corría riesgo de otro ataque.

El muchacho pasaba su peso de un pie al otro. “Yo... bueno... lord Aber—”.

“Yo te diré qué pasa aquí”, Abner interrumpió al muchacho. “Este—este—*estafador*... dijo que sabía qué caballo iba a ganar”. Los ojos marrones de su tío se estrecharon cuando miraron al joven. “Así que aposté todas mis monedas y unas cuantas más, solamente para perderlo todo”.

Era precisamente lo que Felix debía esperar de Abner. “Este hombre, como cualquier otro, no puede saber cuál será el caballo ganador, como no puede saber qué carta saldrá”.

“No es cierto. Este muchacho tiene un don. Lo he visto en muchas ocasiones”. Abner rodeó al pelirrojo, metió un dedo por su camisa ensangrentada. “Ahora, cuando los riesgos están altos, ¿piensas en engañarme? No lo creo, no lo creo”.

La escena era casi cómica. Abner bien hubiera podido patalear como un niño petulante a quien se le niega un segundo dulce. Lamentablemente, Felix sabía lo rápido que cambiaba el ánimo de su tío y contuvo toda señal de diversión en su rostro.

“Tío, creo que es hora de que vuelvas a casa”. Felix asintió mirando a Jameson sobre el hombro de Abner. “Jameson te llevará a tu coche, y yo veré que tu... amigo llegue a casa a salvo”. Y me disculparé debidamente con su familia por el estado en que se encuentra.

Esa vez, Abner pataleó. “No me puedes dar órdenes. Soy tu tutor, no al revés. Me mostrarás el respeto que me concedió mi hermana”.

“*Eras*”, respondió Felix, y la calma que había logrado dejó sus hombros.

“¿Qué fue eso?”. Abner pasó al costado de Jameson y el sirviente se adelantó para guiarlo hacia los carruajes.



“Dije que lo eras, tío. *Fuiste* mi tutor. Hace años que llegué a la mayoría de edad”.

Felix reconoció el fuego dentro de su tío.

“Después de todo lo que te he dado... ¡todo lo que *dejé* por ti!”. Abner hervía. “Mi finca sufrió por ocuparme de ti, mi sobrino huérfano. Nunca me case por estar pendiente de tu crianza y tu educación. Detuve mi futuro porque me hice responsable... *de ti*”.

Felix se quedó callado, escuchando la diatriba que le habían dicho al menos cien veces en los últimos años. Lo que su tío no mencionó fue que ya era un sinvergüenza confirmado cuando recurrieron a él para encargarse de Felix; ya era un conocido apostador y borracho. El patrimonio de lord Abernathy ya se había perdido mucho antes de la muerte de los padres de Felix. Si acaso, Abner había podido tener una vida de lujos *porque* estaba a cargo de cuidar a su sobrino.

“El muchacho tiene un don. Puede ver el futuro, dice”. Abner se volvió a acercar al chico, pero la mirada de Felix lo detuvo en su sitio. “No me mires como si fuera un tonto. Hasta ahora, ha sabido quién iba a ganar al menos media docena de veces. Hemos ganado una fortuna. Pero ahora, todo se acabó —”.

“Basta”. Felix movió la mano por el aire entre él y su tío, el muchacho retrocedió con terror. “Tío, irás a casa en Berkeley Square. Yo me encargo de que tu amigo llegue a casa y te veo luego”. Felix buscó la controlada mirada del conductor. “Por favor, encárgate de que mi tío llegue a su carruaje, Jameson”.

Cuando Jameson intentó tomar el hombro de Abner, el hombre se soltó y avanzó a trompicones a su coche, que estaba al lado del transporte de Felix.

“Yo—Yo—Yo—puedo llegar a casa”, al muchacho se le atropellaban las palabras.

“Yo creo que no”, dijo Felix, analizando el estado del pelirrojo. “Tu camisa está arruinada, y dudo que tengas dinero para el viaje de regreso a Londres. Llegaste en el coche de lord Abernathy seguramente”.

“S-s-s-s-sí”.

Felix se preguntaba cómo se habrían conocido su tío y el muchacho. No era uno de los camaradas habituales de Abner. Se sabía que el conde se hacía amigo de otros borrachos y apostadores o se juntaba con caballeros con grandes bolsillos que financiaban sus apuestas.

“¿Tu nombre?”, preguntó Felix.

“Iain”. El muchacho miró hacia sus botas rayadas llenas de polvo y fango de las pistas de carreras. “Iain Noble”. Se aclaró la garganta y levantó el mentón. “Lord Strathmore”.

“Yo soy Felix, duque de Kintore”. Felix fue hacia los coches, y el muchacho lo siguió. “Si me permites, quiero asegurarme de que llegues a casa”.

“Supongo”, murmuró Iain.

“Maravilloso. ¿Cuál es tu dirección?”, Felix hizo un gesto a Jameson cuando abrió la puerta del carruaje.

Con un ademán, Felix indicó que Iain debía entrar primero. Lo último que necesitaba era que el muchacho se fuera si Felix entraba primero al coche.

Pero Iain no protestó cuando tomó se sentó en el asiento con vista hacia atrás. “Cavendish Square, número ocho. Vivo con mi... familia”.

“Muy bien”. Felix golpeó el costado del coche con los nudillos, y Jameson cerró la puerta antes de subir a su asiento. El carruaje empezó a moverse sin prisa, avanzó por la accidentada zona de carruajes hacia el camino que los llevaba de vuelta a la ciudad. “Quiero enmendar el deplorable comportamiento de mi tío”.

“No es necesario, Su Merced”.

Iain —Lord Strathmore, en verdad— frotó la mano donde se había secado la sangre de su nariz.

“Discrepo contigo”, dijo Felix sacudiendo la cabeza.

“Me merecía el golpe”. Iain movió la mano para inspeccionar su camisa.

“Nadie merece un golpe como ese, menos en un lugar tan público”. Cuando el muchacho no respondió, Felix abrió la tela que cubría su ventana y miró pasar el paisaje.

Felix quería preguntar por qué Iain se juntaba con alguien como el conde de Abernathy, pero no era de su incumbencia conocer las razones del muchacho.

Abner... Abner era un asunto diferente.

Felix no había terminado de manejar la situación con su tío, de ninguna manera. Atacar a un hombre en el hipódromo... estaba fuera de lugar y no era de caballeros, sin importar cuánto dinero hubiera perdido Abner en la carrera. Había damas ahí, Dios santo.

Felix se reclinó en su asiento, contento de quedarse callado por el resto del trayecto a Londres. En poco tiempo, Iain empezó a cabecear frente a él, se movía de un lado al otro con el avance del carruaje.

La nariz de Iain estaba hinchada y probablemente se pondría peor por el golpe, pero Felix sospechaba que la herida desaparecería y que en una semana la cara estaría curada. Sin embargo, la contextura clara de Iain significaba que el golpe sería más visible hasta que desapareciera.

Felix agradeció la distracción de llevar a Iain a casa, le daba tiempo a calmarse antes de enfrentar a Abner. Desde hacía tiempo sabía que las cosas no podrían continuar así: Abner no podía seguir encontrando problemas en cada esquina, ni Felix podía repararlos por un constante sentido de culpa y obligación hacia el hombre.

Durante mucho tiempo, se preguntó por qué su padre —y su madre— lo habían dejado al cuidado de su tío. Pero recientemente, Felix había empezado a sospechar que la intención de sus padres no era que Abner cuidara a Felix, sino que Felix cuidara a Abner.

¿Su tío hubiera dejado la bebida, se hubiera casado con una dama adecuada y criado una familia si no hubiera estado a cargo de la crianza de Felix? No había manera de saber la trayectoria de su vida si las cosas hubieran sido diferentes.

El dolor en el pecho de Felix creció y volvió a sentir esa conocida opresión en los hombros cuando intentó bloquear pensamientos del pasado. No se podía cambiar lo que ya había pasado, ni Felix lo quería.

Era el hombre que era por todo eso.

Inclinó la cabeza y miró al techo del coche. Al pasar los minutos, reconoció que el movimiento del carruaje cambiaba mientras recorrían los caminos rurales a las empedradas calles de la ciudad y bajaban la velocidad.

Poco después, el coche se detuvo y Jameson saltó de su asiento y abrió la puerta del carruaje.

Al inclinarse hacia adelante, Felix logró ver la casa signada con el número 8, Cavendish Square. Estaba bien mantenida, de las mayores casas adosadas de Londres. Ribetes blancos y negros, cinco peldaños llevaban a puertas rojas dobles. El carruaje estaba detenido en la calle, y no había sendero que llevaba a la casa, ni arbustos plantados en el frente.

Felix se aclaró la garganta. “Llegamos”.

Iain se despertó sobresaltado, miró a Felix antes de que su mirada recorriera el coche cerrado hasta la puerta y hacia la casa. Si hubiera sido posible, se diría que el muchacho empalideció más.

“¿Vamos?”, dijo Felix con un gesto a la puerta abierta.

“Puedo entrar solo, Su Merced”. ¿Podría ser que el muchacho estuviera más aterrado de que Felix lo acompañara a la puerta de lo que estuvo cuando enfrentó el puño de Abner? “Le agradezco que me haya traído”.

Lo último que Felix necesitaba era que la familia del muchacho buscara alguna retribución por el altercado entre Abner e Iain. “Te acompaño”.

También sería bueno que Felix advirtiera al padre del muchacho del tipo de hombres con los que su hijo se juntaba.

Cuando Iain no se movió, Felix saltó del coche y avanzó hacia la puerta donde estaba Jameson, a la espera de una señal para tocar.

Con un gesto, Felix indicó a su cochero que regresara a su lugar cerca del coche. No se le había ocurrido la ostentación que habría en su intento de arreglar las cosas con el padre de Iain. Para cuando subía por los peldaños hacia la puerta, Iain ya estaba detrás de él.

Levantó el llamador de metal, Felix golpeó tres veces por si acaso, e instantáneamente captó movimientos desde adentro. ¿La familia de Iain habría notado la ausencia del muchacho? ¿Lo habrían estado buscando?

La puerta se abrió, y la mirada de Felix no se cruzó con la de un mayordomo ni el dueño de casa, sino con la mirada azul zafiro de una mujer menuda, con el cabello tan claro que era casi blanco.

Ninguna disculpa ni saludo que hubiera preparado en el regreso a Londres vino a su cabeza.

Buscó en su mente pero solamente se le ocurrieron palabras como *duende*, *hada* y *completamente cautivadora*.

A pesar de su mirada con ojos estrechos, la mujer que tenía delante era ...

“¿Puedo ayudarlo?”. Su tono rico y melódico le asentaba perfectamente. Felix no creía en hadas, ni en fábulas, pero si alguna vez hubo duendes retozando en la campiña inglesa, esta mujer debía haber sido su musa. “¿Señor?”.

Los segundos pasaron lentamente mientras Felix permaneció congelado, incapaz de hablar, pensar o moverse.

Felix se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento y exhaló con mucha fuerza.

La mujer lo miró de arriba abajo con una intensidad que le quedaba bien, a pesar de su apariencia enigmática.

“Soy el duque de Kintore—”.

Antes de que pudiera presentarse correctamente, los ojos de la mujer lo atravesaron y se posaron en Iain.



Moire se recostó con una suave sonrisa cuando su visión se volvió a aclarar y regresó a la sala de estar de su familia, sus manos seguían aferradas a la aguja y el pinchazo de dolor en el pulgar la hizo ponerla a un lado.

Una gotita de sangre manchaba la punta de su pulgar.

Mucho menos que la que había derramado su hermano.

Una circunstancia desafortunada necesaria para ver el futuro según sus visiones. Ciertamente, Iain la perdonaría por inducirlo a error de esa manera tan cruel cuando todo con Emilia y su futuro estaba asegurado.

Miró a la puerta abierta que había traspasado su hermana apenas minutos antes.

“¿En qué andas, querida hermana?”.

Moire miró a Catriona, que estaba sentada leyendo un libro cerca de la ventana que daba al jardín detrás de la casa de su familia. Ni siquiera desvió los ojos de su libro para hablar.

“Te sientes bastante satisfecha de ti misma, y sabré la razón”, provocó Catriona.

Se sentía bastante satisfecha de ella misma, era así, pero su hermana no curioseó la razón. Todavía no, por lo menos. Todavía le falta mucho por ver y no haría que su hermana corriera hacia Emilia y lo arruinara todo.

“¿Y por qué haces que Em mire la puerta? Si padre la atrapara saludando invitados estaría horrorizado”.

“No temas, madre y padre regresarán de su tarde en el parque en una hora o algo así”, le aseguró Catriona.

Su hermana cerró su libro con un golpe y sacó las piernas de la cornisa de la ventana. “No me gusta esa mirada. No creas que iré donde mamá y hablar de esto”.

Moire solamente sonrió a Catriona.

Era demasiado tarde. Sí, demasiado tarde para parar las cosas.

Ya estaban en movimiento...

## Capítulo Dos

Lady Emilia Noble respiró hondo al ver a su hermano, con la camisa ensangrentada, la nariz hinchada que tomaba un feo color morado. La mugre colgaba de su ondulado cabello mientras un brillo rosado polvoriento y borroso lo rodeaba, encima de él pero sin estar directamente conectado con él.

¿En qué embrollo se había metido ahora el tonto de Iain? No reconoció al hombre que lo acompañaba. Al menos a Iain no le había parecido gracioso soltar el caballo del vecino otra vez.

“Como decía, soy el duque de Kintore”. El hombre —caballero— que ocupaba casi toda la entrada de la casa se inclinó con formalidad, y Emilia notó cómo Iain se deslizaba detrás de él como intentando ocultar su aura a su hermana. “Me pareció mejor traer de vuelta a lord Strathmore a casa—”.

Emilia miró al extraño. Estatura promedio para un hombre. No muy alto, ni robusto en modo alguno. Tenía todo el aspecto de caballero de Londres al que se había acostumbrado desde que se mudó a la ciudad, solamente que había algo peculiar en este duque. Y no tenía nada que ver con su aura. El cabello oscuro se le deslizó sobre un ojo, y él sacudió la cabeza, con lo que el mechón regresó a su lugar como si la hebra ofensiva hubiera recibido un regaño. Sus ojos eran de un rico marrón cocoa, casi tan oscuro como su cabello. Sin embargo, su piel tostada no lograba esconder las manchas oscuras de sus ojos. Emilia no pudo evitar preguntarse si esos oscuros círculos eran señal de falta de sueño, o si era por otra dificultad más apremiante.

¿Fue por eso que Moire le dijo que abriera la puerta antes de que Edwin, el mayordomo, se apresurara hacia el vestíbulo?

El pensativo duque se paró a un costado, y permitió que Emilia tuviera una visión clara de Iain y su magullado rostro, pero sus ojos se quedaron en el extraño. Distantes restos de rojo vívido se aferraban a su aura —rabia. En rápido orden, un azul pálido florecía, con trazas de reluciente rosado. Compasión, superada por... otra cosa.

Una vez más desde que perdió a su *seanmhair*, Emilia deseó que la mujer siguiera con ellos. Tenía tanto por aprender todavía sobre su don. Por ejemplo, lo que este brillante color rosado significaba. El azul pálido lo conocía bien pues rodeaba a su hermana, Catriona, casi constantemente, la niña sentía las emociones de otros tan intensamente que a veces la hacía caer de rodillas.

Emilia se reprendió en silencio y regresó su atención a Iain, y casi empujó al duque para llegar hasta su hermano. Al colocar la mano en la magullada cara, su hermano siseó y retrocedió como si el contacto lo hubiera lastimado. Su pálida piel estaba acalorada por la lesión.

Mirando hacia arriba y abajo, Emilia hizo que Iain entrara a la casa.

“Entre, Su Merced”, dijo sobre el hombro. “No permitiré que los vecinos empiecen los chismes sobre mi hermano”. No había duda de que la dama del palacete de una de las casas colindantes tenía una vista amplia de la puerta delantera de Emilia desde su salón.

El duque tuvo el tino de cerrar la puerta detrás de él.

“¿Puedo tener el atrevimiento de solicitar audiencia con el padre de lord Strathmore?”, preguntó el hombre.

“No está en casa en este momento”, dijo Emilia, escrutando la nariz de Iain. “¿Usted le hizo esto?”.

En silencio, Emilia siguió su pregunta con otra: “¿*Qué hizo Iain para merecer la paliza?*”.

El extraño jadeó al escuchar su pregunta como ofendido. “Cielos, no”.

Emilia notó su aura de honestidad. “Entonces le agradezco que lo haya traído a casa. Soy lady Emilia Noble, hermana mayor de Iain. Atenderé sus heridas”.

El hombre debía irse antes de que sus padres llegaran a casa de Hyde Park, y Emilia necesitaba tiempo para averiguar en qué lío se había metido Iain, y ver qué se necesitaba para que no se enteraran.

“Esperaré que regresen si no le incomoda, mi lady”.

Miró al duque y sus palabras casi —*casi*— se le atoraron en la garganta. “Me incomoda mucho, Su Merced”.

Aunque estaba furiosa con Iain e incómoda de tener al extraño en su casa, Emilia no pudo evitar mirar al duque. A pesar de su tiempo en Londres, y de los muchos bailes a los que había ido desde su presentación, nunca había puesto los ojos en el hombre ni oído el nombre del caballero en cuartos de baño ni detrás de abanicos levantados. Tal vez ya estaba casado y prefería el tiempo con su familia que en compromisos sociales.

“Emilia, yo—”.

A los balbuceos de Iain, Emilia le lanzó una mirada penetrante. Sabía exactamente cómo hervían sus ojos azul zafiro cuando lanzaba esa mirada. La había practicado durante años en su habitación ante un espejo. Una brillante aura verde hablaba de la deshonestidad de Iain, aunque todavía debía darle su

relato de lo ocurrido cuando ella y sus hermanas no se dieron cuenta de que había salido de la casa.

Quedaban pocas dudas de que pensaba engañarla.

“Si me permite—”, el duque empezó de nuevo, y su aplomo le envió una onda de fastidio. “Me tropecé con su hermano en el hipódromo, en Epsom Downs—”.

“¿Epsom?”, preguntó Emilia. “Eso es al sur de la ciudad, ¿correcto?”.

Desde que salieron de Dalais Forge después de la muerte de *seanmhair*, habían vivido en Edimburgo, Manchester, Bath y finalmente se habían instalado en Londres. Sin embargo, la familia no viajaba tan al sur.

“Sí, mi lady. Y por favor, tenga en cuenta que no me complace regresar el muchacho en esa condición. No soy la causa directa de las heridas de su hermano, pero me temo que debo tomar una parte de la responsabilidad”. Todo en Kintore hablaba de su honestidad. “Me tropecé con Iain, que estaba en el hipódromo con mi tío, lord Abernathy”.

“Estoy confundida sobre cómo llevó eso a su camisa ensangrentada y su cara golpeada”. El pecho de Emilia se endureció.

“Parece que él y mi tío apostaron a un caballo —y perdieron”.

“¿Iain?”, susurró ella. “¿Es cierto eso?”.

Antes de que su hermano pudiera responder, el duque continuó: “Mi tío tiene la impresión de que lord Strathmore, Iain, puede ver el futuro. Aparentemente, ha estado apostando así hace tiempo. Sin embargo, hoy no fueron tan afortunados”.

Emilia miró a Iain, que se esforzaba por confundirse por el fondo a la espera de una oportunidad para escabullirse y esconderse. Había desaparecido el verde de su aura y se había puesto gris. Se sentía atrapado.

Se contuvo antes de regañar a Iain y dejó que la tensión de sus hombros se relajara cuando se dirigió al duque. “¿Ver el futuro? Estoy segura de lo descabellado que es eso” —sobre todo porque Emilia sabía muy bien que Iain no tenía el don de la premonición— “y francamente, me pregunto por la capacidad mental de lord Abernathy si se creyó esa fantasía”.

Por primera vez, Emilia agradeció no poder determinar su propia aura de deshonestidad.

Dejó salir una risita corta y forzada en un intento de aligerar el pesado ánimo que había inundado el vestíbulo.

La mirada escrutadora de Kintore le dio a entender que no le creía. Se dio la vuelta hacia Iain y pareció analizarlo, sostuvo su intensa mirada hacia los



rojizos mechones del muchacho y dejó llevar sus botas gastadas botas antes de volverse hacia Emilia como si hubiera encontrado la prueba que buscaba.

¿Realmente creía que Iain tenía el don de ver el futuro?

“Le agradezco por señalar el disparate de mi tío, lady Emilia”, dijo Kintore, y una ligera sonrisa se asomó a sus labios. Un poco de la pesadumbre que había rodeado al duque cedió cuando rio entre dientes. “Abner no tiene el don del buen sentido para saber que algo no parece plausible”.

“Bueno, como los dos podemos ver, mi hermano ha tomado algunas decisiones dudosas con respecto a lord Abernathy, también”. El temor de que se descubrieran los dones de su familia se desvaneció.

El duque metió una mano al bolsillo y sacó una tarjeta. “Lady Emilia” —y le entregó la tarjeta— “si hay algo que lord Strathmore necesite, si sus padres quieren hablar más sobre este asunto, mi dirección está en la tarjeta”.

Emilia aceptó el rectángulo labrado, y logró ver que la casa del duque estaba en Berkeley Square.

“Gracias, Su Merced”. Emilia dio la vuelta a la tarjeta con sus dedos.

Con una reverencia y una mirada final hacia Iain, el duque de Kintore giró hacia la puerta principal, con una pausa como esperando que la puerta se abriera mágicamente delante de él. Cuando eso no ocurrió, y Edwin —bendito sea el mayordomo— no se apresuró a entrar a la sala, el duque tomó el pestillo y salió, y cerró la puerta detrás de él.

Con eso, dejó solos a Iain y Emilia.

“Em, déjame—”.

“No”. Emilia enfrentó a su hermano, su falda se levantó en vuelos con ese súbito movimiento.

Como si las hubieran llamado, Moire y Catriona entraron como resbalando al vestíbulo, Edwin rápido detrás de ellas, como si acabara de oír que la puerta se cerraba. Catriona se lanzó inmediatamente hacia Iain, con expresión solemne, y Edwin dio un paso hacia ellos con un paño mojado ya preparado.

¿Cómo había sabido el mayordomo que Iain necesitaría atención?

Emilia notó que Moire no había entrado totalmente al vestíbulo y seguía en el pasillo, y que además se había escabullido a la sala de estar.

Antes de que Emilia pudiera decir algo, Iain vio a la hermana menor y se desasió de Cat y del paño que le ofrecía el mayordomo.

La piel de Iain estaba roja, y Moire chilló, con los ojos redondos. Se aferró a su falda y corrió hacia el pasillo desde donde ella y Cat habían venido.

“¡Moire!”, gritó Iain, y se lanzó tras ella. “Hiciste esto a propósito”.

“Iain, basta”, dijo Cat, siguiéndolos. “Te vas a lastimar más”.

El humor de Emilia se encendió. Se sintió agradecida de que el duque se hubiera ido antes de que Moire y Cat llegaran al vestíbulo. Pero, otra vez, ahora estaba segura de que su hermana menor lo había planeado todo, y que hasta le pidió a Edwin que estuviera ocupado con otra cosa y que no pudiera atender sus deberes con respecto al invitado.

Sus padres regresarían del parque en cualquier momento, y si descubrían que Moire había usado su don... y que Iain había mentido sobre *tener* un don... nunca llegarían a escuchar el final del sermón de su padre. Calum Noble, el marqués de Eglinton, no sabía qué significaba tener el don pues había nacido sin la marca.

*Seanmhair* había declarado que el padre de Emilia no era digno de la marca hasta que su familia tuviera el trío completo: Emilia, Catriona y Moire. Las marcas de nacimiento superpuestas completaban el talismán de su linaje.

“¿Mi lady?”, preguntó Edwin.

Ella giró y vio al mayordomo aún aferrado al paño que había llevado para limpiar la cara de Iain. “Edwin, gracias”, —tomó el paño— “yo me encargo de Iain”.

Con un movimiento de cabeza le agradeció al mayordomo y buscó a sus hermanos.

Hubiera sido bueno para todos si le contaba a sus padres y permitía que su padre manejara la situación. Pero en cuanto lo pensó, lo descartó. *Seanmhair* era inflexible en que Emilia, Moire y Cat debían apoyarse entre ellos —y cuidar a Iain al mismo tiempo. En los años transcurridos desde la muerte de su abuela abuela, Emilia y sus hermanos habían conservado el cercano vínculo que habían desarrollado en su niñez en Dalais Forge.

Hasta donde el marqués y la marquesa sabían, Emilia y sus hermanos se mantenían unidos.

La puerta de la sala de estar estaba completamente abierta, y Emilia vio a Iain mirando a Moire mientras Cat intentaba empujarlo.

“Mira lo que has hecho”, dijo Iain furioso. “No hay manera en que yo—”.

Emilia entró a la sala y dio un portazo, con lo que dejó callado a Iain y logró la atención de Catriona y Moire, cuyas cabezas pelirrojas se volvieron hacia ella.

“¿Qué significa esto? Debes responderme inmediatamente”, siseó Emilia. No ganaría nada con gritarles, explicarles las duras consecuencias de su

situación significaría que sabría parte de la verdad. “Dime que no te hiciste pasar por vidente para ganar una moneda en las carreras”.

Cuando Iain abrió la boca, y el espacio a su alrededor volvió a ponerse verde, Emilia levantó la mano. Necesitaba descubrir a cuánta gente había intentado engañar su hermano. “Ni se te ocurra mentirme, querido hermano. El duque ya se fue, estamos nosotros solos”.

“No lo hice por las ganancias”, dijo Iain.

“¿Crees que es lo que hace mejor? ¿Presumes que eso perdona tu comportamiento?”, demandó Emilia abriendo las manos. Se dio cuenta de que todavía tenía la tarjeta del duque. “¿Qué nos enseñó *Seanmhair Ailis*?”.

“Un amigo puede rápidamente convertirse en adversario”, recitaron Moire y Cat al unísono.

“Lord Abernathy no es un amigo”, se burló Iain.

“¿Pero le cuentas los secretos de nuestra familia?”. Emilia no podía entender qué le había pasado a su hermano. “Y ahora su sobrino, otro extraño sabe”.

“Dije que tenía el don, no dije nada de Moire o Cat —o tú, Em”. Iain giró y se apoltronó, dejó caer la cabeza entre las manos. “Y ahora... y ahora le debo a Abner y al librero en The Howling Owl. Todo por tu culpa”.

Iain sostuvo la mirada azul de Moire.

“¿Qué tienes que ver con esto, Moire?”, preguntó Emilia.

“No mucho...”. La hermana menor miró hacia la aguja que había descartado.

¿Cómo era que hacía poco tiempo habían disfrutado de una tarde de pasatiempos femeninos socialmente aceptados, y ahora Emilia temía que toda su familia pudiera ser perseguida en cualquier momento?

“Iain me pidió que le hablara del futuro... se suponía que era una broma”. Moire jugueteó con sus manos y Emilia supo que por lo menos estaba arrepentida. “Nadie debía salir perjudicado”.

“Y ahora tengo la nariz reventada y le debo dinero a lord Abernathy”. Iain se pasó las manos por el pelo y los estiró de pura frustración. “Por no decir cuánto le debo a Harris de The Howling Owl, aunque solamente puedo asumir que es una cantidad abrumadora. ¿Y si lord Abernathy le dice a otros de mi don?”.

“Tú no tienes el don”. Esta vez, Cat y Emilia hablaron al mismo tiempo.

Cat se dejó caer en el asiento de la ventana, y Emilia temió que las sobrecogedoras emociones de sus tres hermanos fueran más de lo que Cat podría

manejar.

“Es que se suponía que sería divertido”, replicó Moire. “Nunca dijiste que ibas a apostar una buena cantidad”.

“No era así al comienzo, pero como mi caballo siguió ganando, Abernathy apostó más”. Iain suspiró, levantó la cabeza y encontró la mirada estupefacta de Emilia. “Em, puedo arreglar esto. Veré cómo pagarle al corredor de apuestas y cumplir con lord Abernathy. Tal vez no tenga los dones que ustedes tienen, pero tengo la suficiente sensatez para arreglarlo”.

Sintió dolor en la palma de su mano, y Emilia se dio cuenta de que tenía mano hecha un puño, la tarjeta del duque le estaba cortando la mano.

“No, ya has hecho suficiente, Iain”, dijo, sin importarle el aire reticente de su hermano. Estaba arrepentido —ella también lo lamentaba. Emilia aflojó el puño y leyó el nombre en la tarjeta.

*Sexto duque de Kintore, Felix Huntar.*

Si no hubiera estado tan irritada con Moire le hubiera preguntado a su hermana si el nombre del duque, Huntar<sup>[1]</sup>, era un presagio de lo que vendría.

*De amigo a adversario.*

Emilia no podía negar que la sangre le latía en las venas con un poco más de intensidad ante la idea de volver a ver al taciturno extraño de cabello oscuro.

En cambio, enderezó los hombros y miró a cada uno de sus hermanos y finalmente fijó la mirada en Iain. “Manejaré esto. Hasta entonces, ustedes tres no dirán nada del asunto”. Cuando los tres asintieron, continuó: “Y por lo más sagrado, no busquen más problemas”.

## Capítulo Tres

Felix había esperado que el padre de Iain, lord Eglinton, lo llamara el día anterior —o que al menos le mandara un recado para exigir que Felix o su tío lo retribuyeran por las heridas del muchacho. Sin embargo, cuando Felix finalmente fue a su habitación privada en las primeras horas de la mañana, no había sabido nada del marqués.

Por lo que fue más sorprendente cuando Percy, el valet de Felix, entró a su habitación mientras Felix buscaba entre sus ropas y le dijo que Felix tenía visita.

Una visitante.

Una *joven* visitante.

La primera imagen que apareció en su mente fue la de una dama menuda con rizos cortos tan claros como su pálida piel. A Felix no se le había escapado que era ligera y suave donde él era oscuro y tosco. Ciertamente, la crianza de cada uno tenía mucho que ver con las diferencias entre ellos

Sus botas resonaron en el corredor vacío cuando avanzaba hacia el salón azul. La habitación había sido la favorita de su madre en toda la casa, salvo cuando se escapaba al aire libre a la amplitud de sus jardines. Sin embargo, la habitación miraba el paisaje detrás de Kintore Manor.

Pronto, Felix se encontró en el salón afuera de la apreciada habitación, y se detuvo.

Lady Emilia Noble lo esperaba adentro.

La puerta se quedó entreabierta, y la vio parada cerca de la ventana, sus manos enguantadas se tensaron delante de ella, su ceja bajó, su boca se movía como si fuera a decir algo, aunque no dejó salir sonido alguno. Nada en ella tenía el halo ligero y etéreo que había visto el día anterior. Una carga invisible se había instalado en ella que hacía que sus hombros cayeran ligeramente hacia adelante.

“¿Ha ocurrido algo con lord Strathmore?”, preguntó al entrar a la habitación, sin molestarse por no parecer preocupado ni saludar adecuadamente a su invitada.

Ella levantó el mentón y lo miró con ojos fijos cuando sus miradas se encontraron. La había sobresaltado, y Felix lo lamentó.

“No—no—no”, balbuceó ella, negando con la cabeza. “Está todo lo bien que puede estar después de recibir un puñetazo en la cara”.

La tensión que sintió al verla en su salón cedió ligeramente. “¿Por qué ha venido a Kintore Manor?”.

Emilia miró sobre su hombro. “Estoy aquí para ver a su tío, lord Abernathy”.

“¿Para qué?”.

“Para saber exactamente cuánto le debe mi hermano”. Su tono entrecortado no tenía la vacilación de antes.

“Para mi tío, Kintore Manor no es su hogar”. Aunque Abner *estaba* durmiendo en ese momento de sus escapadas de la víspera en una habitación de huéspedes de Felix, no tenía ganas de que la criatura que estaba ante él se presentara ante Abner.

Entró en la habitación, pero dejó la puerta abierta en aras de lo que es propio. Ella estaba sola, porque lo que parecía. ¿Sabía el marqués dónde estaba? Poco probable, casi como cuando su hermano menor se escapó a las carreras.

Felix hizo un ademán a lady Emilia de que tomara asiento, pero cuando ella se movió para sentarse, él se quedó parado.

No había posibilidad alguna de que permitiera que su tío pusiera un pie cerca de lady Emilia —sobrio o de otra manera— sin que él estuviera presente. Es más, estaba preparado para darle a su tío una severa reprimenda cuando llegara a casa después de dejar a Iain. Lamentablemente, Abner había tenido una botella de escocés esperando oculta en su carruaje, y se pasó el recorrido de Epsom Downs a Londres chapoteando minuciosamente. Cuando Felix regresó de Cavendish Square, encontró a Abner desplomado en una silla en su estudio. No tuvo más opción que pedirle a un criado que llevara al hombre a la habitación que usaba cuando vivía en Kintore Manor con Felix.

Dio a sus criados estrictas instrucciones de alertarlo en cuanto Abner se levantara. Había mucho que discutir, y Felix no tenía intención de permitirle que se escabullera de la casa antes de que pudieran hablar.

“No estoy seguro de que mi tío quiera asistirle”. Cerró las manos detrás de su espalda para impedirle avanzar otro paso hacia ella. Sabía muy bien por qué quería hablar con Abner, pero ¿lady Emilia?

Sus labios apretados y su entrecejo fruncido dejaban ver la incomodidad de la dama.

“Si hay otra cosa que le preocupa, puedo asegurarle que mi tío no causará más problemas a su familia”, dijo Felix, aunque eso no alivió la adolorida expresión de Emilia. “No volverá a buscar a su hermano. Hable con su padre al respecto. Dele mi palabra”.

“Mi padre no puede saber nada de esto”. Tembló al pronunciar cada palabra, aunque no lo dijo como alguien que tuviera miedo, menos de sus parientes.

Era turno de Felix de preocuparse. “Estoy seguro de que no puede ignorar la herida en la cara de su hermano”.

Ella se encogió de hombros, no dejó ver su postura tensa. “Iain es notoriamente torpe, se sabe que se tropieza cuando camina”.

Entre ellos creció el silencio mientras Felix la miraba tan atentamente lady Emilia lo espiaba. “Mi hermano tiene una deuda con su tío, y yo—”.

Felix levantó la mano con la palma extendida para detenerla. “Todo lo que le deba a Abner está condonado”.

“¿Qué hay del corredor de apuestas?”, le repreguntó con las cejas levantadas.

“¿Corredor de apuestas?”

“De The Howling Owl en Epsom”. Habló lentamente, como si le preocupara que Felix no le entendiera adecuadamente. “Iain dice que un hombre llamado Harris tiene sus notas, y que por la derrota de ayer les debe un buen dinero. Estoy aquí para saber los detalles específicos”.

“Yo me encargo de esa nota”, respondió. Así era como Felix hacía las cosas: su tío hacía los laberintos, y él iba por detrás ordenando todo. Cuando le vio los ojos nublados, Felix sospechó que había dicho algo incorrecto.

Finalmente, Emilia se detuvo y cruzó los brazos. “No nos quedaremos en deuda con nadie”.

“Es mi tío el responsable por esta situación. Por lo tanto, yo pagaré la deuda. Su familia no volverá a ser molestada”.

“No, Su Merced”. Sacudió la cabeza, sus cortos rizos le cayeron sobre las orejas. Los regresó a su lugar y volvió a mirar por sobre el hombro de Felix. “Le agradezco su amabilidad, pero eso significaría deberle a usted en vez de a Harris y lord Abernathy. Ninguno es preferible ni adecuado para mi familia y para mí. Si me indica la casa de lord Abernathy, hablaré directamente con él y reuniré el dinero para pagarle al corredor”.

La mujer estaba en una misión —bastante arriesgada— y si fuera como él, lady Emilia no pararía hasta encontrar a Abner.

“Resulta que está durmiendo arriba. Por favor, espere mientras lo hago venir”.

“Pensé que había dicho que no vivía acá”. La cara se le estrujó como si estuviera perpleja.

“Lo hice venir acá cuando me lo encontré con lord Strathmore en las carreras. Estaba en mal estado”. Felix salió del salón y encontró a Goodwin, su mayordomo, esperando. “Por favor, llama a mi tío. Dile que venga acá directamente”.

“Por supuesto, Su Merced”. Goodwin asintió antes de partir rápido con pasos silenciosos.

Cuando Felix regresó a la habitación, lady Emilia estaba parada en la ventana que daba a los jardines traseros y los establos más lejos. Tenía el aplomo de una dama acostumbrada a las demandas de la sociedad, aunque su aspecto no era el de una debutante habitual, casi como si rompiera con las convenciones.

Felix se aclaró la garganta y ella lo miró por sobre el hombro. Por un momento, no pudo hablar, no pudo pensar, no quería romper la silenciosa conexión entre ambos. Cuando la mirada de lady Emilia se detuvo en él, fue como si lo mirara y también mirara a su alrededor. Tuvo la misma sensación el día anterior.

Parpadeó con la certeza de que no tenía sentido pensar que esta mujer podía ver más de lo que él mostraba.

“Mi tío se reunirá con nosotros directamente”, dijo, y se esforzó por mantener un tono tranquilo.

“Hay algo más que le debo pedir”. Emilia se volvió y caminó por la habitación hasta que estuvo frente a él, mirándolo a la cara con una franqueza que pocos tenían.

“Lo que sea”, murmuró.

“Lord Abernathy —y usted, Su Merced— no pueden hablar de la tontería que dijo mi hermano”.

Por un momento, Felix no supo a qué se refería.

“No puede predecir el futuro”, dijo con una risa ahogada. Pero como en su primer encuentro, la voz lo golpeó como fingida —forzada. “Mi padre... tiene tres hijas que debe casar y un chisme como ese pondrá en riesgo nuestro futuro”.

“¿Cree que soy de los que difunde chismes ficticios, mi lady?”. Felix esperó una respuesta, pero como ella solamente sostuvo su mirada, continuó.



“No busco iniciar chismes, menos nada que volvería para ensombrecer el nombre de *mi* familia”.

Ella retrocedió y asintió, aparentemente satisfecha con su respuesta.

“Realmente lamento mucho que mi tío llevara su relación a ese disparate”.

“No crea que Iain es totalmente inocente en esto, Su Merced”, lo reprendió Emilia. “Sabía muy bien lo hacía y que estaba mal”.

“Sí, de todas maneras—”.

“Gran parte de esta debacle está en el pasado”.

“¡Felix!”, los pesados pasos de Abner sonaron en el salón.

Felix debía reconocerlos en cualquier lugar pues una bota chirriaba cuando Abner caminaba, como si no levantara la pierna lo suficiente.

Felix se volvió hacia la puerta cuando su tío entraba. Su apariencia descuidada indicaba que Goodwin lo había levantado de la cama. Irónicamente, el mayordomo lo seguía de cerca.

“¿Por qué me han despertado a estas horas infames?”, exigió Abner. “Primero, me sacas a rastras de las carreras ante todos mis amigos. Y ahora interrumpes mi sueño. ¿No te he enseñado nada?”.

Felix estuvo tentado de enumerar la breve lista de habilidades inútiles que su tío le había enseñado: cómo perder una fortuna, cómo beber hasta quedar en la ruina y cómo vivir de la amabilidad y la riqueza de otros. Felix no tenía intención de poner en práctica ninguna de esas *lecciones* en su propia vida.

Como ocurría cada vez que Felix estaba en presencia de su tío, empezaba a ponerse de mal humor pues nunca sabía qué esperar de Abner. Con lady Emilia presente, era imperativo que no le permitiera que su tío lo hiciera caer en otra discusión sin resolución.

“Debí haber parado un coche y pedir que me trajera a casa”, bramó Abner antes de darse cuenta de que él y su sobrino no estaban solos en la habitación. La manera en que los ojos de su tío —lascivos y descarados— recorrieron a lady Emilia con su vestido estampado verde claro hizo que Felix se parara entre ambos. “Vaya, vaya, vaya... si me hubieras dicho que tenía una visitante me hubiera puesto un poco más presentable”.

Felix dejó que sus ojos recorrieran el arrugado atuendo de su tío. Sus pantalones, camisa de lino y abrigo del día anterior todavía lucían adherida una capa de mugre del hipódromo.

“Lord Abernathy”. Lady Emilia avanzó alrededor de Felix y le hizo una rápida reverencia al tío. “Soy lady Emilia Noble. Usted conoce a mi hermano, lord Strathmore. He venido a—”.

“¿Strathmore, dice?”.

“Tío”, advirtió Felix.

“¿Qué, muchacho?”, Abner miró en dirección a su sobrino con el ceño fruncido. “No se parece en nada a ese estafador que tiene por hermano”.

“Iain no es un estafador, mi lord”, refutó lady Emilia. “Estoy aquí para arreglar su apuesta y ubicar al corredor de apuestas que tiene la nota sobre la deuda de ayer”.

“Como le decía a lady Emilia antes de que llegaras, tío, toda deuda contigo queda condonada por el” —Felix se aclaró la garganta, y miró a ambos— “altercado en el hipódromo con lord Strathmore”.

La nariz de Abner echó fuego, su cara se enrojeció. “No, no, la deuda que me tiene no está condonada. Necesito esa moneda para otra...”.

“¿Para otra qué?”, preguntó Felix.

“Otras inversiones, mi muchacho”. La irritación de su tío desapareció, y Felix solamente pudo preguntarse qué era lo que su tío no le decía. “Soy un caballero en esta ciudad y tengo mi dinero invertido en muchas empresas. Sí, muchas empresas, por cierto”.

Era más que probable que Abner tuviera otra deuda y planeaba usar el dinero del hermano de lady Emilia para satisfacer ese crédito.

Robarle a Peter para pagarle a Paul, como decía el dicho.

Felix no tenía más opción que pagar la deuda, a menos que su tío volviera a buscar al muchacho cuando no estuviera al cuidado de Felix. “Manejaré el dinero que debe lord Strathmore. Sin embargo, todavía está pendiente cuánto se le debe a este Harris de The Howling Owl en Epsom”.

Abner se frotó el rechoncho mentón y pareció estar haciendo cálculos mentales. Felix apostó que su tío debatía cuánto pagaría la deuda y cuánto se quedaría para él.

“¿No sabe la cantidad, mi lord?” preguntó lady Emilia.

Su tono hizo pensar a Felix que deseaba preguntar si la deuda era de proporciones abrumadoras. Seguramente, una mujer de la edad de lady Emilia no tendría el respaldo para satisfacer una obligación de cualquier monto.

Abner sacudió la cabeza como si sintiera remordimiento. “No sé la cifra exacta; sin embargo, si mi sobrino fuera tan amable de permitirme usar su carruaje, me tomaré la molestia de regresar a Epsom Downs para hablar con Harris”.

“¡No!”, ordenó Felix. “Te prohíbo absolutamente que regreses al hipódromo”.

“Eso no es necesario”. Lady Emilia miró en dirección a Felix cuando estalló.

Abner caminó con paso tranquilo por la habitación, disfrutando su momento como centro de atención, y se hundió en la silla de alto respaldo cerca de la chimenea. “Aunque no me puedes impedir que regrese, probablemente no sea buen momento para que me vean en las carreras”.

Felix no era tonto, y sabía que las palabras de su tío apuntaban a la expectativa de que su sobrino regresara a Epsom Downs, pagara las deudas de Abner con lo que el hombre quedaría libre para regresar cuando ya no hubiera peligro.

Lamentablemente, ahora que la familia de lady Emilia estaba involucrada, Felix no tenía otra opción.

“Iré a Epsom a hablar con Harris”, dijo Felix, con la esperanza de que lady Emilia viera que era pura amabilidad de su parte y que no estaba cediendo al pedido no expresado de su tío. “Encontraré al hombre y pagaré la deuda”.

“Muy bien”. Lady Emilia asintió en señal de conformidad. “Iré con usted. ¿Cuándo partimos?”.

“No puede venir conmigo”, balbuceó Felix. “No es adecuado”.

Ella abrió los ojos, sus manos fueron a sus estrechas caderas y su mentón se levantó varios niveles en el proceso. “No dije que iría sola, Su Merced. Mi doncella, Rosemary, nos acompañará como mi chaperona”.

“Me temo que no creo que eso mejora la situación del viaje, mi lady”. Felix no podía permitirse concebir las horas que estarían encerrados dentro de su coche para el recorrido de ida y vuelta al hipódromo... aunque la doncella estuviera presente. “Lady Emilia, no puedo permitirle que arriesgue—”.

“Me temo que debo insistir”, dijo lady Emilia y detuvo la protesta. “Esto es culpa de mi hermano en parte, y veré que todo quede arreglado”.

Felix conocía relativamente poco a la dama que tenía delante de él, aunque algo que sentía con certeza era que no vacilaría en su decisión de acompañarlo a Epsom.

\*\*\*

Moire se agachó para sentarse en la sábana que extendió en la pequeña área con hierba detrás de la casa de su familia. El clima era encantador, el sol estaba en su punto máximo y una brisa suficientemente fría besaba sus acaloradas mejillas y le volaba el pelo alrededor de los hombros. Un pajarito, posado en algún lugar entre las ramas de árboles cercanos trinaba con fuerza. Sí, el ave cantaba como si estuviera en una misión, con un camino elegido y estaba determinada a verlo completarse.

Eran muy parecidas, ella y la melódica criatura emplumada.

Su visión había sido clara. Y como su *seanmhair* siempre le había dicho, confiaba en su don implícitamente.

Sobre todo en lo referente a Em y su futuro.

Si alguien se merecía un futuro lleno de amor era la hermana mayor de Moire.

¿Estaba apesadumbrada por el papel que había hecho que Iain tuviera en su tarea? Ciertamente.

¿Creía que su visión hubiera dado frutos si Iain no hubiera sufrido ese golpe en la nariz? Sin duda.

Sin embargo, la tarea hubiera tomado más tiempo para completarse, y no había sido bendecida con la virtud de la paciencia.

Sonrió, anhelaba un pedazo de vidrio para ver el encanto de su sonrisa cuando sus labios se alzaron en una genuina mueca.

Sí, si Cat estuviera cerca, estaría abrumada por la sensación de autosatisfacción de su hermana.

Todo avanzaba maravillosamente, y previó que nada podría interponerse en su camino... ehh, nada que se interpusiera en el camino de Emilia y el duque de Kintore de alegría matrimonial, es decir.

“¿Por qué sonríes como un gato que tiene un ratón listo?”. Cat se tiró en la sábana, con un libro sujeto bajo el brazo. “Has estado actuando muy peculiar últimamente”.

Con gran decepción, Moire contuvo su alegría interior y relajó la cara lo suficiente para parecer la muchacha aburrída y pausada que hermana había esperado encontrar en los jardines de la familia.

“Oh, solamente escuchaba el cantar de un pajarito”. En verdad, no tenía idea del tipo de pájaro cantor que era, ni su género, pero en los ojos de su mente, era un pequeño canario amarillos que se había escapado de su jaula dorada en una fina casa de Londres. La melodía ya había desaparecido, probablemente el ave ya se ido. “Creo que asustaste al pobre”.

Cat fijó sus azules ojos en Moire. “No, eso no era lo que te tenía tan contenta hace un momento”.

Moire rio entre dientes, se cubrió la boca con el sonido espontáneo —o al menos intentó engañar a que su hermana pensara que la risa significaba algo muy diferente a lo que en realidad significaba.

Al crecer y empezar a dominar sus talentos individuales, cada día se volvió más y más difícil mantener algo en privado. Un pensamiento, una emoción o una simple mentira blanca se descubría tan pronto se decía.

Sin embargo, estaba decidida a mantenerlo en secreto hasta completar la acción.

La tarea completa.

Que la misión fuera un éxito rotundo.

Tal vez una breve excursión al campo sería todo lo que se necesitaba para que los dos se dieran cuenta de lo que la visión de Moire le había dicho hacía casi un mes.

“Estás tramando una travesura, y lo sabré ahora”.

Sin dudarlo, Catriona no pararía hasta saber lo que su hermana había planeado. Lamentablemente, los esfuerzos de Cat serían tan inútiles como la interferencia de Em con su destino.

Cuando Cat se inclinó y se acercó a Moire, se dio cuenta de que su sonrisa había regresado, más grande que antes.

“Pronto, querida hermana. Lo sabrás pronto”. Se paró, giró la cara para captar los rayos de mediodía que llenaban el jardín de calor. “Pero no será hoy”.

“¿Mañana?”, tentó Cat.

Miró a su hermana, su rostro, complexión y cabello casi era un reflejo a pesar de los dos años que las separaban. “Quizás, si todo sale como debería”.

*Y Emilia no lucha contra su destino, pensó.*

Con esa idea en su mente, Moire se dirigió a la puerta de la terraza que la llevaría al estudio de su padre.

## Capítulo Cuatro

Emilia se concentró en la ligera presión aplicada a su palma abierta, memorizando los detalles y buscando una respuesta en su mente mientras entrecerraba los ojos. En este punto del juego, Moire o Iain hubieran entreabierto un ojo para espiar, pero Emilia nunca hacía trampa. Nunca concedía una derrota.

“Dibújalo otra vez”, pidió.

Cuando la doncella Rosemary empezó a delinear lentamente otra vez, el carruaje golpeó surco en el camino que sacó a ambas mujeres de su asiento. Rosemary hasta dejó salir un aullidito.

Una vez sentadas de nuevo, la doncella empezó el juego otra vez y trazó una forma en la palma abierta de su señora.

“¿Un caballo?”, adivinó Emilia, y al abrir los ojos vio el ceño fruncido de su doncella. “Volví a acertar”.

“Como las últimas 15 veces”. Rosemary soltó la mano de Emilia y volvió a sentarse, pero ya no fijó la mirada en el asiento frente a ella, sino en la esquina superior izquierda del techo del carruaje. “¿Cuánto más supone, mi lady?”.

Emilia ignoró la clara aura avellana que rodeaba a su doncella y abrió la tela para ver la campiña inglesa. Rosemary era competitiva, pero el dibujo, sobre todo en la palma abierta de Em, no era su fuerte. El juego del carruaje había cumplido su cometido y distrajo en las horas en el carruaje del duque de Kintore mientras avanzaban hacia el hipódromo de Epsom Downs. Era un truco que su madre les había enseñado de niños en su primera mudanza de Dalais Forge a Edimburgo para mantenerlos ocupados en el trayecto.

“¿Su Merced?”, Emilia miró al duque donde estaba apoltronado frente a ella y Rosemary, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados. Pero no estaba durmiendo. Eso lo sabía pues su aura cambiaba de color mientras ellas jugaban. Cuando por fin abrió los ojos, Emilia le preguntó: “¿Sabe cuándo llegaremos?”.

Cuando salieron de la casa en Berkeley Square, a Felix lo rodeaba un matiz azul igual al que tenía Rosemary en ese momento. Podía ver que sus dos compañeros de viaje estaban incómodos. Sabía bien la razón de la incomodidad de Rosemary, pero la del duque no era tan evidente.

Lentamente, como si realmente estuviera despertándose de un profundo sopor, Felix abrió las cortinas. “Ya casi hemos llegado, mi lady. Deben faltar unos pocos minutos”.

Antes de partir, el amarillo había flameado en los bordes de su aura azul cuando le preguntó a Emilia por su familia. Debió haber esperado que su capacidad de escabullirse de la casa familiar despertara curiosidad en Felix, y acompañada de su doncella, para una excursión vespertina. Sin embargo, lo había logrado con tanta facilidad como Iain en sus muchos viajes con lord Abernathy.

Su *seanmhair* siempre había acusado al padre de Emilia de ser demasiado permisivo en lo referente a sus hijos y, felizmente, eso no había cambiado tras la muerte de la abuela. El padre no tenía el don de su linaje y, por lo tanto, nunca había entendido el peligro que rodeaba su pasado —o si sus talentos quedaban expuestos en el presente. Su *seanmhair* siempre decía que quienes no tenían la marca nunca podrían entender bien el don y la maldición concedidos a quienes sí la tenían. Era casi igual para su padre, sobre todo cuando se mudaron a Londres. Había estado cautivado con la vida de la ciudad, igual que la madre de Emilia.

“Muchas gracias”, respondió Rosemary.

Emilia tomó el mazo de cartas con el que ella y Rosemary habían ocupado su tiempo y lo había regresado a su bolso de mano antes de pasar las manos por su falda. La simple acción sacaría las arrugas de las horas transcurridas en el carruaje.

Luego, tomó el guante del asiento a su costado y se lo puso. A Rosemary casi le da una apoplejía cuando Emilia se lo sacó para jugar. Pero ¿cómo iba adivinar qué animal dibujaba la doncella en su palma si tenía el guante puesto? Era una hazaña imposible. Además, para una persona normal, el duque parecía profundamente dormido la mayor parte del viaje.

Al poco rato, al carruaje del duque se detuvo y el conductor frenó, bajó de su asiento y abrió la puerta.

Después de que el duque bajó, se asomó para tomarla de la recién enguantada mano y la ayudó a bajar.

“Muchas gracias, Su Merced”.

Cuando el duque caminó para tener una palabra en privado con su conductor, Emilia se volvió hacia la puerta abierta del carruaje. Rosemary tenía el ceño fruncido en desaprobación. “No nos demoraremos. El conductor del duque estará afuera mientras no estemos”.

Emilia había hecho bastante para merecer la desaprobación de su doncella. Primero, accedió a viajar a Epsom en el transporte del duque. Segundo, se sacó el guante en presencia del mencionado duque. Por último, le pidió a Rosemary que los esperara en el carruaje y que no los acompañara en su encargo.

La doncella sin duda merecía un día libre adicional esa semana por su discreta desaprobación de las acciones de Emilia. Y estaría feliz de dárselo si la mujer prometía no decir ni una palabra al padre de Emilia. Tampoco era que la doncella, que estaba con la familia desde Edimburgo, diría nada que su dama le hubiera pedido que mantuviera en privado.

Cuando Rosemary aceptó renuente, Emilia se volvió para ver el hipódromo de Epsom Downs. Muchos carruajes se alineaban en los campos alrededor de los establos y pista con pequeñas construcciones dispuestas a los lados. Todo era menos... grandioso de lo que había esperado. Había pocas personas paseando, a la espera de la carrera. Hombres con traje de granjero apiñados cerca de un grupo de damas y caballeros elegantemente vestidos, probablemente de Londres listos para una tarde en las carreras. Más allá, una fila de muchachos no mayores que Moire, pasaron al lado de Emilia de camino a los establos más allá. Si hubiera ido por otra razón que no fuera evitar la ruina de su familia, Emilia hubiera ido a la baranda con una pizca de emoción por compartir la diversión.

Sin embargo, el viaje al sur no era por placer.

A menos que contara las horas que había tenido una visión desapercibida del duque frente a ella en el carruaje. En un momento, había enderezado la pierna y le dio un golpe en el tobillo, cuando su bota se deslizó por debajo del dobladillo de su vestido. Emilia contuvo el aliento y rezó para que Rosemary no reprendiera al lord, pero en cuanto él extendió la pierna, la regresó a su lado del coche.

La doncella no notó la transgresión.

...y Emilia aún podía sentir la presión de la bota de cuero contra su tobillo protegido por un calcetín. Felizmente, tenía botas cortas, como Moire había sugerido. Ella era la elegante de la familia, y Emilia casi siempre seguía sus consejos. Su hermana también eligió el vestido gris pues ocultaría bien el polvo del camino, aunque el corpiño era un poco ajustado y el escote llegaba más bajo de lo que normalmente usaba.

Emilia se dio cuenta de que el duque tenía el brazo estirado hacia ella.



Sintió que sus mejillas ardían. “Perdón, Su Merced. Es la primera vez que vengo a Epsom Downs, y debo decir que es un poco abrumador”.

Corrección—*él* era abrumador; sin embargo, mantendría esa información tan cerca de su pecho como su corpiño.

Ella deslizó el brazo por el recodo del brazo de Felix y se acercó, ignorando el brillo de reluciente rosado alrededor de él. No era un lugar para distraerse por su siempre cambiante aura.

Al final, no pudo evitar mirarlo mientras empezaron a avanzar hacia el pequeño edificio más cerca de la pista. A él le brillaban los ojos y hasta sonrió. Hasta los oscuros círculos de sus ojos parecieron desaparecer. Era una lástima que no le sonriera, el hombre tenía los ojos fijos en su destino.

“Recuerdo la primera vez que fui a las carreras”, dijo sin despegar la vista de adelante. “Lincoln Racecourse. Tenía doce años, tal vez trece. Abner me trajo. Me compró todos los refrigerios que un muchacho de esa edad puede querer... y luego desapareció con sus amigotes. Me dejó solo y se desvaneció. Recién cuando empezó a caer la noche y las temperaturas bajaron se dio cuenta de que me había olvidado. Estaba a dos días de Londres, solo y sin dinero”.

Un poco tarde, Emilia se dio cuenta de que el duque no estaba cómodo porque encontrara un lugar de alegría o felicidad en las carreras, sino por algo completamente diferente.

Emilia no quería creer que la historia del duque fuera verdad, pero su aura empañada con brillo dorado a los bordes hablaba del daño que le habían hecho de niño. Por primera vez, se alegró de no tener el don de Cat para las emociones; probablemente se sentiría destrozada por el dolor del recuerdo del duque.

“Es terrible”. Y apretó los dedos en su brazo, sin pensarlo. “¿Qué hizo?”.

“Bueno, encontré nuestro coche y me quedé dormido, y nunca le conté a mis padres”, confesó. “Abner regresó a trompicones al coche con las primeras luces del día, y regresamos a Londres. Les dije a mis padres que había sido maravilloso. Al año siguiente, murió mi madre, y menos de tres años después, mi padre la siguió. En ese punto, Abner se convirtió en mi tutor, pero ya conocía bien los defectos de mi tío, y nunca más me sorprendió”.

“¿Has pasado todos estos años cuidándolo?”.

“Irónico, ¿verdad?”, preguntó con una risa triste. “Era mi tutor, pero yo lo he cuidado. Lo he seguido de cerca y reparado sus daños”.

A ella se le rompió el corazón de pensar en el muchacho que el duque había sido, y las responsabilidades que asumió a esa edad. Sus padres tal vez estaban distraídos con la vida de la ciudad, pero nunca hubieran dejado a sus hijos esperando por nada.

Su paso era más lento al punto que los demás les pasaban alrededor mientras se apresuraban a lugares desconocidos, y a su paso los llenaban de tierra y polvo.

El duque miró a su alrededor antes de llamar a un hombre que pasaba con una mochila grande. “Usted, señor”.

El hombre, vestido con pantalones sueltos y una camisa amarilla sin ajustar y sin abrigo, se detuvo y los saludó. “Buenos días, señor”.

“¿Puede indicarnos cómo llegar a The Howling Owl?”.

Con una sonrisa llena de dientes, el hombre miró entre Emilia y el duque. “¿Qué necesitan ahí?”.

“Buscamos a un hombre llamado Harris”, terció Emilia.

“No es lugar para una dama, si no les molesta que lo diga”, les respondió. “Pero no es nada que me importe”. Señaló a la izquierda con la cabeza. “El pub está por ahí. Por ese camino, muy cerca”.

“Muchas gracias, señor”. El duque asintió y volvieron a avanzar; esta vez, tenían el destino a la vista.

No quedaba lejos, y cuanto más lejos se iban de la pista y descendían por el camino lleno de basura de Epsom, menos tierra y mugre se arremolinaba por el dobladillo del vestido de Emilia.

The Howling Owl era poco más que una fachada de madera sin ventanas ni puerta. El interior era oscuro por la falta de luz, y apenas lucía un par de candelabros en los muros. Muchas mesas estaban ocupadas por quienes buscaban jarras de cerveza antes de la carrera, aunque algunos parecían estar ahí desde el día anterior. El olor de cuerpos sin lavar y comida rancia hizo que Emilia deseara haber tenido la previsión de llevar un pañuelo perfumado.

El camarero asintió cuando se acercaron, pero no dijeron nada.

“Buscamos a Harris”, dijo el duque sobre el bullicio del pub. “¿Es usted?”.

El hombre frunció el ceño, pero inclinó la cabeza para señalar una puerta en el fondo de la habitación. “Las apuestas se hacen atrás”.

De nuevo, Kintore agradeció al camarero y avanzaron hacia la habitación indicada, atravesando mesas y esquivando borrachos tambaleantes. Emilia

esquivó un charco de cerveza que se había juntado en las tablas del suelo para evitar que su vestido se ensuciara y se mojara.

Cuando llegaron a la puerta, un hombre repantigado contra el muro un poco más allá dijo: “Deben tocar”.

“¿Lista?”, preguntó el duque.

Emilia solamente pudo asentir en señal de acuerdo; la garganta se le había cerrado con titubeos. Tal vez hubiera sido prudente dejar que el duque siguiera solo, pero Moire le había asegurado que no veía peligro alrededor del viaje a Epsom en sus visiones. Emilia sacó de su mente que el don de su hermana no mostraba todos los aspectos de sus futuros.

Era peculiar que una habitación en el pub tuviera puerta cuando en la entrada del establecimiento no había, apenas un agujero al exterior como si el pub nunca cerrara de noche.

Tragando un bulto en la garganta, Emilia puso su expresión más confiada cuando la puerta se abrió para dejar ver una habitación apenas amoblada con poco más que una mesa lo suficientemente grande como para dos, cuatro sillas, un gabinete y un gran libro contable con tinta y una pluma. El hombre que estaba adentro tampoco era lo que habían esperado.

“¿Harris?”. Entraron a la habitación, y Emilia no pudo evitar notar cómo el duque se movió hasta estar seguro de estar detrás de ella. “¿Es usted el corredor de apuestas del hipódromo?”.

El hombre se paró desde atrás de la mesa, su ropa era la de un caballero, aunque no de noble cuna. Su traje estaba finamente elaborado, y su pañuelo estaba atado con manos expertas. Cuando rodeó la mesa y puso las manos delante de él, Emilia notó sus uñas recortadas y los dedos manchados de tinta. En otra vida, el hombre hubiera pasado como abogado u hombre de negocios de Londres; pero su presencia en The Howling Owl no dejaba lugar a errores sobre su ocupación.

El pestillo se cerró cuando entraron, y fue ahí que Emilia notó un hombre enorme detrás de ellos que bloqueaba la única salida. Como en la parte de adelante del pub, la pequeña habitación no tenía ventanas, solamente la puerta por donde habían entrado. Los pisos estaban sin polvo y los tablones habían recibido una cepillada minuciosa hacía poco.

“Yo soy el señor Harris”. El hombre los miró de arriba abajo. “Aunque estoy en desventaja. Es obvio que ustedes saben mi nombre, pero yo no sé el de ustedes. No los he visto antes en The Howling Owl, mi lord”.

“Duque de Kintore. Y ella” —no se movió para dejarle dar un paso adelante— “es lady Emilia Noble. Hemos venido a verlo con relación a las deudas que le tienen lord Abernathy y lord Strathmore”.

Harris levantó las cejas de manera pronunciada. “Si esos les deben también, mi crédito debe ser pagado antes, o ellos saben lo que les pasará”.

“No nos deben nada. Verá—”.

“Y mi negocio no es comprar la deuda de otros”. Harris regresó detrás de la mesita y tomó asiento. “Estoy ocupado, hay mucha gente que quiere verme. La carrera empieza en dos horas y debo registrar las apuestas. Si me disculpan”.

El intimidante hombre detrás de Emilia fue a abrir la puerta.

“Por favor, espere”, dijo, y detuvo al hombre antes de rodear al duque para estar de frente a Harris. “Estoy aquí porque Iain —lord Strathmore— es mi hermano. Quiero saber cuánto le debe para pagar su deuda”.

“No acepto apuestas de mujeres”, dijo Harris, y acercó su libro contable.

“No estoy aquí para apostar, Estoy aquí para *pagar* una apuesta. Ciertamente, se da cuenta de la diferencia y está dispuesto a hacer una pequeña concesión a sus reglas”. ¿Qué harían si el hombre se negaba a darles la información que buscaban? El viaje hubiera sido por nada, y volverían a Londres en la misma posición que cuando salieron.

“Solamente queremos los totales”, dijo el duque a su lado. “Eso es todo”.

La mirada de Harris se clavó en ellos. “A mis clientes no les gustará que hable de sus asuntos privados”.

“Mi hermano no tiene los fondos para pagar su deuda”, dijo Emilia, e hizo su mejor esfuerzo para enderezar los hombros y ponerse a la altura de la amenazadora mirada del hombre. Lamentablemente, su baja estatura no le permitía mirar al hombre por debajo de la nariz sino directamente. “Si no me dice la cantidad, esa deuda nunca se pagará”.

“Harris siempre cobra su dinero”, susurró el hombre detrás de ella.

Emilia sostuvo la mirada, se negaba a mirar a otro lado y romper el contacto visual.

Finalmente, Harris suspiró. Tomó unas gafas del escritorio, se las puso, se lamió el pulgar y empezó a hojear el libro contable.

“Abernathy... Strathmore... Abernathy... Strathmore...”, Harris buscó en la página hasta que su dedo señaló una línea específica. “Bastante desafortunado”.

Emilia se inclinó hacia adelante, podía sentir la respiración del duque en su mejilla cuando él hizo lo propio, pero la escritura en el registro era indescifrable desde ese ángulo. La habitación se puso muy calurosa mientras esperaba que Harris volviera a hablar. Mentalmente, dejó de estrujarse el cerebro sobre cómo encontraría los fondos para pagar la deuda sin ayuda de su padre —o la caridad del duque.

“Parece que la racha de buena suerte de lord Abernathy finalmente llegó a su fin”, dijo Harris con un silbido.

“¿Cuánto?”, exigió el duque.

“Ciento veinticinco libras”. Harris levantó la mirada del libro. “No acepto cheques ni direcciones de sus arrogantes abogados en Londres. Solamente billetes”.

“¿Y lord Strathmore?”, preguntó Emilia. Había pocas oportunidades de que pudiera pagar una cantidad tan grande, ni siquiera con la ayuda de su padre. Su asignación era de apenas unos cuantos chelines al mes, y aunque con Moire y Cat reunieran todo su dinero y vendieran sus vestidos más finos en el mercado, nunca reunirían ni siquiera la mitad de esa cantidad.

La sangre le zumbaba en las venas y la cabeza la empezó a retumbar mientras Harris daba golpes a la página.

“Setenta y cinco libras”, respondió.

No era tan grande como la deuda de lord Abernathy, pero seguía siendo más de lo que podía esperar reunir.

“¿Hasta cuándo se puede pagar?”, preguntó.

“Ayer”.

“¿Ayer?”, tragó saliva.

“Las apuestas se deben hacer el mismo día, cuando pago las ganancias”, confirmó. “Supongo que Abernathy y Strathmore no tienen planes de que los agregue a mi lista de piernas por romper, ¿o sí?”.

“¿Qué es una lista de —?”.

El duque le colocó una mano en el codo para que se quedara callada. “Debemos ver a un banquero para reunir el dinero”, respondió.

“Gunther administra Epsom Valores y Tesorería en la ciudad”. Hizo una pausa y sacó un reloj del bolsillo de su chaqueta y lo abrió. “De todas maneras, el banco cierra en 15 minutos y el banquero es cliente de este hipódromo”.

“Debo reunir dinero de Londres”, dijo Emilia, rogando que el corredor de apuestas mostrara algo de misericordia. “Puedo regresar mañana”.

“Todo puede desaparecer tan fácil como apareció”, dijo Harris, y regresó su reloj al bolsillo.

“¿Qué quiere decir?”, el duque lanzó su pregunta antes de que Emilia pudiera entender el sentido de las palabras de manera coherente.

El hombre miró su registro contable otra vez. “Ambos tienen otra apuesta en el registro en dos días. Si ganan, sus deudas quedarán satisfechas y sobrará algo”.

“¿Y si pierden?”, susurró.

Harris se encogió de hombros como si eso no le importara. “Deberán el rescate de una reina —me lo deberán”.

El aura del corredor de apuestas había permanecido consistente e lo largo de toda la conversación. “Dice la verdad”, murmuró.

“Por supuesto que digo la verdad”. Harris cerró el libro de un golpe y se paró, y se metió el libro bajo el brazo.

“Quiero cancelar la apuesta”, la voz del duque retumbó por los muros desnudos.

“No puede retirar la apuesta de otro hombre, Su Merced, duque o no”. El corredor de apuestas rodeó la mesa hasta quedara delante del duque. “No sería el hombre de negocios que soy hoy si hubiera permitido tratos con doble intención”. Con un suspiro, se acercó a ellos y giró. “Además, Abernathy fue rápido para hablar de la habilidad de Strathmore para elegir caballos. Hasta oí un rumor que Gussy de Epsom Downs buscaba ofrecerle al caballerito un puesto en el hipódromo. Sin embargo, su reciente cambio de suerte probablemente acabó con su fe en los talentos del chico”.

“Mi hermano no tiene esa capacidad”, contestó Emilia.

“Ni mi tío ni el joven lord Strathmore pueden saldar sus deudas”, dijo el duque y una mirada gris titubeó a su alrededor. “Tal vez con tiempo, yo pueda —”.

“No”. La endurecida mirada de Harris pasó del duque a Emilia, donde se quedó más tiempo del que a ella la pareció cómodo. “Ya he escuchado todo esto antes. Creo que ustedes están acá para distraerme de lo que se viene”.

“¿Y qué es?”, Emilia tragó. La habitación se abría y cerraba a su alrededor mientras trataba de entender qué salió mal en su reunión.

En lugar de responder la pregunta, el corredor de apuestas planteó una pregunta propia. “¿Dónde están lord Strathmore y lord Abernathy?”.

“En Londres”. El duque de Kintore cruzó los brazos sobre el pecho. “Como dije, hemos venido a averiguar sobre su deuda para poder satisfacer

sus apuestas perdidas”.

“Creo, Su Merced, que ese par me ha timado”. En lo que al hombre le tomó exhalar, su actitud pasó de reservada e inteligente a furiosa e impulsiva. Su mirada flameó con una rabia que Emilia no pensaba que la situación merecía. “Esperen aquí mientras envío a mis asociados a buscar a lord Abernathy”.

Emilia no pudo pensar en respuesta alguna, astuta o insignificante, para lanzarle a Harris cuando salió de la habitación y cerró la puerta detrás de él. Emilia se quedó mirando el panel de madera y escuchó el sonido de un golpe sea antes de que Harris y su matón de retiraran.

Estaban encerrados.

*Encerrados.*

“¿Sus asociados?”, Emilia giró hacia el duque, sus brazos empezaron a temblar. “¿Qué quiere decir?”.

Él se pasó la mano por la cara antes de dejarse caer en la silla al frente de la que había usado Harris. “Va a enviar a uno de sus hombres para que encuentren a Abner e Iain”.

“¿Y después qué?”. Se le erizaron los vellos del brazo. “No pueden pagar lo que deben”.

“¿Prefiere saber lo mejor que puede pasar o lo peor?”.

Emilia abrió los ojos.

“Si encuentran a Abner, lo que probablemente ocurra, tal vez intenten amenazarlo con cobrar el dinero”. Felix hizo una pausa y Emilia sintió que lo que acababa de escuchar era lo mejor que podían esperar. “Si nuestra suerte sigue empeorando, probablemente cobren rescate por nosotros, para lo que Abner no tendrá fondos. O tal vez nos maten”.

“Su Merced”, tartamudeó, “usted es un duque. No pueden pensar en matar un duque”.

Él se inclinó hacia atrás en la silla, y el espacio que lo rodeaba brilló de anaranjado amarillento. Estaba pensando en su problema, esperaba encontrar una solución que les permitiera volver a casa vivos. Emilia no necesitaba a Moire para entender eso.

Volvió a mirar la habitación, nada había cambiado desde sus primeras observaciones. Una puerta, ni una ventana. Una mesa y sillas. Eso era todo. Harris se había llevado su libro contable cuando partió.

Emilia se volvió y estrelló el puño contra la puerta cerrada. La madera era gruesa y las bisagras eran robustas, ni se movieron cuando repitió el golpe con

el puño. Luego, intentó abrirla, pero de nuevo no logró nada.

Afuera, el estruendo de la creciente multitud aumentaba con sonidos de risas que se colaban a través de la puerta.

Se preparó para gritar.

“Será inútil”, dijo el duque a su espalda. Ella se volvió para mirarlo, el cabello le caía por la cara. “Se me ocurre que este pub y esta habitación, específicamente, fueron elegidos para el fin en el que nos encontramos ahora. Los muros son gruesos, la puerta es más gruesa y los clientes del pub no vendrán a rescatarnos”.

“Entonces, ¿nos sentamos a esperar que Harris regrese?”, preguntó con la rabia en aumento. “Vine a pagar una deuda, no a que me aborde un sinvergüenza... y me mate”.

¿Por qué Moire no había visto esto? En realidad, ¿por qué su hermana no le había advertido del problema en que estaba Iain?

“¿Por qué no está más molesto con estos hechos?”. Emilia saltó al escritorio de Harris, revisó los cajones para buscar algo que pudiera ayudarlos a escaparse o defenderse cuando Harris y su matón regresaran. Sin embargo, el escritorio no era más que una mesa —sin cajones ni compartimentos ocultos. Nada.

“Harris no nos matará, sin importar cuánto le gustaría. Quiere dinero, y los duques muertos no tienen fondos”. Señaló la silla que Emilia había hecho a un lado para buscar. “Siéntese”.

“No tenemos tiempo—”.

“Lo *único* que tenemos es tiempo”, le corrigió. “No saldremos de esta habitación hasta que Harris esté listo para dejarnos salir. No hay nada que podamos hacer más que esperar... y confiar en que regrese antes de que tengamos tanta hambre y sed que queramos comernos entre nosotros. Puedo asegurarle que no somos los primeros en quedar encerrados en esta habitación. Los hombres de Harris saben bien su trabajo como para dejarnos acá. Y a menos que esa puerta se abra” —señaló con la cabeza hacia la única salida —“no vamos a ir a ningún sitio”.

Emilia lo miró con ojos entrecerrados. “No es broma, Su Merced”.

“Me disculpo si le he dado la impresión de que esta situación no es seria, mi lady”. Volvió a señalar la silla y esperó que Emilia se sentara. Cuando lo hizo, continuó: “Lo que quiero decir es que no hay dudas de que estaremos acá un buen rato, y desperdiciar energía golpeando la puerta o gritando solamente



nos llevará a enfrentar a un corredor de apuestas muy irritado. ¿Es eso lo que quiere, lady Emilia?”

“Por supuesto que no”. Le era difícil ocultar su indignación.

“Bien, somos conscientes de que, por sobre todo, Harris quiere su dinero —sin importar cómo lo consiga... de Abner, Iain, nuestras familias o vendiéndonos como forraje para caballos”. Rio. “Ahora bromeo. Harris quiere su dinero, y si no puede obtenerlo de mi tío, somos —más probablemente, *soy*— su único recurso”.

“¿De verdad dice que no nos va a matar?”. Lo miró detenidamente para buscar señales de engaño.

“Matar, no”. Sacudió la cabeza. “Lastimarnos... posiblemente. Sin embargo, dudo mucho que se rebaje a lastimar a una dama”.

Ella se dio cuenta de que Felix no dijo nada sobre su propio bienestar.

Frente a ella, el duque se reclinó en su silla, estiró las piernas y cruzó los tobillos. De no haber sabido el duro trance en el que estaban, Emilia hubiera pensado que era un lord perezoso que esperaba tranquilo que lo llamaran a cenar. Mientras tanto, las manos de Emilia habían empezado a empaparse y su mente era un remolino de pavor.

## Capítulo Cinco

La única luz en esa habitación oscura y sin ventanas era que lady Emilia Noble no era propensa a ataques de histeria. Aunque en un momento golpeó la puerta y exploró posibles ideas de escape, y hasta se preparó para gritar, al final aceptó el consejo del conde.

A lo largo de los años, Felix se había encontrado con hombres como Harris en varias ocasiones —todos por causa de Abner— y nunca lo habían herido de gravedad.

Amenazado. Acosado. Aporreado.

Sí.

Pero lisiado, nunca.

Frente a él, lady Emilia levantó la cabeza del escritorio donde sospechaba que se había quedado dormida a la espera de sus captores y lo miró. Era difícil saber sin poder ver el exterior, pero Felix calculaba que habían pasado al menos tres horas. Dependiendo del medio de transporte, en caballo les hubiera tomado una hora llegar a Londres si el camino era ligero, y si no encontraban inclemencias del clima.

“¿Cómo puede estar tan tranquilo?”, sus azules ojos se fijaron en su relajada postura.

“Es fácil encontrar paz cuando sabes que no puedes hacer nada sobre tu situación”, la respondió.

No le dijo que había inspeccionado visualmente la habitación antes de que Harris se fuera y los dejara encerrados. Sabía muy bien que no había manera de escapar a menos que el corredor de apuestas regresara y abriera la puerta.

El aumento de la actividad en el pub le indicó que la carrera había terminado y que los clientes habían regresado a pedir una cerveza y una que otra comida. A Felix le dolió el estómago con la idea de comida, hasta un pedazo seco de pan rancio y una jarra de agua hubieran sido bien recibidos.

Como si leyera la mente, ella dijo: “¿Cuánto más cree que durará? Como lo dijo usted, me muero de hambre. ¿Cree que el asociado de Harris está afuera y que nos traerá algo de comer?”.

“El único que tiene la llave es Harris”. Era cierto lo que había dicho, que nadie iría en su rescate. “Es demasiado escéptico, hasta de sus propios

hombres, como para dejar un medio para que escapemos antes de que él tenga su dinero”.

Felix se paró, le dolían las piernas mientras caminaba por el cuartito desde la pared a la puerta y de vuelta.

“¿Cree que encuentren a Iain?”. El temblor en la voz de Emilia hizo que Felix se detuviera y se volviera a ella. “Es apenas... un muchacho. No se puede defender como nosotros”.

Felix sonrió. “¿Como *nosotros*?”.

“Soy más que capaz de cuidarme en una situación como esta”. Emilia enderezó los hombros y encajó un corto mechón rubio tras su oreja.

“¿Puedo hacerle una pregunta, lady Emilia?”.

Sus ojos azules se entrecerraron. “Por supuesto”.

Felix respiró hondo, preparándose para mencionar el tema que parecía estar prohibido desde su primer encuentro. “Hace rato, dijo que Harris no mentía en que Abner y lord Strathmore debían una fortuna si perdían, pero no dijo que no *creía* que mentía. Había una cuota de convicción en su tono que no conozco”.

“¿Y su pregunta?”.

¿Intentaba preguntar? La reacción de lady Emilia a la insistencia de Abner de que Iain podía predecir correctamente al ganador había sido negar tajantemente, por decir lo menos. Había sido rápida en decir que quien creyera ese disparate era un tonto. Sí, sus palabras exactas habían sido que *Iain* no podía predecir el futuro, no que fuera imposible para otra persona.

Él sacudió la cabeza y giró otra vez, y se alejó con paso lento. “Mi pregunta es, ¿cómo sabía que Harris no mentía? ¿Y cómo puede estar tan segura de que Iain no tiene el don de la predicción?”.

Hasta las palabras sonaron mal cuando las pronunció. ¿Predicción?

Era sabiduría antigua —la maldición de una bruja.

Ninguna persona cuerda podía creer que existía esa habilidad y que alguien conocido la tuviera.

“Vamos, lady Emilia”, dijo, y volvió a su silla. Se dejó caer pesadamente y la miró a través del escritorio. Cuando se inclinó hacia ella, Emilia retrocedió instintivamente. “Estamos en esta situación juntos. No puedo enmendar si no somos honestos entre nosotros”.

Felix no era tan irracional como para pensar que Iain tenía dones especiales. Ni crédulo para creer que otro que no fuera Harris pudiera solucionarles la situación actual. Era más probable que el hermano de lady

Emilia conociera a alguien en el hipódromo. Tal vez le habían dado información sobre los caballos de la carrera de ese día y usó ese conocimiento para sus apuestas.

Emilia lo miró de cerca, pero no dijo nada.

“Sé perfectamente cómo llegué a esta posición. El vividor de mi tío tiene una inclinación al juego, la bebida y a tomar malas decisiones. Nunca ha sido un hombre particularmente prudente que valora la autopreservación. Si no fuera por mí —y mis padres antes que yo—probablemente Abner hubiera terminado en la prisión de deudores”. No había tenido la intención de contarle duras realidades familiares. “Pero ¿cómo llegó usted aquí? ¿Qué hay de su hermano? ¿Siempre ha sido un descuidado y puesto en peligro su propia seguridad?”.

“Iain siempre ha sido diferente de mis hermanas y yo”.

“¿Ha buscado tareas arriesgadas rutinariamente?”, quiso saber Felix.

En respuesta, Emilia negó con la cabeza. “No, no fue lo que quise decir”.

Felix miró para hacia la gruesa puerta con la esperanza de que desviar la mirada le diera a Emilia un momento de privacidad para ordenar sus pensamientos. El zumbido parejo e interminable del pub se había desvanecido hacía horas, lo que sirvió para que Felix recordara lo tranquila y callada que estaba la habitación.

“Iain siempre ha estado en un rumbo tácito, desea un sitio en donde encajar cuando es claro que se siente fuera de lugar con su propia familia”.

“¿Porque solamente tiene hermanas?”.

Lady Emilia rio. “Quisiera que fuera tan fácil de explicar”.

“Tenemos tiempo”, reflexionó Felix, sin querer presionarla a decir nada con lo que no se sintiera cómoda. En su propio pasado, había tantas cosas que nunca le había dicho a nadie —y que nunca diría. “Me han dicho que soy un excelente oyente”.

Se volvió a sentar en la silla, fingió indiferencia, pero el pecho se le congeló con la expectativa.

“Mis hermanas, Moire y Catriona, y yo tenemos un vínculo del que mi hermano no forma parte”. Lo miró como si temiera la reacción ante esa confesión. “No es que no queramos que comparta ese vínculo o que se una a nosotras. Sin embargo, no era el plan que el destino le tenía”.

“Supongo que Iain y yo tenemos mucho en común en lo que se refiere al destino”.

“¿Por qué lo dice, Su Merced?”.

“Mi nombre es Felix”, respondió.

“No es correcto, Su—”.

“Creo que dejamos la corrección en Londres, o tal vez con su doncella y mi conductor en el coche”. Sonrió, esperando aliviar sus recelos. “Acá estamos usted y yo, lady Emilia. Y le pido que dejemos de lado las formalidades, al menos hasta que nos encontremos a salvo”.

Felix sintió que ella estuvo de acuerdo porque aflojó su ceño fruncido. “Me había olvidado de Rosemary. Debe estar terriblemente preocupada porque no hemos regresado”.

“Mi conductor la cuidará bien hasta que estamos libres”.

“Tal vez su conductor venga a buscarnos”. La esperanza en su voz fue demasiado para Felix. “Podría estar en el pub en este momento...”. Ella saltó de la silla y corrió hacia la puerta con el puño en alto. “Si nos está buscando escuchará que aporreamos la puerta y pedirá que nos saquen de aquí”.

La dejó golpear la puerta varias veces antes de detenerla. “Mi conductor no nos está buscando”.

Era algo que Felix lamentaba.

Lady Emilia se dio la vuelta para quedar frente a él. “No puede saber eso”.

“Pero lo sé”.

“¿Por qué no vendría a buscarnos?”, y la voz se le quebró en la última palabra.

“Porque yo le dije que no viniera”. Ahora, esa orden sonaba tonta y sospechosa.

“¿Por qué hizo eso?”. Dejó caer las manos a los costados y lo miró boquiabierto.

“Es mejor que maneje los problemas de mi tío solo”, dijo Felix a falta de una mejor explicación. “Usted está aquí solamente porque insistió en venir”.

“No puedo... ¿y si...? Oh, solamente puedo imaginar la desesperación que Cat está sintiendo en este momento”, lady Emilia tartamudeó mientras volvía a sentarse en la silla. “Debe estar muy asustada por mí”.

“Su familia no puede saber nuestros problemas actuales, mi lady”, le aseguró. “Así como mi conductor no sabe”.

“Si vamos a estar acá solos, puede llamarme Em —o Emilia”, dijo. “Lo que prefiera. Y, como te dije, mis hermanas y yo compartimos un vínculo especial. Están solas en Londres, sin mí, y deben estar asustadas”. Puso las manos sobre la mesa y las apretó fuerte para hacer que sus dedos dejaran de

temblar. “¿Y si Harris y sus hombres van a mi casa y se llevan a Iain? ¿Y si ya lo tienen y ha admitido que no tiene dinero para pagar sus deudas?”.

Tal vez Felix habló demasiado rápido cuando determinó que ella no era una dama propensa a ponerse histérica. Si Harris regresaba con Emilia en ese estado, podría hacer algo fuera de lugar e enfurecer más al corredor de apuestas.

“Felix, ¿estás seguro de que no nos hará daño?”, susurró Emilia.

“Quiere su dinero”, respondió Felix, concentrándose en la pregunta y no en cómo sonaba su nombre en los labios de ella. “Por sobre todo, quiere cobrar las deudas. Cuando así sea, no lo volveremos a ver, se lo puedo prometer”.

“Dices la verdad, pero no puedo entender cómo puedes estar tan seguro”, murmuró Emilia.

“Puedo estar seguro, igual que tú parece saber que digo la verdad”. Pero no podía estar seguro de que ella supiera que él no había mentido.

“Supongo que así es”. Se mordió el labio inferior y dejó caer las manos.

Felix buscó una manera de distraerla de la preocupación, a pesar de su renuencia a hablar sobre su familia. “¿Por qué Iain habrá hecho esas promesas a mi tío?”. Se lo preguntaba desde que dejó a Iain en su casa la víspera. “Es una afirmación peculiar, sobre todo con riesgos tan altos como las carreras de caballos. Debía haber sabido que si fallaba habría duras consecuencias”.

Emilia miró a Felix como si lo estuviera evaluando igual que cuando lo miró, a él y también alrededor de él.

Finalmente, su respingada naricita se arrugó y exhaló largamente como si hubiera estado conteniendo la respiración mucho rato. “Solamente puedo adivinar las razones de mi hermano, pero puedo asegurarte que no tiene ningún don. Y al mismo tiempo, estoy segura de que creía haber elegido al caballo correcto”.

“Había acertado muchas veces. ¿Cómo puedes estar segura de que no tiene un don?”, le preguntó. “Han sido muchos los que tienen poderes ocultos, que practican el arte de la magia y que maldecirán a quienes se les crucen”.

Felix rio cuando dijo lo último, y esperó que sus excéntricas palabras provocaran al menos una sonrisa en Emilia. Cuando ella se quedó tiesa y volvió a fruncir el ceño, Felix se enderezó en su asiento. Temía haberla ofendido.

“¿Y si es un brujo? O, no un brujo, ¿sino un hombre al quien se le concedió un raro don?”

“Bueno...”, se quedó callado, sin dar respuesta alguna.

“¿Lo atarías a una estaca y le prenderías fuego?”, inquirió.

“¿Qué?”, Felix se sintió consternado por el veneno de sus palabras. “No lo dices en serio”.

“Lo digo muy en serio, Su Merced”. Se paró, puso las palmas de enguantadas manos en la mesa y se inclinó hacia él, su antes pacífica mirada estaba ahora llena de agitación. “¿Crees que una maldición atormenta a quienes tienen habilidades?”.

“Nunca he conocido a nadie con esas habilidades”, le respondió. “No puedo decir que he pensado al respecto. Sin embargo, nunca he buscado ni *buscaré* hacerle daño a otro”.

Emilia se alejó un poco de la mesa y le sostuvo la desconcertada mirada.

“He pasado la mejor parte de mi vida asegurándome de que mi tío no cause daño a él ni a otros”, replicó, su humor se avivó con la idea de que ella lo pensara capaz de esas brutales acciones. “No sería diferente con Iain —ni con nadie, para tal caso, príncipe o mendigo”.

Tras un largo momento, ella se alejó de la mesa, aparentemente satisfecha con la respuesta. Miró a través de la habitación, giró con un movimiento brusco y caminó hacia la puerta —en el mismo camino que había recorrido apenas momentos antes. Era parecida a la forma en que había aparecido cuando Felix entró al salón azul en su casa. Ella murmuraba para sus adentros, como si evaluara desconocidas opciones en su mente.

“Puedo estar segura de que Iain no tiene el don de la predicción porque somos mis hermanas y yo quienes tenemos los talentos de los Dalais”. Levantó su azul mirada hacia él, su batalla interior se había desvanecido cuando la agitación cedió. “Pero no somos brujas como normalmente se piensa de quienes dominan la brujería”.

El primer reflejo de Felix fue reír. Había pensado distraerla, pero era Emilia quien lo distraía a él con historias de fantasía.

Sin embargo, algo en sus hombros y su mentón levantado lo contuvo.

“¿Qué estás diciendo?”. Felix no estaba seguro si quería saber.

De nuevo, Emilia se quedó callada, aparentemente luchando en su interior antes de pararse delante de él. “Las tres hemos sido favorecidas con la marca del legado del trío Dalais: tres triángulos que forman el símbolo de nuestra familia cuando se superponen. Con la marca hemos recibido dones: premonición, empatía y yo puedo calibrar el aura de una persona y evaluar su honestidad”.

“Bromeas”, espetó.

Lo volvió a mirar duramente. “¿Dudas de mí?”.

“Nunca he creído en esas cosas”, dijo. “No puedo dudar ni creer en lo que no he experimentado nunca”.

“Te preguntabas cómo estaba convencida de que Harris decía la verdad. Bueno, ese es mi don”.

El tema lindaba con la fantasía. Pero algo en Emilia le decía que no mentía, o que al menos decía la verdad como la conocía.

“Mi *seanmhair*” —hizo una pausa como si *viera* su confusión— “mi abuela, ella tenía el don de las tres, una rareza en la historia de nuestra familia. Mi padre dice que era una maldición —pasado, futuro, emociones y auras— y ciertamente era una carga, pero ella la aceptó con entusiasmo. Nos enseñó a mis hermanas y a mí mucho antes de morir. Lamentablemente, mis hermanos son todavía muy chicos y no siempre usan sus dones prudentemente”.

Una idea saltó a la mente de Felix, y fue como si de repente captara lo que Emilia trataba de decirle. “Una de tus hermanas le decía a Iain a qué caballo apostar”.

“Sí, Moire, ella tiene el don de la predicción”.

“¿Y tu otra hermana?”.

“Catriona tiene un don empático con emociones”, confesó.

“¿En qué se diferencia de tu don?”.

Emilia dejó escapar una risita como si diferencia fuera obvia. “Puedo ver, o mejor dicho, *leer* los sentimientos internos de una persona, algo que ni la persona sabe. Catriona *siente* sus emociones como si fueran propias, aunque no sabe por qué una persona se siente como se siente. Mi don requiere poca energía o concentración de mi parte, pero la habilidad de Cat es física, mental y emocionalmente agotadora”.

“¿Me estás leyendo ahora?”. El latido del corazón se le aceleró hasta que tuvo que sujetarse la boca para cerrarla y respirar más lento.

“Siempre leo a los demás”. Dio un paso hacia él, tan cerca que podía estirarse y tocarlo —cosa que hizo. Le recorrió con el dedo enguantado el brazo, y él se puso de pie, como si estuviera en desventaja si se quedaba sentado. “El amarillo que te rodea dice que tienes curiosidad por mi don, pero gira con un marrón más oscuro a los bordes, lo que significa que tu sentido común se opone a tu curiosidad”.

Sonrió y miró hacia abajo y lentamente se sacó el guante, jaló cada dedo hasta que su mano quedó expuesta y libre de la tela. Con dolorosa deliberación e intención, levantó la mano y la puso en la mejilla de Felix.



“¿Y ahora?”, dijo él con una exhalación.

Levantó el mentón hasta que Felix sintió que el cálido aliento de ella acariciaba su cuello y ambos se sostuvieron la mirada. Si fuera cierto, ella podría ver sus emociones, pero él también podía leer las de ella muy claramente en las órbitas zafiro de sus ojos. Lo que fuera que viajaba entre ellos, que le impedía dejar de mirarla, brillaba en su mirada. No había duda de que ella estaba tan consciente de la conexión entre ambos como él, y que los acercaba.

Felix sabía que lo mejor era mirar para otro lado y poner tanta distancia entre ellos como le permitiera esa pequeña habitación hasta que Harris llegara para liberarlos, pero no podía alejarse de ella. Sus botas estaban plantadas en el suelo de madera. El toque femenino en su mejilla era todo lo que le había hecho falta todos esos años. Ese aroma tan desconocido tan cerca era una acogedora cobija que no sabía que necesitaba, ni en el calor de la pequeña habitación.

De repente, se sintió expuesto de una manera gloriosa pero aterradora.

Lady Emilia podía leerlo, sin embargo, él no pudo medir la emoción detrás de su intensa mirada.

Demasiado pronto, ella dejó caer la mano de su mejilla y retrocedió un paso. La distancia entre ellos se sintió monumental, no los pocos centímetros que era en realidad.

¿Había hecho algo mal —o, peor, había *sentido* algo mal?

## Capítulo Seis

Emilia respiró profundamente al mismo tiempo que retrocedió otro paso del duque —de Felix. Sabía que debía poner distancia entre ellos tanto como estaba segura de que podía confiar en él implícitamente.

Lo que no entendía era ese rosado reluciente que lo rodeaba. Se volvió más potente cuando le puso la mano en la mejilla. Nunca había visto nada así. Hacía tiempo había aprendido que el aura de una persona nunca es estática; fluía, menguaba y se alteraba según el momento; sin embargo, nunca antes había presenciado un aura que se profundizara a ese nivel.

No era tonta, su *seanmhair* le había enseñado lo suficiente para reconocer la excitación cuando la veía, pero Emilia había estado totalmente desprevenida para su intensidad o por el hecho de que fue recíproco, su cuerpo respondió al deseo de él.

Luego el rosado empezó a desaparecer, lo rebasó un azul tan claro que hizo que Emilia quisiera regresar la mano a su mandíbula o tomar el brazo de Felix con sus dedos.

No había nada que pudiera haberla detenido, ninguna advertencia de la montaña más alta que le hubiera hecho cambiar el curso. Emilia se acercó y apretó su cuerpo contra el de Felix.

“Felix”, susurró cuando el azul desapareció y regresó el rosado que encendió su propio deseo.

Ella se paró al mismo tiempo que él se agachó, sus bocas se encontraron como dos imanes atraídos. No fue la primera vez que Emilia se sintió complacida de no tener el don de Cat para las emociones porque la magnitud de la suya propia en ese momento era casi suficiente para que sus piernas se desplomaran debajo de ella. Sentir los deseos de Felix también hubiera sido una carga demasiado pesada.

No, no una carga. Esa sensación que la atravesaba era un don, nunca una carga.

Sus labios se movieron contra los de él a un ritmo firme, y se enfocó en los movimientos, casi no se dio cuenta cuando él la tomó por la cadera y sus dedos la presionaron lentamente a tiempo para el beso. Era todo y a la vez nada como lo que había ansiado —o siquiera soñado con sentir.

Emilia se alejó de él con una brusquedad que no entendió.

Un nuevo color floreció alrededor de él. Verde, brillante y profundo como las lomas de césped que rodeaban Dalais Forge.

“¿Emilia?”. El murmullo llegó cuando él abrió los ojos, con profundos halos marrón oscuro en los que podía perderse. En verdad, ya casi estaba perdida.

La advertencia de su *seanmhair* regresó en ese momento: *confía en tu don, confía en tu familia, pero debes mantener a todos los demás a distancia.*

De amigo a adversario con presteza.

De amante a adversario.

Pero nunca podría imaginar así a Felix.

La batalla en su interior volvió a empezar.

“Eres honesto, fuerte y cariñoso”, le dijo. “Sin embargo, todo eso puede ser peligroso a veces cuando se combinan”.

Su aura cambió rápidamente a un color de protección —¿por él o por ella? — y Emilia se preguntó qué significaban sus palabras para él o qué quiso que ella no viera. No había duda de que se sentía atraído, y ella también. Pero había algo más, algo más fuerte debajo de su atracción.

El duque de Kintore la deseaba, y más... estaba profundamente enamorado de ella.

Era el verde que compartían sus padres. El matiz que siempre había rodeado a su *seanmhair* cuando miraba a sus cuatro nietos.

Pero Felix apenas la conocía y recién se había enterado de todos sus enredos. Había muchos más en su familia y su pasado que lo que se sentiría cómoda de contar.

De repente, el cerrojo de la puerta se soltó, y el pestillo tintineó cuando la puerta se abrió hacia adentro.

“¡Su Merced! Lo he estado buscando por todas partes a pesar de su insistencia de que esperara en el coche”.

Felix se alejó de Emilia y ella logró ver al conductor del duque, Jameson, parado en la puerta. Rosemary estaba detrás del imponente marco, se retorció las manos.

“Debemos irnos”, dijo el conductor, y miró sobre su hombro al atestado pub. “El coche espera afuera”.

La mano del duque presionó la espalda de Emilia mientras ella se volvía a poner torpemente el guante antes de que Rosemary se diera cuenta.

Salieron rápidamente del pub, avanzando por los costados de la habitación antes de salir del establecimiento, sin ver señales de Harris ni su matón.

Jameson no se molestó en esperar a que entraran al coche antes de regresar a su asiento y soltar el freno.

Felix ayudó a Rosemary a subir y luego a Emilia, su mano la tomó fuertemente antes de soltarla y entrar al coche.

Partieron hacia Londres en cuanto Felix cerró la puerta.

En cuando Emilia se acomodó en los cojines de su acolchado asiento dejó escapar una risa.

“Mi lady”, dijo Rosemary, respirando pesadamente por haber corrido hasta el coche. “Estaba muy preocupada. Pensé que algo grave les habría ocurrido, y que iba a tener que volver a Londres para contarle al marqués”.

La mente de Emilia era un remolino con todo lo que ocurrido en Epsom: el cautiverio, el peligro, la tremenda deuda... pero sus pensamientos siempre regresaban a Felix y el beso.

Nunca había sentido una conexión tan fuerte, salvo la que existía entre ella, Moire y Cat.

Esta misión ya no era para proteger a su familia, ahora era para ver que Iain no estuviera en peligro.

“Tengo un plan”, dijo Emilia y captó los ojos de Felix frente a ella en el carruaje, y deseó estar sentada a su lado y no de su doncella. “No puedo arriesgar que Harris o lord Abernathy hablen de mi familia, y no podemos permitir que Iain o tu tío sean lastimados. Dijiste que Harris dejará a mi familia en paz cuando la apuesta esté pagada, ¿correcto?”.

“Sí”. Felix fruncir el ceño, y Emilia no tuvo necesidad de ver su aura para saber que estaba receloso de ese plan, incluso antes de haberlo escuchado. “Ya he decidido reunirme con mi abogado cuando lleguemos a Londres para hacer que todas las deudas queden pagadas inmediatamente”.

“Tengo una idea mejor. Pagaré todas nuestras deudas y mi familia no estará en deuda con usted”. Cuando su plan quedó arraigado en su mente, Emilia se acomodó para el largo viaje de regreso a Londres, instaladas con toda seguridad en el coche de Felix. Él la miraba fijamente, la estudiaba, pero a ella no le importaba.

Emilia pagaría las deudas de Iain y recuperaría el secreto familiar. Después de eso, vería si quedaba algo entre ella y el duque de Kintore.

###

Emilia no esperó que Edwin, el mayordomo de la familia, abriera la puerta delantera, empujó para entrar, Rosemary se precipitó para ir a la par de las zancadas de su señora. El viaje de vuelta a Londres se había desarrollado sin novedades. Con la doncella a su lado, Emilia no había podido hablar con Felix sobre lo ocurrido entre ellos en The Howling Owl, ni explorar su plan para solucionar todo. Su mente había estado ocupada como cómo plantearle su idea a Moire para asegurar su ayuda, aunque su hermana menor era tan culpable por la situación de Iain como el propio muchacho.

Las horas que pasó encerrada en el coche de Felix habían servido para un fin: volver a sentir la furia hacia Iain por ponerlos en una posición tan precaria. Por llevar a Emilia a romper una promesa que le había hecho a su *seanmhair* hacía tantos años. Y por no sentir culpa por haber traicionado a la familia y contar el secreto a Felix.

Catriona corrió hacia el vestíbulo mientras Emilia se deshacía de su capa, pero su hermana frenó cuando su rostro tomó un blanco fantasmal. *Esto* era algo que hacía sentir remordimientos a Emilia. Su furia y rabia llegaron hasta su hermana, pero Emilia no cambió su humor actual.

“¿Están mamá y papá en casa?”, quiso saber Emilia.

“N—n—n—no”, tartamudeó Cat cuando Moire entró en el vestíbulo. “Estarán en la casa de lady Heston toda la noche”.

Una sensación de alivio inundó a Emilia. Que su padre no estuviera les daba un poco más de tiempo para manejar la situación sin que el marqués se enterara. Seguramente Iain recibiría un castigo, y todos deberían empacar sus pertenencias y salir, volver a mudarse de su casa.

Lejos de Felix.

Emilia sacó esa idea de su mente.

Necesitaba reunir a sus hermanos para ayudar a cancelar las deudas de Iain y asegurarse de que el corredor de apuestas —y Lord Abernathy— no hablaran con nadie de los peculiares dones de su familia. Aunque nadie supiera de la verdadera dimensión y naturaleza del legado Dalais, cualquier palabra al respecto y lo que podían hacer se esparciría rápidamente... y quienes habían cazado a su familia durante generaciones llegarían inevitablemente.

La sola idea era inconcebible para Emilia.

No sabía de primera mano quiénes eran esos *cazadores*, de dónde venían, de dónde llegarían o cómo se aparecerían en la entrada de la casa de su familia, pero el continuo temor de esos recuerdos de niñez encerrados en la

despensa en Dalais Forge, las advertencias de su *seanmhair* aún frescas en su mente habían llenado de terror a Emilia.

Sin embargo, había una posibilidad mayor de que Harris y sus hombres perseguirían a su hermano y a lord Abernathy para lastimarlos. De todas maneras, Emilia no podía alejar el temor dentro de ella en torno a los dones de su familia. Se lo habían inspirado desde muy chica. No se había visto ningún cazador en más de 70 años, no desde antes que naciera su abuela, pero ese hecho no lo hacía menos real y peligroso para Emilia y sus hermanas.

“¿Cómo se dieron las cosas con el duque?”, preguntó Moire, rodeando a Cat donde se había quedado inmóvil con sus rizos rojizos que estaban como si hubiera estado jugueteando con su cabello durante horas. Emilia sabía que la gran conexión entre ella y sus hermanas permitía que Cat sintiera a Emilia incluso a distancia.

Emilia miró a su hermanita. Su aura era jade oscuro. Moire no había preguntado por la deuda de Iain, el corredor de apuestas o por qué el viaje había demorado tanto. Preguntó por el duque. ¿Sabría Moire del tiempo que habían estado encerrados en la habitación en el pub? ¿Sabría del beso?

¿Habría visto su hermanita lo que sucedería entre Felix y Emilia antes de que partieran de Londres?

Moire nunca hubiera mantenido oculto algo tan importante, ¿o sí? Si Moire había visto algo en sus visiones, Emilia confiaba en que le llegaría con conocimiento. Debía creer en la veracidad de su hermana —o la verdad sería demasiado para que Emilia la resolviera.

“¿Dónde está Iain?”, preguntó Emilia. No se preocuparía por lo que Moire hubiera o no visto en sus visiones en ese momento. Lo que importaba era lo que Moire vería en sus próximas visiones. Cuando sus hermanas no le respondieron, Emilia volvió a preguntar. “¿Dónde está Iain?”.

“Está escondido en su habitación”, respondió Moire ligeramente.

“¿Vamos a asumir que no salieron bien las cosas en el hipódromo?”, preguntó Catriona tentativamente. “Estás bastante molesta, Em. Mi corazón late errático y me indica tu intranquilidad”.

Emilia miró entre sus hermanas, la gravedad de sus correrías finalmente se dejó sentir. “Estuvo encerrada en un cuartito detrás de un pub sin agua, comida ni medios para escapar —solamente con el duque como compañía. El corredor de apuestas nos amenazó a ambos y a nuestras familias si no se pagaban las deudas inmediatamente”. Respiró profundamente, los pulmones le dolían en protesta. “Por tanto, Cat, no salió bien en el hipódromo”.

“¿Está segura de que—?”.

“Felizmente. Tengo un plan para rectificar todo”, Emilia continuó interrumpiendo a Moire. No quería escuchar la pregunta de la niña ni evaluar qué tanto estaba involucrada en la situación actual. Ambas debían trabajar juntas para arreglar las cosas sin que su padre lo averiguara. Y solamente entonces Emilia le preguntaría a Moire sobre su intervención en las dificultades de Iain. “Y toda volverá a la normalidad en un par de días”.

Emilia solamente podía esperar que Harris y sus hombres no encontraran a su familia antes de que su plan diera frutos.

“Moire, ayudaste a Iain a elegir caballos ganadores en las carreras. Deberás volver a ejercer tus talentos para una próxima carrera”. Emilia no le dio tiempo a su hermana para disuadirla. “No sé *por qué* le dijiste el caballo incorrecto, pero no podemos arriesgarnos al mismo error otra vez. Voy a volver a Epsom en dos días, y necesitaré tu elección antes de partir”.

Los ojos de Cat se empañaron con confusión por la confianza que Emilia irradiaba.

“Te acompañaré”, respondió Moire.

Emilia sacudió la cabeza. “No, no puedo poner en riesgo tu seguridad. Si Harris me ve, te verá también. No puedo—”.

“Debo estar segura del ganador, ¿es así?”. Cuando Emilia asintió con renuencia, Moire continuó: “Debo estar cerca de los caballos. Solamente así estaré totalmente segura del resultado”.

“No has necesitado esa cercanía antes”, refutó Emilia.

Moire enderezó los hombros y levantó el mentón. “Hay mucho en riesgo con eso, hermana”.

Emilia no quería dejar lugar para la insistencia de Moire. Nunca aceptaría poner a ninguno de sus hermanos en peligro, aunque era lamentable que Iain no pensara igual cuando se trataba de su hermana.

Esa sería la única oportunidad de pagar todas las deudas de Iain. Su plan debía funcionar, o no tendría más opción que involucrar a su padre y arriesgar su futuro en Londres.

El futuro *de ambos* en Londres.

\*\*\*

Moire hizo su máximo esfuerzo para asumir una mirada de absoluta preocupación —por más forzada que fuera— para que Em no descubriera que no decía toda la verdad. A juzgar por la apariencia errática y rendida de su hermana, el día que pasó encerrada en ese cuartito en el pub había sido revelador —¿se atrevía decir que... placentero? Para su hermana y el duque.

Rosemary parecía bastante escandalizada por el tiempo pasado en Epsom Downs.

Sin embargo, la determinación de Emilia de regresar a su vida normal era preocupante.

Que la vida regresara a lo normal no era el plan de *Moire* en absoluto. Por ahora, le permitiría a su hermana mayor creer que su plan era el único que estaba en marcha, aunque sabía la verdad del asunto.

Ocultó su sonrisa pilla cuando salió corriendo por el pasillo a la habitación de dibujo.

Ya era hora de que Emilia, y el destino que Moire y su *seanmhair* habían previsto hacía años en la despensa de Dalais Forge se hiciera realidad. Si eso significaba hacer su máximo esfuerzo para llevar a Emilia por su camino señalado... que así sea.

La buena fortuna y el destino bendecido no esperaban a ningún hombre —ni a ninguna mujer.

En este caso, significaba que Moire necesitaría que sus visiones fueran algo menos confiables, mucho menos claras e innegablemente más imperativas. El futuro nunca estaba escrito en piedra, y las decisiones que las personas tomaban podían alterar cuándo y cómo las cosas irían a ocurrir, pero el final había sido decidido hacía tiempo.

Por suerte, saber que su familia no estaría nunca en peligro de quedar expuesta era un beneficio que su hermana no tenía.

Y todo se debía al duque de Kintore.

Ahora dependía de Moire asegurarse de que Emilia se aferrara a su destino —y del duque.



## Capítulo Siete

Felix leyó la misiva que había llegado la noche anterior una vez más antes de arrugar el papel en su mano y devolverla al bolsillo de su chaqueta y caminar por la larga fila de puestos una vez más. Los establos estaban llenos de jinetes y ayudantes que corrían por todos lados en preparación para la carrera. Tierra y fango ya ensuciaban sus botas como resultado de la continua lluvia de la víspera.

Felix miró su hombro y vio a Jameson para afuera de su coche.

Lady Emilia estaba decidida a solucionar su situación, y Felix era la última persona que entraría si su ayuda no era deseada; sin embargo, recolectó los fondos necesarios antes de partir a Londres para pagar las deudas de Iain —y las de Abner.

Sin importar el resultado del plan de Emilia y de la carrera, cuando partieran de Epsom, todas las deudas con Harris estarían pagadas y el corredor de apuestas no tendría razón para causar futuros problemas a Emilia y su familia.

Un ayudante sacaba un pura sangre castaño de la caseta más cerca de Felix y otro se acercó corriendo con los aperos apropiados: brida, riendas y silla de montar. Vio cómo los dos ayudantes cepillaban al caballo, y se aseguraban de que la cubierta del semental estuviera bien cepillada antes de acomodar la silla en su lomo y de atarlo en su lugar.

Con la mano sobre los ojos para protegerse del sol, Felix miró a la multitud que se reunía y tomaba asiento cerca de las pistas en preparación para la carrera.

Lady Emilia ya debía haber llegado. ¿La habrían detenido en casa o en el camino a Epsom? Tal vez lord Eglinton había descubierto la mala suerte de su heredero y prohibido a Emilia seguir con su plan.

La sensación de apremio de Felix con respecto a la situación creció mientras miraba a los establos por enésima vez desde su llegada.

Debió haber escuchado a sus sentidos y hablar con el padre de Emilia ese primer día que llevó a Iain de regreso de las carreras. Si lo hubiera hecho así, las cosas ya estarían arregladas, y el temor de venganza de Harris y sus matones ya no pendería sobre sus cabezas.

“¡Su Merced!”, la característica y melódica voz de lady Emilia hizo que Felix recorriera los establos en busca de su pequeña figura y sus cortos rizos rubios. “Acá estamos, Su Merced”.

Emilia, seguida de una muchacha pelirroja, avanzó en dirección a Felix y sorteó un grupo de hombres. No había error en quién era la acompañante de Emilia. Como si su distintivo cabello no fuera suficiente, su piel pálida y deslumbrantes ojos azules le hubieran delatado instantáneamente.

Sin duda era una de las hermanas de Emilia, pero ¿por qué la acompañaba?

La nota de Emilia no decía que llevaría a nadie que no fuera la doncella.

Muy tarde, Felix se dio cuenta de que había esperado otro día en compañía de lady Emilia. No debía anhelar más tiempo con ella, sobre sin el beneficio de una chaperona, pero no pudo evitar pensar en el tiempo que pasaron en el pub. Encontrar el momento para hablar sobre su beso sería difícil sin duda con la doncella presente, pero con su hermana a su lado... sería casi imposible. Sin embargo, había asuntos mucho más importantes que los del corazón.

“Buen día”. Felix se inclinó hacia lady Emilia antes de volverse a la muchacha que estaba a su lado. Como sospechó de lejos, sus ojos y complexión coincidían perfectamente con los de Emilia, aunque el color de su cabello variaba drásticamente. “Soy el duque de Kintore, mi lady”.

La sonrisa ladeada de la muchacha le dijo a Felix que ella sabía perfectamente bien quién era —y lo que había sucedido entre él y su hermana.

“Moire, el duque es quien regresó a Iain a casa y me acompañó al pub”, aclaró Emilia, sin dar indicios de la naturaleza de su conocimiento avanzado. Miró alrededor como para asegurarse de que nadie escuchara su discusión antes de bajar el tono y continuar, “Cuando hayas determinado el caballo ganador, él hará la apuesta y recogerá el dinero para pagar la deuda de Iain”. Luego, Emilia se volvió hacia él. “Su Merced, esta es mi hermana menor, lady Moire Noble”.

“Un placer, mi lady”. Se inclinó sobre la mano de la muchacha y sonrió cuando lady Moire dejó escapar una risita. “Encantado de conocerla, aunque no sabía que se uniría a nosotros”.

“El don de Moire no siempre es tan claro como debería ser”, terció Emilia.

“No puedo estar completamente segura del ganador, aunque sospecho que si estoy cerca de los animales, mi visión será más confiable”. La mirada de la muchacha lo recorrió de arriba abajo mientras hablaba, y Felix no pudo evitar

preguntarse si era él quien estaba bajo escrutinio y no los caballos que llenaban los establos.

“Muy bien”, dijo por fin. “¿Empezamos? No estoy seguro de cómo se hace esto. ¿Necesita tocar los caballos o solamente estar cerca?”.

Emilia dio una mirada a lady Moire, y ambas se comunicaron algo sin decir una palabra antes de que la hermana menor rodeara a Emilia y empezaran a caminar el mismo camino que Felix había recorrido minutos antes.

“No necesito tocarlos. Con mucha frecuencia, tengo visiones de personas que nunca he visto y lugares en los que nunca he estado”, dijo lady Moire. “Em me ha hablado de la seriedad de mi elección de hoy, y fui yo quien pidió que me permitiera venir. No puedo pensar en el peligro que corre Iain si elijo el caballo equivocado. Cat y yo quedamos muy asustadas de pensar lo horrible que habrá sido para Em quedar encerrada en esa habitación en The Howling Owl. Tuvo mucha suerte de que usted estuviera ahí para proteger a nuestra hermana, Su Merced. Me estremezco de pensar que haríamos sin ella”.

“Moire—”, advirtió Emilia, y miró sobre su hombro hacia Felix, que caminaba detrás de las hermanas.

“Fue un placer ser de utilidad, lady Moire”, respondió, disfrutando la vacilación en el paso de Emilia y la rigidez de sus hombros. “Si no hubiéramos quedado atrapados, no me hubiera enterado de tantas cosas de su familia”.

“Tenía mis sospechas”. La muchacha se detuvo, giró el rostro hacia un corcel negro atado a un poste. El animal cambiaba de una pata a la otra, su cabeza jalaba la cuerda hasta que sus ojos de ébano se encontraron con la intensa mirada azul de lady Moire. “Hola, amigo”. Se adelantó y sostuvo su mano enguantada para que la bestia la oliera. “Eres muy guapo”.

“Este es Zeus”. Un ayudante del establo apareció alrededor del caballo, con un cepillo en la mano.

“¿Corre hoy?”, quiso saber Emilia.

“Así será”. El muchacho asintió enérgicamente, lo que causó que su sombrero se le resbalara por la frente y cubriera sus ojos. “Cuatro vueltas a la pista, y Zeus ha ganado cuatro veces”.

“Eres muy rápido, muchacho guapo”. Lady Moire colocó su enguantada mano en la nariz de Zeus, y sus ojos divagaron cerrados un momento antes de fruncir el ceño, agradeció al muchacho del establo y volvió al camino, dejando atrás a Felix y su hermana.

Felix estiró el brazo, y Emilia colocó sus dedos en la curva de su codo.

Cuando se acercaban a lady Moire, Felix se inclinó hacia el oído de Emilia. “¿Así funciona?”.

Emilia frunció los labios antes de sacudir la cabeza. “Por lo general no, pero muchas visiones le llegan en privado”.

“¿Y crees que llegará al caballo correcto?”. Felix estaría mintiendo si no admitiera que tenía sus dudas con sobre lo que Emilia le había contado de su familia. Dones especiales transmitidos por generaciones era algo que nunca antes había escuchado, y a decir verdad, le era difícil creerlo. Sin embargo, Abner había arrastrado al hermano de Emilia a su precaria situación, y le debía a la mujer la oportunidad de solucionarlo de la manera que la pareciera conveniente.

Hicieron una pausa varios pasos por detrás de lady Moire cuando se volvió para mirar la caseta. “Entiende la gravedad de nuestra situación y hará todo lo que pueda para ayudar. Es todo lo que puedo pedirle”.

Un mozo apareció por la puerta de la caseta e intercambió algunas palabras con la muchacha antes de reír y desaparecer de la vista.

Felix miró alrededor del patio de establos, y se tranquilizó de notar que no eran los únicos espectadores que caminaban con toda calma, miraban las casetas y conversaban con los mozos.

Mientras Moire se alejaba de ellos, Felix preguntó: “¿Que le dijiste a tu familia del rato que pasamos en The Howling Owl?”. Bien podía ser su única oportunidad de tocar el tema con ella.

Una sonrisa serena se dibujó en los labios de Emilia cuando volvieron a ir detrás de lady Moire, que avanzaba por las casetas. “La verdad”.

“¿La verdad?”, le preguntó y su asombro fue evidente en su tono.

“No toda la verdad, Su Merced, lo suficiente”, respondió Emilia. Por si no lo sabía, Felix hubiera pensado que la respuesta era tímida.

“¿Tu hermana sabe que me contaste del pasado de tu familia?”. Contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta. Eso parecía, pero para evitar momentos incómodos, quería saber exactamente qué le había dicho Emilia a su hermana. “No es mi intención curiosear, mi lady”.

“Como dije, fui comunicativa sin contar detalles de nuestro momento íntimo”.

Felix no estaba seguro de cómo sentirse con esa confesión. ¿El beso significaba más —o *menos*— que el secreto que tenían ambas?

“¡Em! ¡Moire!”, El llamado sonó detrás de ellos, y los dedos de Emilia se enterraron en la tela que cubría el brazo de Felix cuando se volvieron a la vez para ver a lord Strathmore y otra muchacha que corrían hacia ellos. Llegaron junto a ellos, sin aliento. “Los hemos estado buscando por todas partes”.

“¿Qué hacen aquí?”, exigió Emilia, y retrocedió mientras ponía las manos en la cintura. “Iain, no debes estar aquí. Si Harris o sus hombres te ven, no puedo imaginar que saldrá bien para nadie. Y Catriona... padre tendrá una apoplejía si regresa a casa y descubre que no estamos”.

Felix estaba asombrado de lo mucho que la muchacha se parecía a lady Moire —y en cierta medida, lord Strathmore. Felix tuvo ganas de voltear y ubicar a Moire para asegurarse de que no les estaban jugando una broma.

“No te inquietes, Em”, respondió Iain. Su manera ligera hizo que Felix se preocupara más. El muchacho no estaba para nada preocupado sobre su propio bienestar. “Le dejamos una nota a padre”.

“¿Y a dónde le dijeron que habían ido?”.

“A Ascot, Por supuesto”.

La cara de Emilia se enrojeció, y Felix se dio cuenta de que los hermanos estaban provocando, pero ella pareció no darse cuenta.

Los hermanos compartieron una sonrisa antes de arrancar a reír.

“Creo que lo mejor es que regresen a Londres. Inmediatamente”, ordenó Emilia.

“Puedo ayudar a Moire”, dijo lady Catriona con un pisotón.

“No es justo que nos dejen en casa mientras tú y Moire tienen todas las aventuras”, Iain continuó.

“Has tenido todas las aventuras que esta familia puede manejar”. Emilia desafió a su hermano, lo retaba a discrepar. “Y, Catriona, eres muy chica para estar acá”.

La muchacha levantó el mentón, algo que a Felix volvió a recordarle a lady Emilia. “Tengo casi dos años más que Moire”.

“De todas maneras, solamente 16 años”, suspiró Emilia.

Felix siempre había cargado con la responsabilidad de encargarse de su tío así que nunca tuvo ganas de tener hermanos, pero este breve momento cerca de Emilia y su familia le habían hecho preguntarse cómo hubiera sido crecer con más que solamente él y Abner. ¿Se hubiera aliado con hermano para cuidar de lord Abernathy?

“Además”, —la chica imitó la postura de Emilia con una facilidad asombrosa —“mi talento es tan útil como la predicción de Moire”.

“Lo encontré”, exclamó lady Moire, y jaló el brazo de Emilia para guiarla hacia un caballo blanco immaculado parado varias casetas más abajo. “Oh, ¡Cat! Ven y dime qué piensas”.

El grupo se movió a la vez para quedar parado frente al impresionante caballo. Aunque Felix no tenía dones especiales, no eran necesarios para ver que el animal que todos contemplaban estaba lleno de poder, agilidad y velocidad.

“Tiene confianza”, ofreció lady Catriona, y se adelantó para mirar los pálidos ojos grises del caballo. “Es su primera carrera, ¿no es así?”.

“Sí, mi lady”, un niño de no más de diez abriles contestó mientras desataba las riendas del caballo. “Sorrel acaba de cumplir dos años. Perdón, debo llevarlo y alistarlo para la carrera”.

“Que así sea”, anunció lady Emilia, y se volvió para mirar a Felix mientras el chico se llevaba a Sorrel a la pista. “Una palabra, Su Merced”. Ella miró entre sus hermanos, y su mirada finalmente cayó en la más chica. “Moire, vigila a Iain y Cat. No los dejes que alejen ni un pie. Debo hablar con el duque”.

El gruñido de desaprobación de lady Catriona y lord Strathmore los siguió cuando Felix y Emilia se alejaron del grupo.

“¿Confías en su elección?”, preguntó Felix.

Ella presionó los labios en un gesto, y su ceño se tensó mientras pensaba la pregunta. “Nunca me ha dado razones para dudar”.

“¿Estás segura de que no quieres que yo pague a Harris y podemos salir, olvidar esto y la deuda de Iain quedaría saldada?”. Siempre había sido responsabilidad de Felix cuidar de su libertino tío, así que entendía la necesidad de Emilia de resolver los problemas de Iain sin crear otra obligación. “No exigiré que se satisfaga ese crédito”.

“No. Con la apuesta, puedo arreglar con Harris y tu tío, y exijo que nunca mencione una palabra sobre las afirmaciones de predicción de Iain”. Estaba decidida, y Felix no presionaría más al respecto.

“Muy bien”, cedió. “Veré que se coloque la apuesta y nos encontraremos cerca del lado norte de la pista. Hay una zona para espectadores con asientos para ti y tus hermanos lejos de la pista”.

“Muchas gracias de nuevo, Felix”. Se inclinó hacia adelante y le apretó la mano antes de dejarla caer, para que sus hermanos no se dieran cuenta.

Él se quedó mirando los ojos azules varios segundos. “Estoy a tu disposición, Emilia, lo que desees... solamente pídelo”.

De nuevo, ella lo miró y alrededor de él al mismo tiempo.

Se preguntó qué estaría viendo Emilia en su aura cuando la dura mirada azul se suavizó y la enguantada mano se levantó y se apoyó en su pecho.

“Sin ti, mi familia estaría en riesgo”. Movi6 la mano hacia su mejilla, luego a su cuello antes soltarlo. “Aunque no haya una deuda financiera, estaré por siempre en deuda por conservar la privacidad de mi familia”.

El toque de la delicada mano, incluso cubierta de tela, fue de una calidez que le recorri6 el pecho, e hizo que el vaci6 dentro de 6l fuera m6s evidente de lo que habi6 sido en a6os. Habia vivido todos sus a6os de adultos sin relaciones cercanas, salvo Abner, y ning6n amigo en quien confiar. Pero con Emilia, podi6 hablar libremente porque habi6 visto la peor faceta de su tío, pero no teni6 una mala opini6n de 6l.

Mientras buscaba su lugar en la sociedad, Felix habi6 visto a muchos amigos ir y venir, pero sus v6nculos con 6l no surgian de algo sincero y duradero, sino por lo que podian ganar por la asociaci6n con el duque de Kintore.

Un cuerno son6.

La conexi6n entre ambos se cort6.

Lady Emilia Noble no le habi6 pedido dinero, ni parecia ser del tipo que esperaba unir el nombre de su familia con el de 6l. Aunque sabia mucho de 6l, le habi6 contado tanto —y hasta m6s— de su propia familia.

“La carrera empezará pronto”, dijo. “Reúne a tus hermanos y esp6renme por la puerta norte. Apostaré a Sorrel y regresaré tan pronto como sea posible”.

Si se quedaba un segundo m6s, nunca se hubiera alejado de su lado.

En cambio, llam6 a Iain por encima del hombro de su hermana, y el muchacho fue hacia 6l.

“Lord Strathmore. Por favor, quédese cerca de sus hermanas hasta que regrese”. Cuando el muchacho asinti6, Felix gir6 y avanz6 hacia The Howling Owl. Probablemente, Harris estaría furioso al verlo, pero no imaginaba que el corredor de apuestas rechazaría una apuesta lo suficientemente grande, varias veces mayor de lo que podi6 ganar en meses.

## Capítulo Ocho

Emilia, con Catriona a un lado y Moire y Iain al otro, se sentó en la dura banca de madera ubicada a razonable distancia de la pista de carreras. La mugre y la tierra seguían arremolinadas a su alrededor, lo que hacía difícil respirar profundamente mientras hombres de todas las estaciones se reunían para ver la carrera. El sol brillaba alto en sus cabezas, apenas había brisa para mover las capas superiores de tierra en el aire.

Varias mujeres más se les unieron en las cuatro filas de plataformas para compartir la emoción aunque conservando una pizca de separación entre ellas y las bestias en estampida. Para pasar el tiempo hasta que Felix regresara de The Howling Owl, Emilia recorrió a la multitud con la mirada. Una dama de fino vestido y garboso sombrero que indicaba que era de gran trascendencia prefirió quedarse al lado de las filas de asientos. Su aura brillaba de verde limón —tramposa y mentirosa. Emilia habría apostado basándose en una información ilícita o tal vez iba como acompañante de un amante a Epsom Downs y no su esposo.

Otra mujer había elegido sentarse, pero sujetaba su bolsito al pecho llena de terror. Emilia no tuvo necesidad de leer el aura de la joven. ¿Tenía su dinero para gastos doblado en su bolso? ¿Estaba asustada de los caballos?

Iain se inclinó hacia adelante y la vio con el ceño fruncido. “Nunca vamos a ver nada desde aquí”.

“No estamos aquí para ver la carrera, Iain”. Emilia se asombró de la actitud displicente de su hermano. “Hemos venido a recuperar el dinero que perdiste, pagarle a Harris y saldar tu deuda con lord Abernathy. Después de eso, regresaremos a casa, y dejaremos toda esta debacle detrás”.

“No molestes a Em”, reprendió Cat a Iain, aunque sin dejar de mirar la pista de carreras.

Para Catriona, asistir a una actividad tan grande probablemente haría que durmiera por días. El costo emocional que su don de empatía significaba para la muchacha era a veces demasiado grande. Emilia temía que Londres, con sus muchos bailes, desbandes y entretenimientos sociales, fuera demasiado para Cat cuando tuviera suficiente edad para participar en esas actividades. Aunque su dedicación a su familia nunca podría ponerse en duda.

Iain solamente resopló y se cruzó de brazos. Lamentablemente, así eran las cosas para su hermano. Como el único Noble sin el legado familiar, a menudo quedaba fuera y buscando su rol en la vida mientras debía cargar con tres



hermanas: una que preveía todos sus movimientos, otra que sentía sus emociones, y Emilia, que sabía cuándo mentía.

Muchas veces, Emilia temía que las dejaría cuando llegara a la mayoría de edad en alguna juerga de disparates que no podrían evitar y con consecuencias que no podrían evitar.

No cabía duda que Emilia —con ayuda de Cat y Moire— pasaría mucho tiempo salvando a Iain de sí mismo, de manera similar a como Felix cuidaba de su tío.

“Si Harris —o alguno de sus matones— te ve, bien podrían arrastrarte de vuelta a The Howling Owl. Son peligrosos, no importa lo que creas equivocadamente, y no voy a pasar por eso”, susurró Emilia lo suficientemente fuerte para que Iain escuchara, pero lo suficientemente bajo como para no escuchara nadie a su alrededor.

Emilia estiró el cuello para ver a los hombres arremolinados cerca de las barandas. Estaban llevando a los caballos a las puertas, y Emilia logró ver a Sorrel, su brillante pelaje blanco reflejaba el sol de mediodía. Una brisa recorrió la pista abierta y causó que la crin del caballo volara hacia adelante y atrás.

La carrera empezaría en breve.

La preocupación se apoderó de su decisión cuando giró para buscar a Felix. No tenía idea de cuánto tiempo tomaba hacer una apuesta, pero se le había ocurrido que Harris podría estar furioso por su escape de dos días antes. El matón del corredor de apuestas podría haber atrapado a Felix y podría haberlo encerrado en la habitación en la parte de atrás del pub. Sin embargo, Felix le había asegurado una vez más que los asuntos de Harris giraban en torno a dinero y apuestas, y que nunca rechazaría la oportunidad con una apuesta tan grande, sobre todo cuando el duque la colocara delante de él.

Moire se acercó y le apretó la mano suavemente. “El duque regresará antes de que la carrera empiece”.

Era como si Moire hubiera asumido el don de Cat cuando le aseguró a Emilia que Felix estaba bien. En ese momento, Emilia se dio cuenta de que no importaba cuántas veces tomara la delantera con sus hermanos, no importaba cuántas veces asumiera la carga por ellos, sin Moire y Cat —y hasta Iain— no estarían completos. Se frotó la cadera a través de sus armazones, su marca de nacimiento irradiaba un calor que nunca antes había notado. Al mismo tiempo, Moire se movió en la plataforma y levantó el dobladillo de su traje ligeramente para mirar su tobillo cubierto con un calcetín que ocultaba su

marca. A su derecha, Cat rodeaba su codo izquierdo y masajeaba ligeramente la zona a través de su manga de muselina.

Hasta Iain se había colocado la mano sobre el corazón, con el dedo bien extendido. Tal vez su *seanmhair* no había tenido toda la razón cuando asumió que Iain carecía de la conexión que daban las marcas de su herencia.

Más allá de Iain, un grupo de hombres avanzaba hacia la baranda, sus ruidosas risotadas captaron la atención de Emilia. Los hombres se empujaban y tropezaban como si vinieran de una de las tabernas cercanas, sus jarras de cerveza estaban casi vacías.

Cat y Moire se inclinaron hacia Emilia, que debió haberlas hechos regresar a su coche en cuanto eligieron a Sorrel como su ganador. Epsom Downs no era seguro, no para Iain ni sus hermanas. Ella había sido testigo presencial de lo impredecible que podía ser un lugar desconocido.

“¡Strathmore!”. Un hombre mayor se alejó del grupo y miraba fijamente a Iain. “¿Qué haces acá en el hipódromo?”.

“¿Emilia?”, Cat se aferró al brazo de su hermana.

“Lord Abernathy”. Emilia intentó distraer al tío de Felix —el mismo hombre que había aporreado a Iain en la cara. Todavía, varios días después, la nariz de su hermano tenía un tono verdoso por el golpe. “Lady Emilia”, se presentó, sin estar segura si Abernathy recordaría su encuentro. “Encantada de volver a verlo, mi lord. No esperaba verlo en Epsom”.

Fue su manera de preguntarle al hombre por su presencia. Le debía más al corredor de apuestas que Iain, y no era seguro para ninguno estar ahí hasta que sus deudas estuvieran saldadas. Había escuchado cuando Felix le prohibió a su tío molestarla a ella y a su familia y a ir a las carreras.

Y ahí estaba lord Abernathy, haciendo las dos cosas.

“Bueno, mi sobrino, honorable caballero como es, no puede negarme mi libertad”. Abernathy se puso serio, su postura se puso más sólida cuando miró entre Emilia y sus hermanos. “Oh, no imaginaba que lord Strathmore necesitaría ayuda de mujeres en las carreras”.

Abernathy rio, y los hombres a su alrededor lo imitaron.

“¿Es este el tipo que te debía una pequeña fortuna, Abernathy?”. Un hombre se acercó al tío de Felix, y Emilia espío el corte descuidado de su abrigo.

*¿Debía?* En pasado.

Iain *todavía* le debía a Abernathy, al menos hasta que la carrera en curso terminara... a menos que Felix hubiera actuado a sus espaldas y saldado la

deuda. Emilia no podía creer que el duque hubiera hecho algo así. Si alguien entendía su necesidad de manejar los problemas de su familia sin ayuda era Felix.

“Siga su camino, mi lord”, dijo Iain por sobre la risa de los hombres. “Déjenos ver la carrera en paz”.

“Está llegando tu momento, muchacho”, se burló otro hombre que tenía los ojos escondidos bajo el borde de su sombrero.

“Tío Abner”. Felix apareció entre el grupo de hombres, palmeó a su tío por el hombro y lo alejó de Emilia y sus hermanos. “¿Qué haces aquí?”.

Aunque Felix intentó mantener un tono bajo, Emilia escuchó una advertencia en sus palabras.

“Disfruto la carrera, como tú, me imagino”.

El duque se acercó a su tío y le susurró algo al oído. El hombre mayor se puso tieso mientras Felix continuó, demasiado bajo para que Emilia —o cualquier otro— escuchara.

Finalmente, Felix retrocedió de su tío, y miró al grupo que había llegado con él. “Fue un placer, tío. Creo que lo mejor es que tú y tus amigos sigan su camino”.

“Tenemos una vista perfecta en la baranda”, dijo uno de los acompañantes de Abner. “Apúrate, mi lord, la carrera está a punto de empezar”.

Felix sostuvo la mirada de Abner un rato más antes de que el tío se alejara y se uniera a sus camaradas justo cuando sonó la corneta.

Emilia no esperaba ver a lord Abernathy; sin embargo, la sensación de incomodidad que había tenido en presencia del hombre ya no la inquietó. Tal vez era el aura de protección y coraje que rodeaba a Felix, que disminuía el poder de la energía verde oscuro de Abner. Su tío albergaba profundas raíces de resentimiento contra Felix. Debía advertirle al duque antes de que regresaran a casa.

El resonante zumbido de las patas de los caballos llamó la atención de Emilia cuando Felix fue a pararse cerca de donde ella estaba sentada. Pudo sentir su presencia, aunque no lo tenía en su línea visión, lo bloqueaba Catriona.

Una vez más, quedó sorprendida por las crudas e incontrolables reacciones que fluían de los espectadores que tenían los ojos fijos en los caballos. Hasta Moire y Cat, inclinadas hacia adelante, habían quedado atrapadas en la emoción del momento.

Cuando Sorrel pasó por la animada multitud, Emilia suspiró. Unos momentos más y su caballo ganaría, cobrarían sus ganancias y las deudas de Iain quedarían saldadas —de una vez por todas. El secreto de su familia quedaría oculto con su único confidente, Felix, hombre de palabra, que sería el único en saber.

Volvió a mirar al duque, ese hombre de cabello oscuro que había llegado a su puerta apenas unas noches antes. Nunca en sus sueños más tormentosos hubiera creído que podía confiarle a otra persona tan implícitamente el futuro de su familia. Su *seanmhair*, a pesar de todas las advertencias de tener cuidado con los extraños, la había motivado a confiar en su don, y nada en el aura de Felix la había llevado a dudar de su palabra.

Emilia confiaba en las enseñanzas de su *seanmhair*.

Confiaba en su don.

Y por esas dos cosas, tenía una fe inconmensurable en el duque de Kintore.

Como si sintiera su mirada, Felix miró en su dirección, su sonrisa le hizo sentir que todo saldría bien.

Aunque no tenía el don de la predicción de Moire ni la capacidad de comprender de Cat, Emilia le creía.

Felix pudo haber actuado contra los deseos de Emilia, ir a Epsom Downs solo y saldar la deuda de su familia a Harris, pero no lo hizo. Le había permitido acompañarlo, pese al peligro, y se quedó a su lado cuando enfrentó a Harris. Y más, no había puesto en duda el plan de apostar una última vez, ni su certeza en la elección de Moire de que Sorrel sería el ganador.

A ella se le endureció el pecho. Felix no se volvió para ver la carrera, ella tampoco.

El retumbar de las patas de los caballos se desvaneció hasta que Emilia no pudo escuchar más que el latido de su corazón.

El ajeteo de sus venas ahogaba los vítores y gritos de la multitud.

El calor del sol fue reemplazado por el calor de la mirada de Felix.

Emilia se asombró de ansiar la privacidad que habían compartido en la habitación trasera de The Howling Owl. Si volviera a tener esas breves horas, hubiera aprovechado la oportunidad para pasar sus dedos por su reluciente cabello marrón o suavizar las marcas oscuras debajo de sus ojos. Luego, llevaría las manos por su cuello y por sus anchos hombros hasta sus brazos. ¿Se mantendrían tan firmes como hasta ahora?

“¡Em! ¡Em!”, Cat y Moire chillaron al unísono, y le jalaban los brazos.

Emilia se volvió al mismo tiempo que Sorrel cruzó la meta.

Incapaz de contenerse, saltó sobre sus pies y aplaudió con la multitud que la rodeaba, y se permitió desterrar los últimos rezagos de peligro que habían enfrentado cuando se dejó llevar por los gritos de la multitud. Se había acabado, podían pagarle a Harris y Abernathy, y le pediría a Iain que nunca más los volviera a poner en tanto peligro.

Aunque su padre no sabía nada, Emilia estaría feliz de regresar a Londres sin el peligro acechante sobre sus cabezas. Se quedarían en la ciudad, y algún día, Moire y Cat encontrarían su camino en la sociedad. Solamente eso contendría sus dificultades, pero sus hermanas eran sabias y cautelosas, y proteger a quienes querían su protección sería más simple que proteger a Iain, que apostaba su seguridad sin consideración.

Cuando Cat se deslizó al suelo al lado de las bancas, Emilia siguió con Moire y Iain detrás de ella. Apenas podía creer que todo había terminado — todo. En apenas momentos, ella y sus hermanos ya no tendrían miedo a nada... ni a Harris ni a lord Abernathy.

“Fue tonificante”, susurró Moire.

“Te dije que las carreras son dignas de ver”, respondió Iain sonriendo.

“Tal vez podemos—”.

“Catriona”, interrumpió Emilia. “Es nuestra última vez en Epsom Downs”.

Emilia sintió la presencia de Felix a su lado antes de que su palma abierta se posara en su espalda baja, gesto tranquilizador y reconfortante que no sabía que necesitaba.

La multitud a su alrededor empezó a dispersarse gradualmente. Algunos abandonaban los jardines de las carreras, otros caminaban hacia las tabernas y pubs para cobrar sus ganancias o encontrar algo de comer antes de regresar a Londres. Emilia seguía sintiendo un nudo en el estómago a pesar de la victoria de Sorrel y no tenía ganas de comer ni un bocado, al menos no hasta que Harris quedara satisfecho y estuvieran de vuelta en la seguridad de su casa.

“¿Vamos a atender los asuntos en The Howling Owl?”, le dijo Felix al oído, y envió una ola de sensaciones a través de Emilia.

Apenas pudo asentir, no confiaba en ella misma para hablar pues la alegría y la felicidad se mezclaban con anhelo y remordimiento. Cuando la deuda de su familia estuviera pagada, no habría nada que conectar a Emilia con Felix. Cada uno iría por su lado: Emilia se vuelta a su vida reclusa en la casa familia, y el duque de vuelta a...

Se conocían hacía muy poco, Emilia no sabía a qué regresaría Felix. ¿Emprendería funciones sociales? ¿Estaba activo en el Parlamento? ¿Pasaba

sus vacaciones en su casa de campo o tal vez en Bath? ¿Cazaba mientras estaba en el campo, o prefería actividades solitarias como la lectura o el arte?

Emilia sabía muy poco de Felix además de lo que había presenciado desde que regresó a Iain a su casa con la cara golpeada. Y al mismo tiempo, realmente creía que conocía al hombre detrás de esa fachada oscura. Tal vez no tenía idea de lo que le gustaba y le disgustaba, pero el hombre debajo de todo nunca había estado oculto para ella.

Su compasión, su confianza, su honestidad.

Eran cosas que no podría esconderle.

“Lady Catriona, lady Moire, lord Strathmore”, llamó Felix para ganar la atención de los hermanos. “Si quieren acompañarme a The Howling Owl, debo manejar todo rápido y ver que regresemos a la ciudad”.

Felix estiró el brazo, y Emilia acomodó su mano enguantada en el espacio cerca de su codo que se le estaba haciendo muy conocido.

Se dirigieron al pub, pero apenas habían avanzado unos pasos antes de que lord Abernathy se interpusiera en su camino, sus amigos atrás, no muy lejos. El labio del conde se alzó con desdén.

“Tío”, todo el cuerpo de Felix se tensó, los músculos de su brazo se pusieron tiesos.

Pero la mirada de lord Abernathy no se detuvo en Felix ni en Emilia sino en los hermanos que iban detrás.

“Muchacho, tú hiciste esto”, Abernathy escupió antes de acercarse amenazadoramente a Emilia y Felix.

En reacción, el duque se adelantó, se puso entre su tío y Emilia y sus hermanos. Felix y el conde eran de estatura similar, tenían el cabello del mismo tono oscuro; sin embargo, los hombros de Felix eran anchos, sus piernas eran fuertes, mientras que el cuerpo de Abernathy carecía de sustancia, afectado por la excesiva bebida. No obstante, se tambaleó sobre sus pies y no hizo movimiento alguno para pasar a su sobrino y enfrentar al hermano de Emilia.

El olor fétido de madera hongueada mezclado con un trasfondo cítrico hablaba del calibre de bebidas que lord Abernathy prefería. Era el mismo aroma que impregnaba The Howling Owl.

“Tío, creo que es mejor que te vayas”. Felix miró más allá de Abernathy, y Emilia siguió la línea de su mirada. Seguramente, Jameson iba directo hacia ellos. “Podemos comer juntos esta noche, o tal vez—”.

La mirada de Abernathy regresó a Felix, sus ojos estaban endurecidos. “No me ordenarás qué hacer, y encima mientras estás de lado de Strathmore”.

“No estoy del lado de nadie en nada”, afirmó Felix, y se acercó a su tío.

“Oh, puedo ver por sus sonrisas que lord Strathmore te ha dado un caballo ganador”. Abernathy giró hacia el grupo de hombres que había estado con él. Tuvo que hablar fuerte para que lo escucharan. “Les dije, amigos, este muchacho tiene un don—”.

“Basta, tío”. El duro matiz del tono de Felix hizo que Emilia deseó nunca cruzarse con el duque. “Jameson te llevará a casa. Ahora”.

“Oh, no lo creo”, respondió Abernathy con un siseo. “Strathmore me debe, y tendré mi dinero o les diré a mis amigos de los talentos de las hermanas de lord Strathmore”.

Moire y Cat jadearon detrás de Emilia, y ella deseó poder voltear para decirles que nada de eso ocurriría.

Si el conde les contaba a sus compinches, poco se podría hacer para contener los chismes. Aunque nunca hubiera pruebas de las afirmaciones de Abernathy, eso no impediría que la gente viera a su familia con sospecha. Su *seanmhair* le había advertido que la sociedad podía ser implacable, cuánto duraba su memoria cuando algo era un escándalo.

“Lord Abernathy, por favor...”. A Emilia le desagradaba rogarle al conde. “Iain ha ganado el dinero para pagarle. Por favor, si nos permite ver a Harris en The Howling Owl, puedo cobrar su dinero y nos iremos”.

El hombre sacudió la cabeza, tambaleándose en pies inestables. “Oh, no. Lord Strathmore me debe mucho más que una simple apuesta, mi lady. Y pretendo cobrar”.

“Si continúas con este estilo, nunca volveré a ir en tu rescate”, advirtió Felix.

“Si Strathmore sigue con nuestro trato, no necesitaré tu dinero”.

“Mentí, mi lord”. Iain se paró al lado de Emilia. “No puedo predecir al ganador como no puedo cambiar el clima”.

“Ya me di cuenta”, se burló Abernathy. “Sin embargo, las tres que los acompañan tienen el poder, y si quieren que sus secretos estén a salvo de la sociedad, me ayudarán”.

Iain se volvió a Emilia, su expresión estaba llena de remordimiento y pesar.

Quería decirle que sabía que lo sentía, que no había previsto la crueldad de Abernathy, y que había encontrado una manera de mantener su pasado

donde pertenecía —oculto de todos fuera de la familia.

De todas maneras, Emilia no estaba segura, aun con la ayuda de Felix, cómo lograr que el legado de su familia quedara en secreto y asegurar un futuro a salvo para todos.



\*\*\*

Moire se esforzó por poner su mejor expresión por la preocupación y el terror que sintió con la amenaza de lord Abernathy. Era un giro que no había previsto, aunque no le preocupaba en los más mínimo. El duque había demostrado ser un admirable aliado para su causa, y no tenía dudas de que el caballero evitaría que les hicieran daño a ella o sus hermanos.

Tal vez la situación no avanzaría.

Una sombra de duda la horadó en lo profundo.

Era muy consciente de sus actos, y de los riesgos, que enfrentaría con su plan. Sin embargo, si el duque de Kintore no tomaba acción y era el hombre que había llenado sus visiones desde que era una niña, no podía hacer nada más por él.

El destino es algo irónico.

Tenía el don de verlo, de experimentarlo, de tenerle confianza; y sin embargo, a veces era evasivo.

O tal vez era demasiado impaciente de ver y esperar mientras el destino se tomaba su tiempo.

*Seanmhair* le había advertido que no debía presionar al destino. No le había hecho caso.

Emilia estaba predestinada a ser una duquesa. Y no cualquier duquesa. La duquesa del duque de Kintore.

Con el poderoso caballero como aliado para siempre de su familia, su secreto seguiría siendo justamente eso... un secreto.

Pero era más que un aliado lo que Emilia necesitaba. Necesitaba amor.

Un amor incondicional que existía entre todas las ramas de la familia Noble pero que casi nunca se le confiaba a un extraño.

Catriona se paró al lado de Moire, inclinó la cabeza como para permitir que los sentimientos de su hermana menos la recorrieran antes de hablar. “Em está aterrada, pero tú no”.

Era una afirmación.

No estaba aterrada ni preocupada.

La duda que sintió momentos antes se había disipado tan rápido como llegó.

Confiaba en su don, lo que significaba que ponía su fe en sus visiones para el futuro.

“He presenciado lo que ocurre, y tengo fe en que veremos que este momento llega a una conclusión satisfactoria”, respondió.

“Quisiera tener tu seguridad, querida hermana”.

Sonrió y volteó hasta encontrarse con la mirada nerviosa de Cat. “Permite que mis emociones te den una medida de confianza”.

Con eso, estiró el brazo y tomó la mano de su hermana, con la esperanza de sentir su promesa... y creyó.

## Capítulo Nueve

Felix suavizó su furia con Abner. No llevaría a culminar la situación, y probablemente aterraría a Emilia y sus hermanas. Tenía muchas ganas de tomar a su tío por el brazo y sacarlo a rastras del hipódromo, y Felix dudaba que alguno de los hombres que estaban cerca de ahí lo detendría, pero sintió la necesidad de Emilia de alejar la atención de ellos.

¿Por qué había consentido a su tío tantos años?

Era culpa de Felix que su tío se envalentonara lo suficiente para hacer esos comentarios estafalarios en público.

Los años que había pasado cubriendo las fechorías de su tío, pagando las apuestas perdidas y convenciendo a hombres estafados que no descargaran su rabia en Abner no habían ayudado al conde en nada. Su tío era quien era, y ningún cariño ni protección que le diera Felix cambiaría eso.

Abner giró para quedar frente a sus amigos otra vez, y Felix temió lo que su tío diría. Sabía de los dones de la familia de Emilia —o al menos *pensaba* que sabía— y el dolor de cabeza que la causaría a esa familia sería tremendo si Felix no le ponía un alto.

Afortunadamente, fue Harris quien hizo callar a Abner cuando el corredor de apuestas se les acercó en la pista de carreras. Los amigos de su tío se dispersaron rápidamente, y dejaron a Felix, Emilia, sus hermanos y Abner para enfrentar al hombre.

La pista de carreras estaba casi vacía, quedaban pocos carruajes que esperaban no lejos de ahí cuando el sol empezó a bajar por el horizonte. Los espectadores partieron tan rápido como habían llegado a Epsom Downs, ya quedaban pocos en la zona con la intención de encontrar alguien que los llevara de vuelta.

Abner retrocedió unos pasos hasta que su espalda quedó presionada con la de Felix. “Harris”, tartamudeó el hombre. “Iba a ir a ver... para pagar mi deuda del otro día, y —”.

“Y pagar la deuda de hoy”.

“Sí, sí”. El mentón de Abner subió y bajó. “¿Conoces a mi sobrino, el duque de Kintore?”.

Harris levantó las cejas y saludó con la cabeza a Felix. “Sí, nos vimos en dos ocasiones, en realidad. Sin embargo, no sé qué tiene que ver con que pagues tus deudas”.

Felix se permitió sonreír por primera vez en todo el día. Lady Emilia tal vez había tenido un buen plan para resolver los problemas de su familia, pero Felix sabía que donde quiera que estuviera su tío, las cosas nunca saldrían según lo planeado. Había sido necesario que Felix hiciera sus propios arreglos, no contra Emilia sino junto con su plan.

“Kintore, mi muchacho”—. Abner miró entre Harris y su sobrino, una amplia sonrisa transformaba su rostro carnoso— “Encárgate del corredor de apuestas y regresemos a la ciudad”.

Cuando Felix no hizo nada para *encargarse del corredor de apuestas*, la sonrisa de Abner desapareció.

“Vamos, Felix, mi muchacho”, insistió Abner. “Cancela la deuda y regresemos a Londres. Creo que querías cenar conmigo esta noche”.

Luego, su tío recorrió con la vista a las personas que se iban del hipódromo, probablemente intentaba encontrar a sus amigos, que lo habían abandonado. Sus ojos se abrieron cuando volvió a encontrar la dura mirada de Felix.

“No puedo ofrecerte ayuda esta vez, tío”.

Los ojos de Abner se estrecharon, y Felix percibió el cambio dentro de su pariente. Era igual cada vez que se negaba a sacar al conde de problemas o reparar los daños que hubiera hecho.

“Malagradecido, llorón confundido”, siseó Abner, la saliva salía de su boca con cada insulto. “¿Prefieres estar del lado de esta loca muchacha chillona y no con tu propia sangre y carne?”.

Así era siempre. Abner se encontraba bebido y en peligro, y provocaba a Felix a ayudarlo, y antes de que las monedas cambiaran de manos, su tío espetaba viles insultos. Eso era algo que Felix había manejado toda su vida; sin embargo, Emilia no merecía esas palabras tan hirientes.

Los hombros de Abner se hundieron. Luego seguiría una demostración de remordimiento, con una saludable medida de culpa impuesta a Felix.

“Di todo... *todo*... para criarte después de la muerte de tu padre”. Abner era predecible, por decir lo menos. “Mi finca quedó en ruinas después de que me fui de casa para vivir contigo en Kintore Manor. Mis cultivos, mis arrendatarios, mi tierra... todo quedó improductivo. Pero sabía que mi deber estaba contigo y tu crianza. Nunca me quejé. Nunca dije nada. ¿Y así me pagas? ¿Dándome la espalda cuando más te necesito?”.

Felix sabía —había sabido durante años— que los problemas de Abner no los causaba él, sino la insaciable necesidad de su tío de una vida que no podía

costear. El juego, la bebida y las irresponsables decisiones no habían comenzado cuando Abner se encargó de Felix. Él sabía eso, pero nunca detuvo a Felix de arreglar los problemas que Abner dejaba a su paso. Su tío era su único pariente, el único familiar que le quedaba, y Felix siempre había temido que si no se encargaba del hombre, perdería la vida —por decisión o por desafortunadas circunstancias.

Y dejará a Felix totalmente solo.

Sorprendentemente, Felix no tenía ganas de ayudar a su tío en su dilema actual. Le debía a Harris —y probablemente a sus *amigos*— y Felix no iría en su rescate esta vez, aunque eso significara que su tío no le volviera a hablar.

No sentía la opresiva culpa que venía cada vez que su tío empezaba con sus diatribas.

En cambio, Felix se sentía lleno de la necesidad de proteger a Emilia y sus hermanos de que nos los descubrieran. Con ellos, Felix había sido testigo presencial de cómo debía actuar una familia: amor sin expectativa, cariño sin motivos ocultos y fe sin duda alguna.

Nunca se debería tener que exigir amor. Se debe dar libre y generosamente.

“Te preocupas más por esta gente que por tu propia sangre”. Abner sostuvo la mirada de Felix, repentinamente estaba totalmente sobrio a pesar de su borrachera previa. “¿Vas a traicionarme por este grupo de hechiceros perturbados?”.

Felix no había tomado un sorbo de licor en años, pero la pregunta de su tío hizo que su mente se aclarara, como si de un momento a otro se hubiera despertado de una noche sorbiendo todo el whisky de Inglaterra. Nunca había pensado en abandonar a su única relación por otra —y menos, una mujer.

Sin embargo, Emilia era más que cualquier mujer que hubiera conocido antes.

Era valiente en su lucha para garantizar la seguridad de su familia.

Él nunca había sido suficientemente valiente para salvar a su tío de él mismo.

Pero Emilia estaba dispuesta arriesgarlos todo en su determinación de ver que la deuda de Iain quedara pagada y de salvar el nombre de su familia de los chismorreos.

“Haré que lo digas, Felix”. Abner levantó el mentón, pero notó que la mandíbula le temblaba. “Te preocupas más por esta mujercita que por tu tío carnal”.

“Así es, y no me disculparé por eso”. Felix bajó la mirada hacia su tío, y se dio cuenta de lo mucho que se parecían: su cabello, sus ojos, su altura. Y ahí terminaban las semejanzas. Felix nunca actuaría como un canalla ni esperaría que otro asumiera la carga de sus problemas. Nunca permitiría que otro estuviera el peligro por una decisión peligrosa que tomara. Vivir así no era lo que Felix quería, no lo sería. “Lady Emilia y sus hermanos son todo lo que mis padres hubieran querido que encontrara. Se quieren intensamente. Su lealtad no conoce límites. Y lady Emilia tiene la fuerza de voluntad que yo debí tener contigo, tío”.

Detrás de él, Felix escuchó el crujir de tela. ¿Había hablado demasiado? ¿Había incomodado a Emilia o sus hermanos?

Pero sabía con toda seguridad que cada palabra que dijo era verdad, y nunca se retractaría.

Felix ansiaba mirar sobre su hombro, para asegurarse a Emilia que nunca dejaría de protegerla y a su familia contra quienes buscaban hacerle daño, incluido su propio tío.

Y con todo lo que él y lady Emilia habían pasado en los días anteriores, ella nunca dependió de él, nunca se rindió ni le rogó que resolviera los problemas de su familia. Estuvo a su lado mientras tomaba decisiones difíciles.

Un hombro rozó el brazo de Felix cuando Emilia avanzó un paso y deslizó su mano en la de Felix y enfrentaron juntos a Abner. Se habían olvidado de todos a su alrededor: lady Catriona, lady Moire y lord Strathmore detrás de ellos, Harris delante de ellos, y Jameson a la distancia. Todos se desvanecieron mientras Felix enfrentó a lord Abernathy.

Su último pariente.

El tutor que estaba a cargo de cuidarlo después de la muerte de su padre.

El hombre que debió haber cuidado de Felix y guiarlo a la adultez.

Pero delante de Felix estaba el tipo de hombre que Felix juraría cada día que no quería ser. Mientras a su lado estaba la mujer que cuya fuerza ojalá tuviera la bendición de tener. Una mujer con lealtad, tenacidad y amor que fluía por sus venas tan libremente como el río Támesis fluía sin trabas por Londres.

Una vocecita se dejó oír detrás de él: “Creo que es mejor que continuemos esta discusión en privado, Su Merced”.

Sí, Felix necesitaba privacidad, pero no para continuar la discusión con su tío.

Necesitaba hablar con lady Emilia, decirle sus anhelos para ella e implorarle que le diera una oportunidad cuando todo estuviera arreglado con Harris.

## Capítulo Diez

“Quédate aquí, tío”, ordenó Felix con una seriedad que Emilia pensó que ningún hombre se atrevería a enfrentar. “Harris, si espera aquí con lord Abernathy, tendremos todo arreglado —”.

Emilia no esperó a que Felix terminara, giró y caminó hacia el patio de establos ya vacío. Los caballos quedaban en el campo, sus jinetes y asistentes los llevaban sin prisas alrededor de la pista después de la carrera.

Moire tenía razón. Lo que había que decir se debía discutir en privado.

Todos sus planes mejor concebidos se desintegraban ante sus ojos.

Había sido una tonta de pensar que ganar una tonta carrera resolvería todos los problemas de su familia. Pagar esa deuda le ayudaría a su familia a quedarse en su lugar actual en los límites de la sociedad. Y, sobre todo, que los secretos de su pasado no encontrarían cómo llegar a su presente.

No eran brujos. Habían pasado casi cien años desde que quemaron a Janet Horne, la última bruja en Escocia. Su familia no practicaba brujería, los hechizos y la magia nunca habían sido parte de su legado, Pero el don sí. Y nunca lo había usado con malas intenciones.

Moire nunca había aplicado su don para herir a otros.

Catriona nunca leería los sentimientos de los otros solamente para causarles dolor, pues sentiría la agonía tan rápido y poderosamente en cuanto eso ocurriera.

Pero la sociedad pronto los conocería por su pasado y solamente su pasado.

Y ni siquiera *su* pasado, el de sus ancestros.

No pasaría mucho tiempo para que llegaran los cazadores en busca de Emilia, Catriona y Moire, y de sus padres y de Iain.

Emilia caminó hacia el final de las casetas de establos antes de volverse y regresar a donde sus hermanos, que esperaban cerca de la pista. ¿Se daban cuenta del peligro en que estaban? ¿Habían llegado a la misma conclusión que Emilia?

Debían contarle a su padre en cuando regresaran a Londres. Habría que hacer preparativos, la casa llena y lista para partir y ella debería despedirse del hogar que había llegado a amar en los últimos años.

¿A dónde irían? No de vuelta a Edimburgo. Sus parientes, aunque vinculados por sangre, debían fidelidad solamente a ellos mismos. Emilia no los podía culpar por reconocer que un grupo grande de Dalais no podía pasar



desapercibidos mucho tiempo. Se habían quedado más tiempo del necesario en Bath también. Dalais Forge estaba abandonado y pudriéndose en Sunderland, Inglaterra... tal vez podía convencer a su padre de regresar al hogar.

*Hogar.* Qué noción extraña, un lugar evasivo.

No desde el momento que pasaron en la despensa en Dalais Forge que para Emilia era su hogar. E incluso ahí, tenía mucho más que ver con quién era que con el lugar en el que se congregaban.

Su *seanmhair* y sus hermanos.

Ellos eran su hogar.

“Lady Emilia”, el entrecortado suspiro la llevó a detenerse y mirar hacia adelante.

Felix se paró delante de ella como conjurado por alguna magia que no tenía. Pero, no, probablemente siguió para poder hablar en privado. La asustada mirada de sus ojos marrones hacía que las manchas oscuras se notaran más. El agotado y apesadumbrado duque había regresado, y Emilia solamente podía pensar que era obra suya.

Había estado a su lado, había enfrentado a su tío, pero no sabía hasta dónde podía esperar que continuara por ese camino. Lord Abernathy era su sangre, su tío, su único pariente. No importaba cuánto la hiciera enojar Iain, nunca le daría la espalda, nunca lo sacaría de su vida. ¿Cómo podía esperar que Felix llegara hasta ese punto con Abernathy?

Había tomado una decisión de la que sin duda se arrepentiría con el tiempo.

“Su Merced”. Ella levantó la mano para que no siguiera hablando. Emilia conocías las consecuencias de las acciones de Iain y su fallido plan. “Entiendo, mucho más que otros, que debes hacer lo mejor para tu familia y tu futuro... como yo haré por mi parte. No te culparé por esa decisión. Hay cosas que no podemos alterar en nuestro destino. Esta es una. Aunque espero que puedas convencer a tu tío a mostrarle compasión a mi familia y guardar el secreto, entiendo que no está en tus manos controlarlo completamente. Lo mismo pasa conmigo e Iain”.

Emilia respiró hondo, imploraba a sus rodillas que la sostuvieran y no se desmoronaran debajo de ella. Al menos no hasta que sus hermanos estuvieran en la seguridad de su coche y de camino de vuelta a Londres. “Entiendo que mi familia no es asunto tuyo. Lord Abernathy es tu pariente, y nunca te pediría que pusieras en peligro ese parentesco por mí y mis hermanos. Sin embargo, si puedes convencer a tu tío que—”.

Las palabras se le escaparon en ese momento. ¿Qué le estaba pidiendo a Felix, y por qué creía que tenía el derecho de pedírselo?

Con lo ganado ese día, podían saldar su deuda con Harris y Abernathy.

Al menos una parte de su problema podía resolverse y terminarse.

Podía sentirse bendecida de no tener que pasar por la ruina financiera y acusaciones personales.

Emilia miró por detrás a Felix hasta sus hermanos, el corazón le dolía con la sola visión de su obstinada familia. Iain era brillante con remordimiento, mientras el aura de Cat insinuaba una medida saludable de esperanza mezclada con confusión. Moire... siempre era la más difícil de leer pues no podía calcular si la niebla que la rodeaba era por las actuales circunstancias o algo en el futuro.

Con la mirada otra vez en Felix, Emilia esperaba ver muchas cosas, no solamente en su aura sino también en sus ojos marrón oscuro.

Pero lo que la miró no era lo que había previsto. Felix tenía todo el derecho de estar molesto por su situación, de ser firme en proteger el nombre de su familia, de dudar de ayudar a Emilia y sus hermanos a riesgo de su tío.

A Felix no le quedaba más opción que el bienestar de su tío. Emilia sabía bien la necesidad de ceder en sus deseos para proteger y cuidar a su familia. Nunca le había dado la espalda a Moire, Cat ni Iain, ni podía concluir que Felix la elegiría por sobre su familia.

La familia lo era todo.

El duque no había dicho una palabra, ni había intentado una vez detenerla mientras hablaba. Ahora, todo —todas las pruebas y tribulaciones por venir a su familia— desaparecieron. Ante ella, Felix estaba con un inconfundible brillo a su alrededor.

Conocía bien ese color.

Era el mismo cuando su padre miraba a su madre.

Era el mismo cuando su *seanmhair* miraba a Emilia y sus hermanos.

Rosado claro.

Verdadero amor...

Incapaz de dejar de mirar, el aura alrededor de Felix se volvió turquesa en los bordes.

La transformación era asombrosamente evidente. El turquesa se esparció pero no se impuso al rosado, trabajaron juntos.

Amor, y liberación de dificultades pasadas para emprender una nueva vida.

Sabía cuánto quería Felix a lord Abernathy. Era el único pariente que tenían. Pero la niebla había hecho que Emilia sintiera el fuerte vínculo. Felix había vivido toda su vida preocupándose por su tío, y eso no cambiaría... al menos no ese día.

Conociendo el vínculo irrompible entre ella y sus hermanos, Emilia no esperaría jamás que esa conexión disminuyera o desapareciera.

Pero Felix estaba dejando ir algo, era lo que significaba esa niebla turquesa.

El duque estaba soltando una carga que había tenido muchos muchos años y se preparaba para emprender una nueva vida.

¿Se daba cuenta de que su tío nunca cambiaría y aceptaría ese hecho, y reconciliaría su futuro con la siempre presente necesidad de atención de lord Abernathy? ¿Querer al conde, a pesar de sus defectos?

Emilia podía entender totalmente la necesidad de amar a la familia a pesar de sus defectos.

Era igual con ella y Iain.

Y Emilia nunca daría la espalda a sus hermanos. Nunca los abandonaría. Nunca dejaría de protegerlos del pasado que los acechaba en cada rincón.

No obstante, le dolía el corazón por la elección de Felix. Parecía ser el único hombre que entendía se omnipresente necesidad de cuidar a su familia, proteger su secreto, recorrer la distancia que fuera para mantenerlos a salvo.

A pesar del tiempo que habían pasado juntos y del beso, de la conexión que Emilia no podía negar, que era evidente por las auras mezcladas de Felix de rosado y turquesa, temía que no fuera suficiente. Que nunca *sería* suficiente.

El duque de Kintore elegiría a su tío, al igual que Emilia siempre pondría a sus hermanos por encima de todo.

## Capítulo Once

La cálida brisa del mediodía recorrió el patio de establos, se apoderó del cabello corto de Emilia y lo despegó de sus ojos azul zafiro. Sin pensarlo, Felix se inclinó hacia ella y acomodó el mechón detrás de su oreja. Fue un gesto muy natural, y él tuvo la abrumadora sensación de haberlo hecho cien veces antes —y de que lo haría mil veces más en los años por venir.

Aunque sus hermanos esperaban a casi cien metros de distancia, era como si ellos dos estuvieran totalmente solos en el mundo. Los sonidos de los caballos en la pista, los encargados que corrían de un lado al otro en los establos y los carruajes que partían en el campo no lejos de ahí no ahogaban la respiración entrecortada que Felix sentía en el pecho.

Demasiado rápido, ella desvió la mirada. “Tu tío—”.

“Mi tío es un adulto que ha dependido de su sobrino por años. Y lamentablemente, es mi culpa. Permití que la naturaleza egocéntrica de Abner me arrojara a su mundo de engaño sin preocuparse por mi futuro. Un día sí y el otro también. le he permitido lastimarme, cada vez la herida era más y más superficial. No porque no fuera grave, sino porque mi sentido de familia, compromiso y amor estaban contaminados por el egoísmo de mi tío al punto que eso era nuestro vínculo. Se metía en problemas, y yo le demostraba mi amor por él arreglando lo que él malograba”. Felix hizo que sus manos rodearan el rostro de Emilia y ella giró para que su nariz acariciara la palma de su mano. “Estar cerca de ti y tus hermanos me ha enseñado que eso no es amor, que de eso no se trata ser familia”.

“A veces, se trata de resolver problemas”, le susurró.

La pena en su tono hizo que el corazón de Felix se saltara un latido. “Sí, sí, pero... no sé”.

Todas las palabras se le escaparon cuando su boca tocó la de ella, e imaginó que sus labios se presionaban, y se sintió inmediatamente transportado al breve tiempo que pasaron encerrados al fondo del pub. Hizo una pausa, un espacio casi incommensurable separaba sus rostros. Era un beso que no tenía derecho de anhelar, aunque sentía que era lo único que lo habría sentirse entero.

“Los últimos días a tu lado, con lady Catriona, lady Moire y hasta Strathmore han sido más placenteros que todos los años que han pasado desde la muerte de mi padre”. No había querido confesar algo así, como si las aflicciones de su familia lo divirtieran. Eso no era lo que había querido

transmitir. “Pensaba que conocía el compromiso, la lealtad y el vínculo que viene con todo. Sin embargo, la lealtad entre mi tío y yo siempre ha sido unilateral. No puedo seguir viviendo así”.

Insatisfecho. Poco valorado. No apreciado.

No amado.

Las manos de Emilia cubrían la de él en sus mejillas, lo apretaban suavemente mientras lo miraba. “Entiendo cómo te sientes”.

Quería preguntarle cómo una mujer como ella, obviamente tan amada y querida por todos los que la conocían, podía entender su angustia.

“Lo he visto antes, varias veces”, continuó. “Darás todo por otro, hasta tu vida. Siempre ha sido así para mi familia. Nos sacrificamos para que los otros puedan florecer hasta que nuestra vida no es más que dejar de lado una cosa tras otra. Nunca termina, y nunca queremos desear que termine porque en ese sacrificio nuestra vida adquiere significado”.

Felix negó con la cabeza. Estaba harto de hacer cosas por un hombre al que no le importaba nada. Si fuera por alguien que amaba y que le devolvía ese cariño, todo sería diferente. Seguiría entregándose hasta que no quedara nada.

De nuevo, lo miró como si mirara a través de él y a su alrededor al mismo tiempo.

Aunque ahora sabía que lo estaba leyendo —sus emociones, sus sentimientos más profundos estaban expuestos ante ella y él era incapaz de esconderle nada.

Sorprendentemente, no tenía ganas de esconderle nada, no tenía necesidad de mantenerle nada oculto a Emilia.

A diferencia del dolor, desconcierto y traición se escondía de su tío cada vez que iba en rescate del hombre.

“La vida —y el destino— son impredecibles y nunca ocurre lo que uno espera”. Suspiró, ella le soltó las manos y retrocedió. Sus manos rodearon el aire donde había estado su rostro. “Y así será para nosotros. Debes proteger el nombre de tu familia y a tu tío, y yo no puedo confiar que lord Abernathy mantenga en secreto el don de mi familia. Felizmente, somos un grupo nómada y pronto encontraremos nuevo alojamiento y un nuevo lugar al que considerar un hogar”.

Se percató de que ella usó la palabra *considerar*.

No un nuevo hogar, sino un lugar al que considerar un hogar.

“Debemos mudarnos de Londres y esperar que la novedad no nos siga”. Sus ojos azules se llenaron de tristeza, tanto que una nube zafiro reflejó las

turbias profundidades del mar. “Estoy endeudada contigo por todos lo que has hecho por mis hermanos; sin embargo, es momento de reconocer que mi plan falló”.

Felix no quería pensar en esa partida de Londres. No podía empezar a contemplar un futuro sin ella, aunque no estuvieran predestinados a ser algo más que amigos, meros conocidos que se saludaran en acontecimientos sociales.

Predestinada. Destino... Felix detestaba la palabra.

Había oído a Emilia y sus hermanos usar el término varias veces, y no podía superar la sensación de que su destino, y el de la familia de Emilia, no estaba escrito en piedra sin la capacidad de alterar el curso, pues es significaría es que su futuro no se podía cambiar. Estaba condenado a seguir los pasos de su tío, predestinado a pasar su vida solucionando los problemas de su tío.

Destino, si tuviera un corazón, no querría eso para nada.

¿Cómo le diría a Emilia que no tenía fe en el destino?

El gruñido de los tablones de madera debajo de sus ojos sonó detrás de él, seguido de una garganta que se aclaraba.

“Señor Harris”, Emilia saludó al corredor de apuestas con un movimiento de cabeza.

“Lady Emilia”. El tono del hombre era más ligero de lo que había sido en su primer encuentro, o cuando Felix había estado cara a cara con Harris para poner su apuesta ese día. “Espero no estar interrumpiendo nada importante, pero tengo tareas que ver en el pub y quería hablar con usted y lord Strathmore antes de partir”.

La alarma se grabó en la cara de Emilia. “Sorrel, nuestro caballo, ganó. Puede conservar nuestras ganancias para pagar la deuda de Iain a usted. Está saldada y nunca nos volverá a ver, lo prometo”.

Los ojos de Emilia rogaban que Felix viniera en su ayuda. Era la primera vez que había mostrado que necesitaba su ayuda, y ahí estaría a su lado para ayudarla. Aunque una vez que escuchó lo que dijo Harris, no era ayuda lo que necesitaba sino una explicación.

Felix sonrió antes de volverse a Harris, y él estiró la mano para tomar el corredor de apuestas.

“Su Merced”. La pregunta en su tono fue inconfundible cuando avanzó para ponerse al lado de Felix. “¿Qué has hecho?”.



Moire vio el desconcierto de su hermana con gran medida de satisfacción y logro. Por primera vez en su vida, Em estaba pensando en ella y su futuro antes que en el de su familia. Era lo que *seanmhair* había deseado para su nieta mayor.

No había querido que Emilia pudiera algo sobre su familia, no...

*Seanmhair* Ailis había previsto el día en que las necesidades de su familia y el destino de Emilia colisionarían en perfecta armonía. Un hombre que su abuela podría amar sin la necesidad de renunciar a su vínculo familiar.

Porque este caballero y su lealtad hacia quienes amaba era tan fuerte e interminable que lucharía todos los días para mantener a Emilia —y toda su familia— a salvo. Como había hecho hacía tiempo su antepasado, Daniel Guaire. Un hombre sin vínculo sanguíneo que salvo y protegió lo que quedaba el clan Dalais.

Felizmente, esta vez su familia crecía sin freno, empezando con el matrimonio y emparejamiento de lady Emilia Noble con el duque de Kintore.

Iain sería el siguiente, y tres años después seguiría Catriona.

Ella, bueno... Moire no podía ver su propio destino, un problema que había intentado solucionar una y otra vez sin conseguirlo.

Su *seanmhair* casi había predicho su propio futuro, pero el don de su nieta carecía de ese aspecto.

Por ahora, y por los días que vinieran, Moire estaría complacida en ver que el clan Dalais —la familia Noble —florecía.

Pero primero, el duque debía probar que él y Em estaban predestinados a estar juntos.

No podía llevar a su obstinada y resuelta hermana, ni al agobiado pero leal duque a esa conclusión final. Nadie podía, ni siquiera su *seanmhair* de haber seguido en esta tierra.

En cambio, Moire deslizó su mano a través de Iain a un lado de ella y tomó la palma abierta de Cat en la otra, y los tres se acercaron a Emilia. Un innegable calor se esparció entre ellos, y los conectó y unió como uno.

## Capítulo Doce

Algo estaba mal, y Emilia había pasado por alto indicaciones, aunque ahora estaba todo tan claro como un amanecer en Sunderland por las praderas abiertas de la casa de su niñez. Un aire de malicia se mezclaba con el aura amarilla de Felix y le decía que algo se venía incluso antes de que viera al duque extender la mano y a Harris inclinarse para darle un vigoroso apretón.

Hacia apenas dos días que el corredor de apuestas los había acusado de ayudar a Iain y a lord Abernathy querer incumplir el pago de las apuestas y los había encerrado en la habitación trasera en el pub. ¿Y ahora actuaban como amigos?

Iain, seguido de Cat y Moire, llegaron y se pararon cerca.

“Lord Strathmore”, Felix hizo una señal a Iain de que se acercara. “Harris quiere decirle una palabra”.

Cuando su hermano se alejó de Cat y Moire, la mirada de Emilia se posó en su hermana menor.

Su aura era muy diferente a la de sus hermanos, como si ya supiera qué ocurría y tomó con mucho placer que Emilia no se diera cuenta.

Cuchicheos antiguos llenaban la mente de Emilia. “*Moire, querida, no puedes hablarle así a tu hermana. El futuro es lo que es, con o sin tu intervención...*”.

Una advertencia de su *seanmhair*, ofrecida a Moire mientras Emilia subía la escalera para salir de la despensa es última vez en Dalais Forge. Su *seanmhair* falleció poco después de ese día, y Emilia y sus hermanos nunca más enteraron a la despensa otra vez. En verdad, empacaron sus pertenencias rápidamente y se fueron a Edimburgo.

Si algo era claro y obvio era que Moire había intervenido.

Iain se paró firme delante del corredor de apuestas, los hombros hacia atrás, a la espera de su juicio.

Harris dijo una sola cosa. “Sus ganancias, lord Strathmore, después de saldada su deuda en The Howling Owl. Puede cobrar la nota en la ciudad o llevársela a Londres con usted. pero sepa que sus deudas están saldadas, y sus apuestas” —Harris asintió a Emilia antes de continuar— “ya no son bienvenidas en Epsom Downs”.

El recibo quedó colgado en el aire entre Iain y Harris.

“No entiendo”. Emilia avanzó y tomó el recibo de la mano de Harris. “Esto no es lo que discutimos”. La suma escrita a mano en el cheque era 125



libras. La apuesta debía pagar las deudas de Iain y de lord Abernathy y nada más. “Esto es demasiado, señor Harris. ¿Y por qué este cheque solamente está a nombre de mi hermano?”.

Miró a Felix, que debía decir algo, pero su sonrisa le dijo que no había seguido el plan.

“La apuesta de hoy se hizo solamente a nombre de lord Strathmore. Por lo tanto, su deuda está pagada y vine a entregar sus ganancias personalmente”, dijo Harris. “Ah, y ahí está lord Abernathy”.

Todo el grupo giró para ver al secuaz de Harris y otro hombre arrastrar a Abernathy que se resistía desde el jardín de establos. Las lustradas botas del conde intentaban agarrarse para poder liberarse de sus captores, pero Emilia conocía bien la fuerza de los hombres de Harris.

El cheque que tenía en la mano, endosado por Epsom Holdings and Treasury, era por el monto exacto que el tío de Felix le debía al corredor de apuestas.

“Lord Abernathy”. Harris hizo una reverencia burlona, su gesto grandioso y exagerado hizo que sus hombres se rieran mientras el conde luchaba con sus matones. “No imagino que piense irse hoy sin saldar sus diversas deudas”.

“Claro que sí”, dijo uno de los hombres que retenían a Abernathy. “Lo encontré en su coche”.

Harris avanzó hacia Abernathy, el corredor de apuestas se transformó repentinamente en el hombre de The Howling Owl, con mirada amenazante. “Vaya, vaya. Un caballero que intenta evadir el pago de sus deudas. ¿Qué pensarían sus elegantes amigos de una acción tan cobarde?”.

La mirada de Abernathy recorrió a todos hasta que se fijó en su sobrino.

Emilia no pudo evitar sentir lástima por lord Abernathy. Por la expresión de Cat y Iain, también sentían un poco de compasión por él.

“Felix”, rogó Abernathy, e intentó liberar de nuevo sus brazos. “Dile que saldarás la deuda, y te pegaré... diez veces más”.

“Ya basta de preocuparme por ti, tío”. Felix se tomó de las manos detrás de la espalda, y miró a Abernathy con ojos entornados. “Sin embargo, me esforzaré por hacerte un último favor, pero viene con precio alto”.

“Lo que desees, mi muchacho”.

“Pagaré tu deuda con Harris, pero deberás irte de Londres... en realidad, de Inglaterra. Inmediatamente. Viaja a Francia o Escocia, no me interesa. Pero deberás irte. No hablarás de lady Emilia o su familia. Nunca volverás a mí con problemas financieros”.

“No puedo irme de Inglaterra”, balbuceó Abernathy. “Tengo amigos, inversiones, responsabilidades”.

“Tienes un condado que está en ruinas, y acreedores por todas partes”. Felix levantó el mentón, y Emilia sabía lo difícil que era para él darle un ultimátum así a su único pariente. “Saldo tu cuenta con Harris, y te vas de Inglaterra. O... te quedas y también tu deuda. Harris correrá la voz de tus tratos viles, y no hará nada para que el chisme no se difunda. Solamente puedo imaginar que tus amigos desaparecerán, como tus invitaciones y seguramente te retirarán la membresía de tu club. Estarás arruinado”.

Abernathy dejó escapar un sonido ahogado. “Si estoy arruinado, tú estarás manchado, Felix. Y los dos sabemos que no te has preocupado por mí todos estos años por la bondad de tu corazón. Lo has hecho para alejar tu nombre del escándalo”.

Emilia ansiaba dar un paso y hablar en nombre de Felix. Había hecho todo por su tío porque todos los días buscaba un amor y una sensación de familia que Abernathy era incapaz de dar. Creía que si se encargaba de una deuda más, si se encargaba de un problema más del hombre, este le mostraría gratitud y amor.

El aura rojo oscuro de Felix hizo que Emilia se quedara callada.

Fuerza de voluntad, fortaleza y determinación.

“He pasado mi vida entera queriéndote, tío. Así como tú dices que has sacrificado tanto por criarme, he hecho mucho para tratar de ganar tu cariño. Pero ese tiempo llegó a su fin. Fue una tarea que nunca iba a lograr. Sé eso ahora por lady Emilia y su familia”. Un poco de la decisión de Felix se desmoronó, y ella avanzó un paso para tomarlo de la mano, rezando para transferirle un poco de su fuerza. “Es hora de que encuentre mi lugar —una familia— basada en el amor y el respeto mutuo, no necesidad y culpa”.

En su corazón, Emilia sospechaba que Felix no podría, no seguiría con su promesa de permitir que la ruina llegara a su tío.

Como si le leyera los pensamientos, Felix continuó: “Esas son tus dos opciones. Quedarte en Londres y causar problemas a Emilia y su familia no es una de las opciones. Pero te puedo asegurar que si no aceptas esta generosidad, tu vida de placer llegará a un abrupto final. Es mejor que te vayas. Harás nuevos amigos donde sea que te instales, y rezo para que tomes decisiones prudentes con respecto a tus inversiones financieras”.

“¿Qué elige, lord Abernathy?”. Harris cruzó los brazos. “No tengo todo el día”.

Abernathy se desplomó entre los dos matones, sus rodillas colapsaron y su cabeza quedó colgada. “Me iré. No me dejas otra opción”.

“Muy sabio”, murmuró Felix.

“Suéltelo”, ordenó Harris.

Abernathy cayó al suelo, pero rápidamente fue puesto de pie gracias al conductor de Felix.

“Jameson, escolta mi tío a su casa. Mira que empaque sus cosas y que se aliste para partir mañana”.

“Sí, Su Merced”. El criado llevó a Abernathy lejos del grupo.

Emilia apretó la mano de Felix una vez más cuando ambos se volvieron para ver a Abernathy dirigirse hacia donde estaban los coches.

“No tenía que hacer eso, Felix”. Emilia no podía imaginar desterrar a su hermano de la familia y su casa; sin embargo, había una gran diferencia entre Iain y Abernathy. “Te agradezco por todo lo que has hecho por mi familia”.

“Estás equivocada”. Felix se volvió hacia ella, y le tomó las manos. “*Tuve* que hacerlo porque no puedo soportar la idea de que te vayas de Londres. Y así, tal vez soy tan egoísta como mi tío. Si los últimos días me han enseñado algo es lo que quiero para mi vida. No es un futuro colmado de gente que me necesite, sino años rodeado de quienes realmente me quieren. De la misma manera que tú y la conexión de tu familia se basa en mucho más que dependencia. Se basa en amor”.

Emilia miró los tiernos ojos marrones de Felix. La decisión más dura de su vida, y había estado pensando en ella. Había dejado segura a la familia y se había cerciorado de que su tío no dijera nada de su secreto, con lo que la familia Noble podía quedarse en Londres.

Sus hermanas tendrían la oportunidad de contar con sus temporadas de debutantes, y algún día Iain tomaría su lugar en el Parlamento y se aseguraría como el heredero del marquesado de Eglinton.

Y Emilia... estaría libre de explorar su conexión con Felix, son temor por su familia.

Nunca pensó en ganarse el amor de un caballero tan valioso. Nunca en sus imaginaciones más irracionales había pensado en seguir en el camino de sus ancestros...

Hace mucho tiempo, y muchas veces a lo largo de generaciones, las mujeres Dalais se habían vinculado con hombres merecedores del secreto de su familia. Hombres que se sacrificarían para mantener el legado oculto.

Hombres que amaran a sus mujeres con intensidad y se comprometieran totalmente. Hombres que arriesgaran todo por amor.

Emilia había reconocido todos esos rasgos en Felix la primera vez que apareció en su puerta con un golpeado Iain detrás.

La confianza había surgido naturalmente entre ellos.

Y así de fácil, su aura había mostrado sus verdaderos sentimientos hacia ella. Amor.

Aunque se hubiera equivocado una o dos veces, nunca tendía temor de tener una conexión tan profunda e íntima con alguien fuera de su familia ...

## Capítulo Trece

El día pasó rápidamente. Felix había hecho los arreglos para saldar las deudas de Abner con el corredor de apuestas y reunir a Emilia y sus hermanos para partir de Epsom. Intentó que ellos se fueran primero, consciente de que su prolongada ausencia de Londres inquietaría a su padre; no obstante, Emilia dijo que o se iban todos o no se iban.

Y a decir verdad, Felix no pudo pensar en nada peor que quedarse sin poder hacer nada mientras el carruaje de Emilia se alejaba del hipódromo sin saber cuándo la volvería a ver. Cuando miraba sus claros y chispeantes ojos azules, sentía la necesidad de pasar sus manos por su cabello, o acercarla para darle un beso, que sus labios se unieran como ese día en The Howling Owl — como si estuviera dicho que iban a conocerse.

Con sus obligaciones satisfechas, se sentó al frente de Emilia en el coche de los Kintore, a la doncella la cambiaron de lugar para que él pudiera escoltar al resto de la familia Noble en su viaje de regreso a Londres. Rosemary, la doncella de Emilia, protestó mucho, pero al final hizo como le ordenó la dama. Felix estuvo contento por las pocas horas a solas con Emilia que el camino le daba.

Había tanto que quería decirle, pero no tenía dónde empezar.

Al final, fue ella quien empezó a hablar mientras él pasó callado contemplándola en todo su esplendor, desde su anticuado peinado a sus amplios y redondos ojos azules y labios con forma de corazón. Gran parte del tiempo que habían pasado juntos había estado lleno de urgencia, en The Howling Owl en las carreras. Hasta en sus primeros momentos juntos Iain fue el centro de atención.

“¿Cómo sabía que elegiría irse de Inglaterra?”. La pregunta estaba cargada de emociones, pero era apenas más que un suspiro. Sus manos se retorcían en su regazo, pero lo miraba fijamente.

No fue la primera pregunta que pensaba que haría, y Felix necesitó un momento para responder. “A diferencia de mí —y de ti— mi tío siempre se pone a él y sus necesidades por delante de todo los demás”. Felix se inclinó en el espacio entre ellos, acomodó su mano en los inquietos dedos femeninos e hizo que pusiera toda su atención en él. Aunque dejó de mover las manos, Emilia se mordisqueaba el labio inferior pues seguía ansiosa. Felix haría todo lo posible por alejar sus preocupaciones. “Cuando supo qué le esperaba si se quedaba en Inglaterra, el camino de Abner quedó claro. Ya no tenía las cosas

que más le importan —posesiones, la opinión de la sociedad, su fina ropa y su apariencia de riqueza— y no le quedaba nada en Londres. A pesar de su título como mi tutor, nunca estuvo a mi lado”.

“No imagino que fuera fácil darle un ultimátum”. Suspiró, tenía los ojos llenos de lágrimas. “Es tu tío”.

“Y yo su sobrino”, Felix replicó. “Pero la sangre no significa nada sin amor. Solamente una relación basada en amor lo significa todo. Es lo que he encontrado”.

Felix se sintió complacido de ver que ella tomaba un momento para leer su aura. Le había enseñado tanto, lo más importante es que no se pueden ocultar la verdadera emoción del momento. No a ella. Y Felix no quería eso. Quería que Emilia supiera con seguridad que todo lo que él decía y que sentía era verdad sin dudarlo.

Libre y completamente.

Ella tensó los hombros, la confusión le hizo bajar las cejas sobre sus brillantes ojos antes de entender. “Pensaba que esos profundos sentimientos, el cambio de tu aura, era por otro... tu tío, tal vez”.

Su sonrisa de respuesta fue tan ancha que dijo lo que si corazón ya sabía que era cierto. “Entre la ruina social y vacaciones forzadas, la elección fue simple para Abner. Tal vez estar fuera lo cambie, lo haga un hombre mejor. Sin importar eso, no podía tenerlo en Inglaterra poniendo en peligro la seguridad de tu familia. Y si tú te ibas, te hubiera seguido. Como la decisión de mi tío era evidente, tomé la mía fácilmente”.

“Pero con lord Abernathy lejos, mi familia está protegida”.

“Sí, pero nunca se sabe qué pasará mañana, y quiero estar cerca—tan cerca como lo permitas— para asegurarme de que tú y tu familia queden protegidas”. Felix quería a Emilia cerca por más de lo que pudiera darle. La quería por lo que ella pudiera darle a él.

Una sensación de hogar.

Familia.

Conexión.

Lazos irrompibles.

Amor.

Un legado duradero de lucharía por asegurar.

La historia de Emilia estaba enraizada en el pasado, pero Felix sospechaba que su propia historia acababa de empezar.

Finalmente, había reconocido su propósito en la vida.

“Quiero tenerte cerca todos los días”. Ella se inclinó hacia adelante hasta que no quedó espacio entre ellos en el carruaje. Lo envolvió su aliento que le acarició la mejilla, su aroma floral tenía un toque del polvo del hipódromo. “Mi *seanmhair* era firme en confiar solamente en quienes amar y en amar solamente a quienes son dignos de confianza. Si ese conocimiento no hubiera estado presente en nuestras mentes, mi familia hubiera caído presa de los cazadores hace casi 200 años. Sin embargo, mis ancestros tenían esta forma de vivir”.

Hizo una pausa, Felix temió que se alejaría.

“He vivido mi vida como me enseñó mi abuela. Mis hermanos y yo, nos queremos y confiamos entre nosotros implícitamente. Es cierto que Iain toma malas decisiones a veces, pero protegería a Moire, Cat y a mí hasta el fin. Mi padre también”. Emilia estrechó los ojos como si dentro de ella se librara una guerra interna, como si tomara una decisión que esperaba que no fuera temeraria. “Hay hombres —y mujeres, como mi madre— que han mantenido el secreto de la familia Dalais. Algunos lo han protegido con su vida. No tengo duda de que tú, Felix, eres una de esas personas. Lo vi el primer día, y lo has demostrado día tras día desde entonces. Es como si el destino te hubiera llevado a mi puerta y me hubiera desafiado a darte la espalda, a no ver el don que me ha sido concedido”.

¿Emilia no se daba cuenta de que igual le había ocurrido a él?

Toda su existencia desde la muerte de su padre había estado dedicada a salvar a Abner de sus malas formas y de él mismo. No había luz al final del túnel para Felix, no había el ansiado día en que todo cambiaría y podría vivir según sus propios deseos y necesidades. Por encima de todo, su vida giraba en torno a su tío.

Pero se había acabado.

“Tal vez yo estaba predestinado a encontrarte”, respondió Felix, y se sintió la profunda verdad de sus palabras. “Tú ibas a liberarme, a mostrarme lo que mi futuro podía tener si soltaba el pasado y...”. ¿Se atrevería a ser tan audaz? “Te aceptaba a ti”.

“Creo que mi *seanmhair* te vio en mi futuro, sabía mi destino años antes de mi existencia”. Emilia le dio un suave beso en los labios; un contacto que lo recorrió con un escalofrío antes de verla alejarse.

Toda esa charla de destino y futuro y que quienes saben lo que está por venir debió haber incomodado a Felix, pero había una sensación de corrección... de seguridad... que lo recorría.

“Si tu abuela predijo nuestro encuentro, ¿quiénes somos para ir contra el destino?”.

“¿Estás diciendo que estoy predestinada para el duque?”, dijo con una ligera risa.

“Destino. La palabra no tenía significado para mí hace apenas dos semanas. En verdad, me desagradaba. Pero ahora...”. Hizo una pausa, presionó sus labios contra los de ella que provocó un suspiro que lo dejó con ganas de llevarla a través del carruaje a su regazo. Felix sabía que si hacía eso, su discusión terminaría porque no podría alejar su boca de la boca de ella, sus manos del cuerpo de ella, y sus pensamientos dejarían de tener orden lógico. Y así, imitándola, se alejó. “Ahora... ahora, ansío desesperadamente que algo como el destino sea verdad. Sin embargo, nunca dictará lo que siento por ti. Aunque nos separaran, regresaría a ti una y otra vez. Porque te amo, Emilia”.

No hubo sorpresa en sus ojos azules, ni duda antes de que empezara a hablar ni temblor en su voz. “Es bueno saber eso porque también te amo. No estoy segura de qué sucedió o cómo no me di cuenta tanto tiempo, pero mi corazón está predestinado al tuyo. Tu futuro y el mío están entrelazados. Confié en ti desde el momento en que regresaste a Iain a nuestra familia. Tal vez mi cariño y afecto empezó en ese momento. O el rato que pasamos en esa habitación en The Howling Owl. No podemos estar seguros”. Se encogió de hombros. “Aunque sospecho que eso no es importante. Solamente es inequívocamente verdadero y lo abarca todo”.



# Epílogo

Sunderland, Inglaterra

Abril de 1812

Moire, al lado de Cat e Iain, vio a Felix —sí, toda la familia se dirigía al duque por su nombre de pila como si fuera uno de los suyos— bajar la desvencijada escalera hacia la despensa en Dalais Forge. Felix había sido firme en su decisión de probarla antes que los hermanos Noble —sobre todo su prometida Emilia— bajaran por la antigua estructura de madera y se arriesgaran a quedar heridos si a la escalera se le rompía un peldaño o se venía abajo totalmente.

Mirando hacia las oscuras profundidades, Moire sonrió cuando Felix colocó la mano en el tobillo de Em, luego su pierna, su espalda y finalmente la tomó de la mano cuando dejó la escalera en la seguridad del suelo de la despensa. Su mirada recorrió todo el cuerpo de Emilia mientras evaluaba que estaba entera, intacta y sin daño por el descenso.

Era un recorrido que habían hecho muchas veces de chicos, pero las cosas habían cambiado dramáticamente en los diez años transcurridos desde que se habían reunido en su casa ancestral. Los jardines estaban descuidados, los dormitorios abandonados y anticuados, pero limpios, y el techo necesitaba reparaciones con desesperación.

Para disgusto de Moire, la despensa no había cambiado en nada... ni siquiera el aroma a podredumbre que era sorprendentemente familiar y extrañamente acogedor.

El rostro sonriente de Felix volvió a estar a la vista cuando alzó la mano. “¿Quién sigue?”.

Vacilante, Catriona avanzó y se escabulló hacia abajo, seguida de Iain, y finalmente Moire.

Ya abajo, Moire se maravilló de lo pequeño y atestado que se sentía el lugar cuando los cinco estuvieron reunidos, aunque estaban los mismos que habían hecho el recorrido en el carruaje de Felix a Dalais Forge. Los padres de Moire, el marqués y la marquesa de Eglinton, siguieron de cerca por detrás los tres días que duró el viaje. Y un tercer coche iba a paso más pausado, para transportar los baúles y a varios criados de la familia.

“Catriona, ¿sabes por qué estamos acá?”, dijo Moire con el acento escocés de su *seanmhair*.

Iain rio mientras Felix se volvió a Em y le susurró algo al oído. Emilia ocultó su sonrisa y le respondió con susurros a su prometido. El brillo de sus ojos era visible incluso a la escasa luz de la despensa.

Catriona, siempre con ganas de seguir el juego, se encogió de hombros y levantó el mentón antes de hablar. Sus ojos zafiro eran un reflejo de los de Em.

Cuando Moire se volvió con mirada endurecida a Cat, todos rieron entre dientes.

“Nunca debemos olvidar que somos especiales. Nuestros dones, una bendición de nuestros ancestros Dalais, son un gran privilegio y nunca lo debemos usar para el mal. Descendemos de un trío de hermanos poderosos — Niall, Sorchá y Caitriona— que dieron la vida para traernos a este mundo”. Hizo una pausa, se miraron entre ellos antes de fijar la vista en el recién llegado que estaba con ellos. “Debemos confiar en nuestros dones. Debemos confiar entre nosotros. y por encima de todo, debemos desconfiar de todo aquel que no tenga sangre Dalais”.

Llegó el momento, y Moire metió la mano al bolsillo de su delantal blanco para sacar la nota que le dejó su *seanmhair*. Durante años, le angustió contarles a sus hermanos sobre la existencia de la nota y pensó en leerla sola y quemarla inmediatamente.

Al final, guardó la nota cerrada todo el tiempo y nunca se permitió reflexionar al respecto pues Em hubiera detectado su aura engañosa, y Cat hubiera sentido su tormento.

En la parte de afuera, con la caligrafía discordante y casi ilegible de *seanmhair*, pues sus maltrechas manos se habían vuelto inútiles en sus meses finales, había siete simples palabras que Moire había leído más de mil veces: *Sabrás cuándo leer esto, mi querida niña.*

Ser testigo del creciente amor que rodeaba a Felix y Emilia que abarcaba a toda la familia Noble había hecho que Moire se diera cuenta de que era el momento que su *seanmhair* había indicado. El momento que había visto en sus visiones hacía años. El mismo instante que intentó transmitir en apagados susurros a su *seanmhair* ese día en esa misma despensa.

El momento de leer la carta había llegado.

Con Iain, Cat, Emilia —y Felix— como testigos.

Moire miró la nota, que sus manos sostenían fuertemente. Si la abría, la última conexión con su *seanmhair* se habría ido. Era como si ella y la anciana hubieran tenido un secreto mágico todos esos años, y que estaba a punto de ser revelado —la magia se iría.

“¿Qué tienes ahí?”, preguntó Felix.

Moire alzó los ojos hacia el duque, la marca de su legado se sentía caliente en su tobillo.

Era raro, pero nunca pensaba en esa marca triangular de nacimiento hasta ese día en Epsom Downs cuando lo sintió quemar —no era incómodo pero sí desconocido. Notó que Cat había tocado levemente el punto debajo de su codo, mientras Emilia se masajeaba el labio. Hasta Iain parecía afectado mientras se ponía la palma abierta sobre el pecho.

“¿Se ha calentado incómodamente de un momento a otro?”. Felix se subió las mangas de su camisa y mostró sus brazos, una ligera capa de vellos oscuros cubrían su piel. “Tal vez debo subir y echarme a descansar un rato”.

La mirada inquisitiva de Emilia se encontró con los ojos de Cat y se encogieron de hombros. tan confundidas como Felix.

Si deseaba más pruebas de que había llegado el día del que su *seanmhair* había escrito, estaba delante de ella.

O, mejor dicho, *él* estaba delante de *ellos*.

Les pertenecía.

Había sido elegido, probablemente antes de su Nacimiento, así como a Moire y sus hermanos se les había concedidos sus dones.

Moire había descubierto ese lejano día de diciembre en la despensa de Dalais Forge que Emilia estaba predestinada para el duque... pero había tomado casi diez años que el duque de Kintore entrara a sus vidas —y que diera a Emilia el amor que merecía.

El amor que se había vuelto tan evidente entre ambos que hasta las cargas que habían pesado a Felix toda su vida habían desaparecido. Feliz reía, amaba y vivía —con la felicidad de Emilia por encima de todo en su mente.

“Por favor, no te vayas”, dijo Moire. “Tengo algo que mostrarles a todos. De *seanmhair*. Lo escribió para este día”.

Se sacó el guante de la mano, lo metió en el bolsillo de su delantal y abrió el sello de la nota.

Al desdoblar el papel, Moire sintió cuatro pares de ojos fijos en ella mientras alisaba la hoja y la sostenía en alto.

Garabateado en la parte superior se leía: *Felix Huntar, duque de Kintore*.

“Creo que quería que leyeras esto”. Moire entregó la nota a Felix. A él se le tensaron los hombros, movió las cejas interrogadoramente. “Adelante”.

“Debe haber un error”, respondió.

“*Seanmhair* no se equivocaba nunca”, intervino Cat.

Felix no se movió pero miró a Emilia, que le indicó con la cabeza que tomara la nota. La mano le temblaba cuando tomó el papel, pero su mirada seguía fija en Emilia. Era como si ambos tuvieran una conversación completa sin decir una palabra.

“Madre nos llamará pronto a cenar”, dijo Iain, y rompió la silenciosa conexión entre Em y Felix. “Apúrate y dinos de qué se trata. Como casi todo lo que tiene que ver con el pasado de nuestra familia, lo que esta misiva tenga no me incluirá, el heredero Noble sin dones”.

“Vamos, Felix”, apuró Cat. “Lee”.

Moire miró alrededor de la despensa para mirar a cada uno de sus hermanos y sonreír alentadoramente al duque. A todos los había tocado el don de *seanmhair* Ailis durante los años. Todos menos Felix. Sería otra conexión forjada entre ellos. Un vínculo compartido que duraría la vida entera.

Felix se aclaró la garganta al mismo tiempo que Em, Cat y Iain se acercaron.

Moire no necesitaba ver los garabatos de su abuela. Las palabras estaban arraigadas en su mente desde hacía muchos años.

*Mi estimado duque de Kintore, Felix Huntar. Ha sido enviado para cuidar a mis queridos nietos. Lo conozco desde antes de que usted mismo se conociera. Es bondadoso con una fuerte lealtad que mi familia merece. Se le ha concedido un don —un don muy especial don— el amor de mi querida Emilia. Atesórelo, y a ella. Siempre.*

“¿Niños?”. Moire miró la escalera y vio la cabeza de su madre asomarse por la plataforma. “¿Se puede saber qué están haciendo ahí?”.

“Nada”.

Moire no pudo evitar sonreír cuando las voces de sus hermanos sonaron al mismo tiempo.

“Suban ya”, regañó su madre. “La cocinera quedará destrozada si su sopa de pato se enfría antes de que estén en la mesa”.

“Vamos en un momento, madre”, dijo Em, y volvió su atención a prometido. “¿Qué dice?”.

“No debemos hacer enojar a la cocinera”, dijo Moire, mirando a Felix. “Ciertamente, la carta puede esperar. Ha estado sin leer bastante tiempo ya”.

**Si quieres saber qué dice el resto de la carta sobre la familia Noble, incluido lo que *seanmhair* y Moire vieron para su futuro, lee la historia de Iain,**

**EL HEREDERO NOBLE SIN DONES, ¡a finales de  
2019!**

# Notas de la autora

¡Muchas gracias por leer *Predestinada para el duque!*  
Si te gustó *Predestinada para el duque*, envía una reseña a cualquier  
minorista.

¡Me encantaría saber qué piensas!

Me puedes contactar en:

[Christina@christinamcknight.com](mailto:Christina@christinamcknight.com)

O escribirme a:

P.O. Box 1017

Patterson, CA 95363

[www.ChristinaMcKnight.com](http://www.ChristinaMcKnight.com)

Revisa mi sitio web para novedades, reseñas de libros e información de mis  
próximos proyectos,

o contáctame por medios sociales en:

Twitter: [@CMcKnightWriter](https://twitter.com/CMcKnightWriter)

Facebook: [www.facebook.com/christinamcknightwriter](http://www.facebook.com/christinamcknightwriter)

Goodreads: [www.goodreads.com/ChristinaMcKnight](http://www.goodreads.com/ChristinaMcKnight)

Suscríbete a mi boletín:

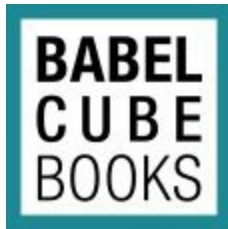
<http://eepurl.com/VP1rP>

# **Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales**

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

# ¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



## **Tus Libros, Tu Idioma**

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

[www.babelcubebooks.com](http://www.babelcubebooks.com)



---

[1] N. del T.: Hunt en inglés significa “cazar”.